



LISA
KLEYPAS

Una Navidad inolvidable



*Para Jennifer Enderlin, que tiene tan buenas cualidades:
sabiduría, talento, belleza y generosidad. Gracias por traer tanta
alegría a mi vida y a mi trabajo.
Con todo mi cariño,*

L. K.

Prólogo

Había una vez cuatro señoritas que se sentaban juntas en todos los bailes, veladas y fiestas durante la temporada londinense. Mientras esperaban noche tras noche en las sillas a que algún caballero las invitase a bailar, las florero entablaron finalmente conversación. Si bien todas ellas competían por los mismos caballeros, con el tiempo comprendieron que ganaban más siendo amigas que enemigas, y que, además, se caían bien. Decidieron compincharse para encontrar marido, empezando por la mayor, Annabelle, y terminando por la menor, Daisy.

Annabelle era, sin duda, la más hermosa de las florero, pero estaba sin un céntimo, lo que suponía una clara desventaja. Aunque la mayoría de los solteros de Londres esperaban encontrar una esposa con una cara bonita, siempre acababan decantándose por una dote generosa.

Evie era atractiva de un modo poco convencional, con el pelo llameante y abundantes pecas. Era sabido por todos que algún día heredaría la fortuna de su padre. Sin embargo, su padre había sido un boxeador de orígenes humildes, y poseía una casa de juego con muy mala fama; lo cual era un obstáculo casi insalvable para una señorita. Eso sin mencionar que Evie era una joven muy tímida y tartamudeaba con frecuencia. Los hombres que hablaban con ella, describían más tarde el encuentro como un acto de tortura.

Lillian y Daisy eran dos hermanas que procedían de Nueva York. Su familia, los Bowman, era asombrosa, vulgar y casi increíblemente rica; habían hecho fortuna fabricando jabones. No tenían sangre azul, ni modales, ni nadie que las apadrinara. Lillian era una amiga muy cariñosa, pero además

poseía una voluntad de hierro y dotes de mando. Daisy, sin embargo, era una soñadora que creía que la vida real no era, ni mucho menos, tan interesante como las novelas que solía devorar.

Mientras las florero se ayudaban mutuamente a surcar los peligrosos mares de la sociedad londinense, se consolaban y apoyaban en los peligros, pesares y alegrías de la vida, encontraron cada una un marido, y nadie volvió a llamarlas por ese apodo.

Sin embargo, cada nueva temporada surgían nuevas florero. (Ahora, como entonces, hay chicas que son ignoradas y pasadas por alto por caballeros que deberían ser más listos.)

Pero entonces llegó la Navidad, y Rafe Bowman, el hermano mayor de Lillian y Daisy, fue a Inglaterra. Después de su llegada, la vida de una florero londinense iba a cambiar...

1

Londres, 1845

—Ya es oficial —dijo *lady* Westcliff, Lillian, con aire de satisfacción, dejando a un lado la carta de su hermano—. Rafe llegará a Londres dentro de dos semanas. Vendrá en un clíper llamado *Ciclón*, lo cual, si lo pensáis bien, es un nombre muy apropiado para su inminente compromiso.

Dirigió su mirada a Annabelle y Evie, que estaban sentadas en el suelo del estudio de Lillian sobre una gruesa alfombra de terciopelo rojo. Se habían reunido en Marsden Terrace, la casa de Lillian en Londres, para tomar el té y charlar.

En aquel momento, Annabelle y Evie estaban haciendo una manta para el árbol de Navidad, o más bien intentaban remediar el estado en que había quedado la tela que previamente había pasado por las manos de Lillian. Evie estaba cortando una cinta de brocado que su amiga había cosido de manera desigual a un lado de la tela, mientras Annabelle se encargaba de cortar un nuevo retazo de tela que aseguraba con alfileres.

La única que faltaba era Daisy, la hermana menor de Lillian, que vivía en Bristol con su flamante marido. Annabelle ansiaba ver a Daisy para saber cómo le iba la vida matrimonial. Gracias a Dios, todos se reunirían muy pronto para pasar la Navidad en Hampshire.

—¿Crees que tu hermano tendrá problemas para convencer a *lady* Natalie de que se case con él? —preguntó Annabelle, frunciendo el ceño al descubrir una gran mancha oscura en la tela.

—Oh, de ninguna manera —dijo Lillian alegremente—. Es guapo,

encantador y muy rico. ¿Qué podría objetar *lady* Natalie aparte del hecho de que sea americano?

—Bueno, Daisy dice que es un bribón. Y algunas jóvenes podrían no...

—¡Tonterías! —exclamó Lillian—. Rafe no es un bribón. Oh, puede que haya roto algunos corazones femeninos, pero ¿qué hombre viril no lo ha hecho?

Annabelle le dirigió una mirada dubitativa. Aunque Daisy, la hermana menor de Lillian, era considerada por lo general demasiado soñadora y romántica, tenía una vena pragmática que hacía que sus juicios fueran muy fidedignos. Si Daisy había dicho que su hermano mayor era un bribón, sin duda, debían de existir pruebas contundentes que avalaban esa afirmación.

—¿Bebe y juega? —preguntó Annabelle a Lillian.

Ésta frunció el ceño con cautela.

—En ocasiones.

—¿Se comporta de manera ruda o poco apropiada?

—Es un Bowman. No sabemos comportarnos de otra manera.

—¿Flirtea con las mujeres?

—Por supuesto.

—¿Ha sido fiel a una mujer? ¿Alguna vez se ha enamorado?

Lillian la miró con el ceño fruncido.

—No que yo sepa.

Annabelle miró a Evie con las cejas arqueadas.

—¿Qué opinas, Evie?

—Sin duda alguna es un bribón —fue la escueta respuesta.

—Oh, de acuerdo —se quejó Lillian—. Supongo que es un bribón. Pero ésa no es razón para que no pueda cortejar a *lady* Natalie. A muchas mujeres les gustan los bribones. Mira a Evie.

Evie continuó cortando tenazmente la cinta de brocado, mientras curvaba los labios en una sonrisa.

—A mí no-no me gustan todos los bribones —dijo, sin apartar la mirada de su labor—. Sólo uno.

Evie, la más tierna y dulce de todas ellas, había sido *a priori* la menos indicada para conquistar al notorio lord St. Vincent, que había sido un bribón en toda regla. Aunque Evie, con sus grandes ojos azules y aquel flamígero

pelo rojo, poseía una extraña y poco convencional belleza, era muy tímida. Y además solía tartamudear.

Pero también poseía una callada fuerza y un espíritu valiente que parecía haber seducido por completo a su marido.

—Y es obvio que ese bribón te adora con locura —dijo Annabelle. Hizo una pausa y estudió a Evie detenidamente antes de preguntarle con suavidad —: St. Vincent está encantado con lo del bebé, ¿verdad, cariño?

—Oh, sí, él... —Evie se interrumpió bruscamente y miró a Annabelle con los ojos agrandados por la sorpresa—. ¿Cómo lo has sabido?

Annabelle le brindó una sonrisa de oreja a oreja.

—Me he fijado en que todos tus vestidos nuevos tienen pinzas en la parte delantera y en la espalda que pueden ser descosidas cuando tu figura se ensanche. Es un signo revelador, querida.

—¿Estás embarazada? —preguntó Lillian, soltando un grito de alegría muy poco femenino. Se levantó del sofá y se dejó caer al lado de Evie, rodeándola con los brazos—. ¡Ésas son unas magníficas noticias! ¿Cómo te encuentras? ¿Has sentido náuseas ya?

—Sólo al ver el destrozo que has hecho con la manta del árbol —dijo Evie, riéndose ante el entusiasmo de su amiga.

A menudo era difícil recordar que Lillian era condesa. Su naturaleza espontánea no había sido sometida ni una pizca por su nueva condición social.

—Oh, no deberías estar en el suelo —exclamó Lillian—. Venga, dame las tijeras, yo me encargaré de esta maldita cosa.

—No —dijeron Evie y Annabelle a la vez.

—Lillian, querida —continuó Annabelle con voz firme—. Ni siquiera deberías acercarte a esta labor. Lo que haces con la aguja y el hilo debería ser considerado un acto criminal.

—Hago lo que puedo —protestó Lillian con una sonrisa torcida, sentándose sobre los talones—. Siempre comienzo con buenas intenciones, pero luego me canso de dar todas esas diminutas puntadas y comienzo a impacientarme. Pero debemos tener una manta para el árbol, una que sea bien grande. De otra manera, cuando se enciendan las velas del árbol, las gotas de cera mancharán el suelo.

—¿Podrías decirme de qué es esta mancha? —Annabelle señaló la fea mancha oscura en el terciopelo.

La sonrisa de Lillian se tornó avergonzada.

—Pensé que podríamos disimularlo poniendo la manta del revés. Derramé una copa de vino sin querer.

—¿Estabas bebiendo vino mientras cosías? —preguntó Annabelle, pensando que aquello explicaba muchas cosas.

—Esperaba que me ayudara a tranquilizarme. Coser me pone muy nerviosa.

Annabelle le dirigió una sonrisa inquisitiva.

—¿Por qué?

—Me recuerda a todas esas veces que mi madre me vigilaba mientras yo bordaba en mi bastidor. Cada vez que me equivocaba, me golpeaba los nudillos con una regla. —Lillian esbozó una sonrisa contrita, y por una vez la diversión no llegó a sus vivaces ojos castaños—. Fui una niña terrible.

—Estoy segura de que fuiste una niña adorable —dijo Annabelle con voz queda. Nunca había sabido a ciencia cierta cómo Lillian y Daisy Bowman habían conservado la cordura dada la educación que habían recibido. De alguna manera, Thomas y Mercedes Bowman se las habían arreglado para ser exigentes, críticos y negligentes a la vez, lo que en sí mismo era toda una hazaña.

Tres años antes, los Bowman se habían trasladado con sus dos hijas a Londres después de descubrir que ni siquiera su enorme fortuna era aliciente suficiente para que cualquier caballero de Nueva York quisiera casarse con ellas.

Mediante una combinación de trabajo duro, suerte e implacable crueldad, Thomas Bowman había fundado una de las compañías de jabones más grandes y de más rápida expansión del mundo. Ahora que el jabón se había hecho asequible a las clases populares, las fábricas de los Bowman en Nueva York y Bristol apenas podían cubrir la demanda.

Sin embargo, era necesario algo más que dinero para lograr ser alguien en la sociedad neoyorkina. Las herederas de orígenes humildes, como Lillian y Daisy, no eran en absoluto deseables para los caballeros que querían adquirir también un buen nombre. Por eso, Londres, con su creciente número de

aristócratas arruinados, era un buen coto de caza para los nuevos ricos americanos.

Irónicamente, había sido con Lillian con quien los Bowman habían alcanzado el estatus social deseado, en cuanto ésta se casó con Marcus, lord Westcliff. Nadie habría imaginado que el reservado y poderoso conde acabaría casándose con una chica testaruda como Lillian. Pero Westcliff había sabido mirar bajo la descarada fachada de Lillian y había descubierto la vulnerabilidad y el tierno corazón que ella había ocultado con tanta ferocidad.

—Fui un demonio —dijo Lillian con la franqueza que la caracterizaba—, y también Rafe. Nuestros otros hermanos, Ransom y Rhys, siempre se comportaron mejor que nosotros, aunque no mucho. Y Daisy no se quedaba atrás tampoco, aunque se pasaba la mayor parte del tiempo soñando despierta y absorta en sus libros.

—Lillian —preguntó Annabelle, enrollando lentamente la cinta—, ¿por qué tu hermano ha aceptado reunirse con *lady* Natalie y los Blandford? ¿Está realmente preparado para casarse? ¿Necesita dinero o sólo intenta complacer a tu padre?

—No estoy segura —dijo Lillian—. No creo que sea cuestión de dinero. Rafe ha hecho una fortuna como especulador financiero en Wall Street. A veces utilizando muy pocos escrúpulos. Sospecho que, finalmente, se ha cansado de discutir con papá. O quizá... —vaciló, y una sombra cruzó por su rostro.

—¿Quizá? —la apremió Evie con suavidad.

—Bueno, Rafe siempre ha presentado una fachada de absoluta despreocupación, pero nunca ha sido realmente feliz. Mis padres siempre se portaron de una manera abominable con él. En realidad con todos nosotros. Jamás nos dejaron jugar con alguien a quien considerasen inferior a nosotros. Los gemelos se tenían el uno al otro, y, por supuesto, Daisy y yo siempre estábamos juntas. Pero Rafe estaba solo. Papá quería que fuera un niño serio y formal, así que Rafe jamás se relacionó con otros niños. No tenía permiso para hacer nada que papá considerara frívolo.

—Y un buen día se rebeló —dijo Annabelle.

Lillian sonrió brevemente.

—Oh, sí. —Su sonrisa se desvaneció—. Pero ahora me pregunto... ¿qué

sucede cuando un joven está cansado de ser serio, pero al mismo tiempo está cansado de rebelarse contra ello? ¿Qué le queda entonces?

—Lo descubriremos enseguida.

—Quiero que sea feliz —dijo Lillian—. Que encuentre a alguien que lo quiera.

Evie las miró con atención.

—¿Conocéis a *lady* Natalie? ¿Sabéis algo sobre su carácter?

—Yo no la conozco —admitió Lillian—. Pero tiene una reputación impecable. Es una chica que ha estado siempre muy protegida. Fue presentada en sociedad el año pasado y muy solicitada después de eso. Es una joven preciosa y bien educada. —Hizo una pausa y frunció el ceño—. Rafe la asustará muchísimo. Sabe Dios por qué los Blandford consienten ese matrimonio. Deben de necesitar dinero. Papá pagaría lo que fuera por traer más sangre azul a la familia.

—Ojalá pudiera hablar con al-alguien cercano a ella —reflexionó Evie—. Alguien que pudiera aconsejar a tu hermano, que le diera algunas pistas sobre qué tipo de cosas le gustan a *lady* Natalie, cuál es su flor favorita, y todo eso.

—Tiene una acompañante —les confió Lillian—. Una prima pobre que se llama Hannah nosequé. Me pregunto si podríamos invitarla a tomar el té antes de que Rafe conozca a *lady* Natalie.

—Creo que es una idea estupenda —exclamó Annabelle—. Si realmente es una persona cercana a *lady* Natalie, sin duda podrá ayudar a Rafe.

—Sí, debes ir —dijo lord Blandford con decisión.

Hannah permanecía de pie ante él en la salita del hogar de los Blandford en Mayfair. Era una de las más pequeñas y viejas mansiones del popular distrito residencial, y estaba situada en un pequeño enclave al oeste de Hyde Park.

En Mayfair, con sus hermosas plazas públicas y sus calles amplias, residían muchas de las privilegiadas familias aristocráticas. Pero durante la década anterior se habían producido muchos cambios en aquella zona, se habían edificado enormes mansiones y casas de estilo gótico, sobre todo al norte, donde se habían establecido los nuevos ricos.

—Tienes que hacer lo que puedas —continuó Blandford— para ayudar a facilitar la unión entre el señor Bowman y mi hija.

Hannah lo miró con incredulidad. Lord Blandford siempre le había parecido un hombre con buen gusto y sensatez.

Apenas podía creer que quisiera que Natalie, su única hija, se casara con el vulgar hijo de un empresario americano. Natalie era hermosa, educada y muy madura para sus veinte años. Podría tener a cualquier hombre que quisiera.

—Tío —dijo Hannah con cautela—, no es mi intención cuestionar tu buen juicio, pero...

—¿Pero quieres saber si acaso lo he perdido? —le preguntó, y se rió entre dientes cuando ella asintió con la cabeza. Él le señaló el sillón tapizado al otro lado de la chimenea—. Toma asiento, querida.

No solían hablar en privado, pero *lady* Blandford y Natalie estaban visitando a un primo que había enfermado, y habían decidido que Hannah se quedara en Londres para preparar la ropa y los artículos personales que Natalie llevaría a la reunión que se celebraría en Hampshire.

Mirando fijamente la cara inteligente y amable del hombre que había sido tan generoso con ella, Hannah preguntó:

—Tío, ¿puedo hablar con franqueza?

Los ojos de su tío chispearon ante sus palabras.

—Jamás te he oído hablar de otra manera, Hannah.

—Sí, bueno... Te enseñé la invitación de *lady* Westcliff a tomar el té por cortesía, pero nunca he tenido intención de aceptarla.

—¿Por qué no?

—Porque la única razón de que quieran invitarme es para conseguir información sobre Natalie y de paso, impresionarme con las supuestas virtudes del señor Bowman. Y tío, ¡es evidente que el hermano de *lady* Westcliff no es lo suficientemente bueno para Natalie!

—Ya veo que ha sido juzgado y condenado —dijo lord Blandford con suavidad—. ¿Por qué eres tan inflexible con los americanos, Hannah?

—No es porque sea americano —protestó Hannah—. O que considere que eso sea un defecto. Pero su cultura, sus valores, sus apetitos son totalmente extraños para alguien como Natalie. Jamás podrá ser feliz con él.

—¿Apetitos? —preguntó Blandford, alzando las cejas.

—Sí, de poder y dinero. Y aunque es una persona importante en Nueva York, aquí carece de estatus. Natalie no está acostumbrada a eso. No es un buen partido para ella.

—Tienes razón, por supuesto —la sorprendió Blandford. Éste se reclinó en la silla y entrelazó los dedos.

Blandford era un hombre tranquilo, con un rostro agradable y una cabeza grande y bien formada que la piel tensa de la calva delineaba claramente. Tenía un montón de arrugas alrededor de los ojos, en las mejillas y en la barbilla. Era de complexión flaca y huesuda, como si la naturaleza se hubiera olvidado de dotarle de los músculos necesarios para soportar su esqueleto.

—No es un buen partido, pero tiene influencias —continuó Blandford—. Puede ser la salvación de las futuras generaciones de la familia. Querida, eres casi como una hija para mí, así que hablaré claro. No he tenido ningún varón que herede el título a mi muerte, y no dejaré a Natalie y a *lady* Blandford a merced de la dudosa generosidad del siguiente lord Blandford. Debo asegurar el bienestar de ambas. Para mi más profundo pesar, no podré dejarles unos ingresos apropiados, pues la mayor parte de los bienes y tierras de los Blandford están vinculadas al título.

—Pero hay un montón de caballeros ingleses que estarían encantados de casarse con Natalie. Lord Travers, por ejemplo. Natalie y él tienen una gran afinidad, y él tiene generosos recursos a su disposición...

—Aceptables recursos —la corrigió Blandford con voz queda—. No generosos. Y desde luego no se acerca a la fortuna de Bowman, eso sin mencionar su futura herencia.

Hannah lo miró desconcertada. En todos los años que llevaba tratando con lord Blandford, jamás había observado aquel interés inusitado por los bienes materiales. Entre los hombres de su clase era habitual desdeñar la costumbre burguesa de hablar sobre temas de finanzas. ¿Qué era lo que había motivado aquella preocupación por el dinero?

Adivinando los pensamientos de la chica, Blandford esbozó una sonrisa torcida.

—Oh, Hannah. ¿Qué puedo decirte para que lo entiendas? El mundo se mueve demasiado deprisa para los hombres como yo. Hay nuevas maneras de

hacer las cosas, pero antes de que pueda adaptarme a ellas, todo vuelve a cambiar de nuevo. Dicen que dentro de poco las vías del ferrocarril cubrirán los verdes campos de Inglaterra. Que las clases populares dispondrán de jabón, comida enlatada y ropa confeccionada, y que la distancia entre ellos y nosotros se hará muy corta.

Hannah le escuchó con atención, consciente de que ella, con su falta de fortuna y sus mediocres orígenes, se encontraba entre la clase aristocrática de los Blandford y la clase popular.

—¿Acaso eso es malo, tío?

—No del todo —dijo Blandford tras una larga vacilación—. Aunque lamento que el tener sangre aristocrática signifique ahora tan poco. El futuro se extiende ante nosotros, y pertenece a gente con iniciativa como los Bowman. Y a hombres como lord Westcliff, que está dispuesto a sacrificarse para no quedar atrás.

El conde de Westcliff era el cuñado de Raphael Bowman. Sin duda alguna, tenía el linaje más distinguido de toda Inglaterra, con más sangre azul que la propia reina. Pero era conocido por ser un indiscutible progresista, tanto en política como en finanzas. Entre sus muchas inversiones, Westcliff había hecho fortuna en el desarrollo de la industria del ferrocarril, y se comentaba que sentía un profundo interés por los negocios mercantiles. A pesar de ello, había nobles que aún se conformaban con obtener sus ganancias con una tradición de siglos como era el arrendamiento de sus tierras.

—Entonces deseas relacionarte con lord Westcliff además de con los Bowman —dijo Hannah.

—Por supuesto. Mi hija alcanzará una posición única si se casa con un americano rico y emparenta con alguien como lord Westcliff. Puede que como esposa del señor Bowman ocupe el último lugar de la mesa..., pero será la mesa de Westcliff, y eso no es moco de pavo.

—Ya entiendo —dijo ella pensativamente.

—¿No estás de acuerdo?

No. Hannah no estaba muy convencida de que su querida Natalie debiera conformarse con un palurdo maleducado sólo para emparentar con lord Westcliff. Sin embargo, no era quién para cuestionar el juicio de lord

Blandford. Al menos en voz alta.

—No estoy de acuerdo contigo, tío. Sin embargo, supongo que las ventajas (o desventajas) de este compromiso se revelarán por sí solas con rapidez.

Él soltó una risa entrecortada.

—Qué diplomática eres. Tienes una mente muy perspicaz, querida. Probablemente más de lo que necesita una joven como tú. Es mejor ser bonita y simple como mi hija que poco atractiva e inteligente.

Hannah no se sintió ofendida, aunque podría haberle discutido ambos extremos. En primer lugar, su prima Natalie era cualquier cosa menos simple. Sin embargo, Natalie sabía que hacer alarde de su inteligencia no era una cualidad que atrajera a los pretendientes.

Y Hannah no se consideraba poco atractiva. Tenía el pelo castaño y los ojos verdes, una sonrisa agradable y una figura aceptable. Si tuviera la posibilidad de ponerse ropa bonita y adornos, Hannah creía que podría llegar a ser considerada muy atractiva. Todo dependía del cristal con que se mirase.

—Ve a tomar el té en Marsden Terrace —le dijo lord Blandford, sonriendo—. Siembra las semillas del romance. Une a esa pareja. Y como dicen los bardos con mucho acierto «el mundo debe ser poblado». —Le lanzó una mirada significativa—. Después de que casemos a Natalie, buscaremos un pretendiente para ti. Sospecho que tú y el señor Clark...

Hannah sintió que el rubor le inundaba el rostro. Durante el año anterior, había realizado algunas tareas menores propias de un secretario para Samuel Clark, un amigo íntimo de lord Blandford desde hacía mucho tiempo. Y Hannah había puesto algunas esperanzas en el atractivo soltero que era rubio y delgado y no mucho mayor que ella.

—No estoy segura de qué quieres decir, tío.

—Yo creo que sí —le dijo él, y se rió entre dientes—. Todo a su debido tiempo, querida. Primero asegurémonos un futuro satisfactorio para Natalie. Luego será tu turno.

Hannah le brindó una sonrisa mientras se guardaba sus pensamientos para sí misma. Su definición de un «futuro satisfactorio» para Natalie no coincidía con la de su tío. Natalie se merecía un hombre que fuera un marido cariñoso, responsable y digno de confianza.

Que Rafe Bowman fuera ese hombre, era algo que todavía estaba por ver.

2

—A riesgo de parecer arrogante —dijo Rafe—, debo decir que no creo necesitar consejos acerca de cómo cortejar a una mujer.

Rafe había llegado a Londres un día antes. Hoy, mientras Westcliff se ausentaba para visitar la fábrica de ferrocarriles en la que tenía acciones, Rafe se había reunido para tomar el té con Lillian y sus amigas.

En realidad, habría preferido ir a la fábrica de ferrocarriles. Era hijo de un empresario, y las nuevas máquinas e inventos ejercían una gran fascinación en él. Por otro lado, Lillian le había pedido que se quedara y nunca había podido negarle nada. Adoraba a sus hermanas, que en su opinión eran lo mejor que sus padres habían hecho en la vida.

—La señorita Appleton no va a darte consejos —replicó Lillian, despeinándole el pelo con cariño—. La hemos invitado a tomar el té para que nos cuente más cosas sobre *lady* Natalie. He pensado que te gustaría averiguar todo lo que sea posible sobre tu futura prometida.

—Eso está aún por ver —le recordó Rafe con ironía—. Incluso aunque quisiera casarme con ella, *lady* Natalie deberá aceptarme primero.

—Por lo que tú vas a ser tan encantador que la señorita Appleton irá corriendo a casa para contarle a *lady* Natalie lo estupendo que eres. —Lillian se interrumpió y le dirigió una mirada ominosa—. ¿Verdad?

Rafe sonrió a Lillian mientras mecía sobre las rodillas a Merritt, el bebé de ocho meses de su hermana. La niña, que tenía el pelo y los ojos oscuros de sus padres y las mejillas sonrosadas, le agarraba con sus pequeñas manos. Después de tirar con fuerza de uno de los botones del chaleco de su tío, el

bebé trató de metérselo en la boca.

—No, cariño —dijo Rafe, sacándole a la fuerza el botón del puño cerrado. Merritt comenzó a chillar en señal de protesta—. Lo siento —dijo él, contrito—. Yo también gritaría si alguien me quitara algo que quiero. Pero podrías ahogarte con eso, y luego tu madre me drogaría y me enviaría directo a China.

—Eso si Westcliff no te pilla antes —dijo Lillian, tomando en brazos al bebé que no dejaba de llorar—. Ven conmigo, cariño. Mamá no va a dejar que el viejo tío Rafe te moleste más. —Le dirigió a Rafe una amplia sonrisa y arrugó la nariz pícaramente mientras intentaba tranquilizar a su hija.

El matrimonio y la maternidad habían sentado bien a Lillian, pensó Rafe. Su hermana siempre había sido una criatura terca, pero ahora parecía más tranquila y feliz que nunca. Algo por lo que tenía que estar agradecido a Westcliff, aunque cómo un hombre tan correcto y autocrático como él había conseguido tal cambio en Lillian, era todo un misterio. Lo normal hubiera sido que aquella pareja se hubiera aniquilado mutuamente durante el primer mes de matrimonio.

Después de que el bebé se tranquilizara y de que Lillian se la hubiera entregado a la niñera para que la llevara arriba, llegaron Annabelle y Evie.

Poniéndose en pie, Rafe se inclinó ante las damas cuando se las presentó su hermana, tal y como dictaban las normas.

La señora Annabelle Hunt era la esposa del empresario de ferrocarril Simon Hunt, y se comentaba que era una de las grandes bellezas de Inglaterra. Era difícil imaginar que pudiera ser eclipsada por otra mujer. Era la perfecta rosa inglesa, con el pelo rubio como la miel, los ojos azules y el cutis marfileño. Su figura habría hecho pecar a un santo. Pero su expresión vivaz y seductora transmitía tranquilidad al instante.

Evie, *lady* St. Vincent, no parecía tan accesible. Pero Lillian ya le había advertido que la timidez de Evie era confundida muy a menudo con reserva. Era hermosa de una manera muy poco convencional, tenía la piel salpicada de pecas y el pelo exuberantemente rojo. Sus ojos azules poseían una prudente cordialidad y una vulnerabilidad que cautivaron a Rafe.

—Mi querido señor Bowman —dijo Annabelle con una sonrisa contagiosa—. Le hubiera reconocido en cualquier parte, incluso aunque no

nos hubieran presentado. Lillian y usted comparten un parecido excepcional. ¿Son todos los Bowman tan altos y morenos?

—Todos excepto Daisy —respondió Rafe—. Me temo que mis hermanos y yo heredamos toda la estatura de la familia y no quedó nada para ella cuando nació.

—Lo que le falta a Daisy en estatura —dijo Lillian—, le sobra en personalidad.

Rafe se rió.

—Cierto. Ardo en deseos de ver a esa pequeña bribona y oír por sus propios labios que se casó con Matthew Swift de manera voluntaria y no porque papá la obligara.

—Daisy e-está muy enamorada del señor Swift —dijo Evie con seriedad.

Al oírla tartamudear, otra cosa sobre la que Lillian le había advertido, Rafe le brindó una sonrisa tranquilizadora.

—Me alegra oírlo —dijo con suavidad—. Siempre he pensado que Swift era un hombre decente.

—¿Nunca te ha molestado que papá haya llegado a considerarlo casi como un hijo? —le preguntó Lillian con acritud, sentándose y haciendo un ademán para que los demás la imitaran.

—Justo lo contrario —dijo Rafe—. Me alegró que existiera algo que desviara la atención de papa de mí. He tenido suficiente de ese condenado hombre para el resto de mi vida. La única razón de que esté dispuesto a tratar con él ahora es porque quiero estar presente en la expansión europea de la compañía.

Annabelle pareció aturdida por su franqueza.

—Me parece que usted no se caracteriza precisamente por su discreción.

Rafe sonrió ampliamente.

—Dudo que haya algo más que saber sobre los Bowman que Lillian no les haya dicho ya. Así que será mejor para todos que prescindamos de las formalidades y pasemos a temas más interesantes.

—¿Las damas de Londres son un tema interesante? —preguntó Lillian.

—Definitivamente. Háblame de ellas.

—Las mujeres de aquí son diferentes de las americanas —le advirtió Lillian—. En especial las jóvenes. Cuando te presenten a una joven inglesa

de buena familia, ésta mantendrá la cabeza gacha, y no hablará ni dará opiniones como hacemos las americanas. Las jóvenes inglesas están mucho más protegidas, y no acostumbran a disfrutar de la compañía de los caballeros. Así que ni se te ocurra discutir con ellas sobre política o negocios o cualquier otra cosa por el estilo.

—¿Y de qué está permitido hablar? —preguntó Rafe en tono aprensivo.

—Música, arte y caballos —dijo Annabelle—. Y recuerde que las jóvenes inglesas rara vez dan su propia opinión sobre cualquier tema, suelen repetir las opiniones de sus padres.

—Hasta después de ca-casarse —dijo Evie—, se mantendrán distantes y poco inclinadas a mostrar su verdadera personalidad.

Rafe le dirigió una mirada irónica.

—¿Y no sería mejor conocer la verdadera personalidad de una mujer antes de casarme con ella?

—Eso sería ca-casi imposible —dijo Evie con gravedad. Rafe comenzó a sonreír hasta que se dio cuenta de que no estaba bromeando.

Ahora comenzaba a entender por qué Lillian y sus amigas intentaban averiguar más sobre el carácter de *lady* Natalie, pues era evidente que esa información no la iban a obtener de la propia *lady* Natalie.

Desplazando la mirada del rostro de Lillian a los de Annabelle y Evie, Rafe dijo lentamente:

—Aprecio su ayuda, señoras. Me doy cuenta de que voy a necesitarla mucho más de lo que creía en un principio.

—La persona que te será de más ayuda —dijo Lillian—, es la señorita Appleton. O eso espero. —Abrió las cortinas y le echó un vistazo a la calle—. Y, si no me equivoco, acaba de llegar.

Rafe se puso en pie de manera mecánica cuando la señorita Appleton entró en el vestíbulo. Lillian se acercó a saludarla mientras un lacayo recogía la capa y el sombrero de la recién llegada. Rafe suponía que debía agradecer la visita de aquella solterona, pero sólo podía pensar en cuál sería la manera más rápida de conseguir la información que necesitaba y librarse de ella.

Observó sin interés cómo ella entraba en la salita. Llevaba un vestido de un tono azul desvaído, sencillo y práctico, aunque de mayor calidad de los que vestían los sirvientes.

Subió la mirada por la forma delgada de la cintura, las suaves curvas de los pechos y luego la cara. Sintió una aguda sorpresa al darse cuenta de que era joven, más o menos de la misma edad que Daisy. Por su expresión era evidente que no se sentía más feliz de estar allí que el propio Rafe. Pero había un indicio de ternura y humor en la suave curva de su boca, y una delicada fuerza en las líneas de la barbilla y la nariz.

No poseía una belleza fresca y pura, sino cálida y ligeramente descuidada. Tenía el pelo castaño muy brillante y parecía habérselo recogido con horquillas de manera apresurada. Cuando se quitó los guantes tirando de la punta de cada dedo, miró a Rafe con unos ojos de color verde mar.

Esa mirada no le dejó ninguna duda de que a la señorita Appleton tampoco le gustaba ni confiaba en él. Ni tenía por qué hacerlo, pensó Rafe con un ramalazo de diversión. No era conocido precisamente por sus nobles intenciones en lo que a mujeres se refería.

Se acercó a él de una manera compuesta que, por alguna razón, molestó a Rafe. Le hacía desear... Bien, no estaba seguro de qué le hacía desear, pero podría comenzar por tomarla en brazos y lanzarla sobre el sofá más cercano.

—Señorita Appleton —dijo Lillian—, me gustaría presentarle a mi hermano, el señor Bowman.

—Señorita Appleton —murmuró Rafe, ofreciéndole la mano.

La joven vaciló, sus pálidos dedos revolotearon tras sus faldas.

—Oh, Rafe —se apresuró a decir Lillian—, eso no se puede hacer aquí.

—Lo lamento. —Rafe retiró la mano sin apartar la mirada de aquellos ojos de un verde transparente—. En América es común saludarse con un apretón de manos.

La señorita Appleton le dirigió una mirada especulativa.

—En Londres, se estila hacer una reverencia —dijo con un ligero tono cristalino que le hizo sentir una oleada de calor en la nuca—. Aunque a veces las damas casadas estrechan las manos, las solteras rara vez lo hacen. Es considerada una costumbre de las clases bajas, y demasiado personal, en especial sin guantes. —Lo estudió durante un momento con una leve sonrisa curvándole los labios—. Yo, sin embargo, no tengo ninguna objeción en que nos saludemos a la manera americana. —Le ofreció una mano delgada—. ¿Cómo se hace?

El inexplicable calor que Rafe estaba sintiendo en la nuca se extendió a los hombros. Tomó aquella elegante mano en la suya, mucho más grande, sorprendido por la aguda sensación que atravesó su vientre, de la que fue profundamente consciente.

—Lo normal es estrecharla con fuerza... —comenzó él, antes de interrumpirse, incapaz de continuar diciendo nada más cuando ella le devolvió el apretón de manos.

—¿Así? —preguntó ella, levantando la mirada a la cara de Rafe. Tenía las mejillas sonrojadas.

—Sí. —Confundido, Rafe se preguntó qué diablos le ocurría. La presión suave y confiada de aquella pequeña mano le excitaba más que una caricia lasciva de su última amante.

Soltando la mano de ella, desvió la mirada e intentó controlar la respiración.

Lillian y Annabelle intercambiaron una mirada perpleja ante el tenso silencio que cayó sobre ellos.

—Bien —dijo Lillian con una sonrisa radiante cuando llegaron las bandejas del té—. Espero que sea el principio de una buena amistad. Y ahora permítanme que sirva el té.

Annabelle se sentó en el sofá al lado de Lillian, mientras Rafe y la señorita Appleton se sentaban en sendas sillas al otro lado de la mesita baja. Durante los siguientes minutos, todos siguieron el ritual del té. Y circularon los platitos con pastas y buñuelos.

Rafe no parecía ser capaz de apartar la mirada de la señorita Appleton, que permanecía en su silla, tomando sorbitos de té. Quería arrancarle las horquillas del pelo y envolverse los dedos con él. Quería tumbarla en el suelo. Se veía tan educada y recatada allí sentada con las faldas pulcramente colocadas, que lo hacía querer ser muy malo.

Muy, pero que muy malo.

3

Hannah jamás se había sentido tan incómoda en su vida. El hombre que se sentaba a su lado era un salvaje. La miraba como si ella fuera alguna atracción de feria. Y ya le había confirmado mucho de lo que le habían comentado sobre los americanos. Rezumaba una intensa masculinidad que le resultaba desagradable. La manera desgarbada e informal en que se sentaba en la silla, la hacía querer darle una patada en la espinilla.

El acento neoyorkino del hombre, con las vocales acortadas y las consonantes laxas, era extraño y molesto. Sin embargo, tenía que admitir que la voz en sí..., un profundo y suave tono de barítono, era fascinante. Y poseía unos ojos extraordinarios, oscuros como la brea, que brillaban con impertinencia.

Tenía la piel morena, de un hombre que pasa gran parte de su tiempo al aire libre, y la mandíbula, recién afeitada, empezaba a mostrar la sombra de la barba. Era un hombre tremendamente masculino. De ninguna manera era un buen partido para Natalie. El señor Bowman no era apropiado para alternar en las salitas o salones de la gente civilizada.

Además le hablaba con una franqueza que rayaba la grosería.

—Dígame, señorita Appleton..., ¿qué tareas realiza una acompañante? ¿Le pagan por ello?

¡Oh, qué descarado había sido al preguntar tal cosa! Tragándose la indignación, Hannah contestó:

—Recibo una contraprestación por ello. No recibo un sueldo, sino más bien una asignación.

Él asintió con la cabeza y la miró fijamente.

—¿Y qué diferencia hay entre una cosa y la otra?

—Si recibiera un sueldo significaría que soy una sirvienta.

—Ya veo. ¿Y cuales son las funciones que realiza a cambio de esa asignación?

La perseverancia que mostraba era mortificante.

—Proporciono compañía y conversación —dijo ella—. Y en ocasiones actúo como carabina para *lady* Natalie. Me encargo de su ropa, y en general de las pequeñas cosas que pueden hacer la vida de *lady* Natalie más cómoda, como servirle el té o hacer recados.

La burla chispeó en aquellos ojos paganos.

—Pero no es una sirvienta.

Hannah le dirigió una mirada fría.

—No. —Hannah decidió cambiar las tornas—. ¿Qué hace exactamente un especulador financiero?

—Inversiones. También observo a las personas que hacen estupideces con sus inversiones y las animo para que las hagan, hasta que consigo hacer una pequeña fortuna mientras ellos se hunden en la miseria.

—¿Cómo duerme por la noche? —preguntó ella, consternada.

Bowman le dirigió una sonrisa insolente.

—Muy bien, gracias.

—No quería decir...

—Sé lo que ha querido decir, señorita Appleton. Duermo muy tranquilo al saber que les he proporcionado un buen servicio a mis víctimas.

—¿Y qué servicio es ése?

—Les enseño una valiosa lección.

Antes de que Hannah pudiera replicar, Annabelle se apresuró a intervenir en la conversación.

—Dios mío, no deberíamos estar hablando de negocios. Ya escucho hablar demasiado de ese tema en casa. Señorita Appleton, he oído cosas muy agradables sobre *lady* Natalie. ¿Cuánto tiempo lleva siendo su acompañante?

—Tres años —contestó Hannah de buena gana. Era un poco mayor que su prima, dos años para ser exactos, y había observado cómo Natalie había alcanzado su plenitud hasta ser la chica serena y deslumbrante que era ahora

—. *Lady Natalie* es un encanto. Es amable y cariñosa, posee una personalidad envidiable. No conozco a ninguna chica tan inteligente y encantadora como ella.

Bowman se rió por lo bajo con incredulidad manifiesta.

—Un dechado de virtudes —dijo—. Por desgracia he oído hablar de otras jóvenes con las mismas perfectas cualidades. Pero en cuanto las conoces, siempre encuentras algún defecto.

—Algunas personas —replicó Hannah— insisten en buscar defectos donde no los hay.

—Todo el mundo tiene algún defecto, señorita Appleton.

Él era demasiado provocador para contenerse y morderse la lengua. Hannah sostuvo aquella mirada penetrante y oscura, y le preguntó:

—¿Cuál es el suyo, señor Bowman?

—Oh, yo soy un sinvergüenza —dijo él alegremente—. Me aprovecho de los demás, no practico las normas del decoro y tengo la desafortunada costumbre de decir exactamente lo que pienso. ¿Cuál es el suyo? —dijo, esbozando una sonrisa ante su mudo asombro—. ¿O es por casualidad tan perfecta como *lady Natalie*?

Hannah se había quedado sin habla ante el atrevimiento de aquel hombre. Ninguno le había hablado nunca de esa manera. Otra mujer con menos carácter que ella podría haberse desmayado ante el tono burlón de su voz. Pero ella no era de las que se acobardaban.

—Rafe —oyó que decía Lillian en tono de advertencia—, estoy segura de que nuestra invitada no desea ser sometida a un tercer grado cuando ni siquiera se ha tomado la primera pasta.

—No, *milady* —se forzó a decir Hannah—, no se preocupe. —Clavó la mirada en los ojos de Bowman—. Soy demasiado testaruda —le dijo—. Creo que ése es mi peor defecto. A menudo me dejo llevar por los impulsos. Y no soy buena conversadora. Tiendo a monopolizar las conversaciones durante mucho tiempo. —Hizo una pausa estratégica antes de añadir—: Además tengo muy poca paciencia con la gente impertinente.

Trascurrió un breve y turbulento silencio mientras los dos se sostenían la mirada. Hannah no podía apartar los ojos de él. Sintió cómo se le humedecían las palmas de las manos, y sabía que tenía la cara encendida.

—Bien dicho —dijo él con suavidad—. Le pido disculpas, señorita Appleton. No tenía intención de ser insolente.

Pero sí que había sido ésa su intención. La había estado observando, acosándola verbalmente con total deliberación para ver cómo reaccionaba ella. Como si fuera un gato jugando con un ratón. Hannah sintió una cálida sensación que le recorrió la espalda cuando miró fijamente las profundidades paganas de aquellos ojos oscuros.

—Rafe —oyó que Lillian exclamaba con exasperación—. Si esto es un ejemplo de tus modales, tienes mucho que mejorar antes de que te presente a *lady* Natalie.

—*Lady* Natalie ha estado muy protegida —dijo Hannah—. Mucho me temo que no tendrá ninguna oportunidad con ella si no se muestra más caballeroso, señor Bowman.

—Tomo nota. —Le dirigió a Hannah una mirada inocente—. Sé comportarme cuando procede.

Ella quiso decirle que lo dudaba mucho pero se mordió la lengua. Aunque Bowman sonrió como si pudiera adivinar sus pensamientos.

La conversación retornó de nuevo al tema de Natalie, y Hannah respondió a las preguntas que le formulaban, como cuáles eran las flores, la música o los libros favoritos de su prima, y qué preferencias tenía. Durante un momento, consideró la idea de no decir la verdad, de poner al señor Bowman en clara desventaja frente a Natalie. Pero no estaba en su naturaleza mentir aunque de todos modos tampoco se le daba bien. Además, debía tener en cuenta la petición de lord Blandford. Si su tío realmente creía que era ventajoso para Natalie emparentar con la familia Bowman, ella no era quién para impedirlo. Los Blandford habían sido muy amables con ella, y no merecían que les hiciera una mala jugada.

Hannah encontró un poco peculiar que Bowman preguntara tan poco sobre Natalie. De hecho, parecía contento de dejar que las otras mujeres preguntaran por su prima. Y mientras, él tomaba el té con los ojos clavados en ella con una mirada fría y calculadora.

De las tres, Annabelle era la que más le gustaba a Hannah. Era divertida. Poseía la habilidad de mantener la conversación entretenida además de ser una experta en una gran variedad de temas. De hecho, Annabelle era el

ejemplo perfecto de cómo sería Natalie dentro de unos años.

De no ser por la perturbadora presencia de Bowman, Hannah habría lamentado el final de la visita. No obstante, recibió con alivio la noticia de que el carruaje de los Blandford estaba en la puerta para llevarla de regreso a casa. No creía poder soportar por más tiempo la inquietante mirada de Bowman.

—Muchas gracias por una merienda tan amena —le dijo Hannah a Lillian, poniéndose en pie y alisando las faldas—. Ha sido un placer conocerlas.

Lillian le brindó una sonrisa con el mismo destello de picardía que había exhibido antes la de Bowman. Con aquellos ojos oscuros, tan cálidos, y el brillante pelo negro, no había duda del parecido familiar. Salvo que Lillian era muchísimo más agradable.

—Ha sido muy amable al soportarnos, señorita Appleton. Espero que no hayamos sido demasiado incorrectos.

—De ninguna manera —replicó Hannah—. Espero con impaciencia verlas pronto en Hampshire.

En cuestión de días, Hannah saldría con Natalie en dirección a la hacienda de lord Westcliff y Lillian, para una larga visita que abarcaría todas las fiestas de Navidad. Estarían allí más de dos semanas, durante las cuales el señor Bowman y Natalie tendrían oportunidades de sobra para descubrir si hacían buena pareja. O no.

—Sí, serán unas Navidades maravillosas —exclamó Lillian, con ojos chispeantes—. Música, fiestas, bailes y todo tipo de entretenimientos. Y lord Westcliff me ha prometido que tendremos un árbol de Navidad enorme.

Hannah sonrió contagiada por su entusiasmo.

—Jamás he visto uno antes.

—¿No? Es absolutamente mágico cuando todas las velas están encendidas. Los árboles de Navidad son la última moda en Nueva York, donde me crié. Tiene su origen en una tradición alemana, y ha tenido mucho éxito en América, aunque todavía no es muy común en Inglaterra.

—La familia real ha tenido árboles de Navidad desde hace algún tiempo —dijo Annabelle—. La reina Charlotte siempre ponía uno en Windsor. Y he oído que el príncipe Alberto ha continuado con dicha tradición debido a su

origen alemán.

—Estoy deseando ver ese árbol de Navidad —dijo Hannah—, y pasar esos días de fiesta con ustedes. —Hizo una pequeña reverencia a las mujeres y, con aire indeciso, levantó la mirada hacia Bowman. Era muy alto, y poseía una presencia tan enérgica y vital que Hannah se estremeció cuando él se acercó a ella. Pero cuando levantó la mirada hacia la arrogante y hermosa cara de Bowman, sólo pudo pensar en cuánto le desagradaba. Aunque tenía que reconocer que la aversión jamás le había secado la boca de esa manera. Ni tampoco había hecho que se le acelerara el pulso, le palpitara el corazón, o se le formara un nudo en la boca del estómago.

Hannah lo saludó con una breve inclinación de cabeza. Bowman sonrió; los dientes, muy blancos, contrastaban con la cara morena.

—Antes me ha estrechado la mano —le recordó, tendiéndosela.

Menuda audacia. Hannah no quería volver a tocarle, y él lo sabía. Sintió una fuerte opresión en el pecho, tan intensa que se vio forzada a tomar más aire. Pero al mismo tiempo una irónica e incontenible sonrisa curvó los labios de la joven. Ese hombre era un sinvergüenza, sin ninguna duda. Y Natalie lo descubriría muy pronto.

—En efecto —dijo Hannah, tomando la mano que le ofrecía. Sintió un estremecimiento que la recorrió de pies a cabeza cuando los dedos masculinos rodearon los suyos. Bowman poseía una mano grande y recia, capaz de aplastar con facilidad los delicados huesos de Hannah, pero su apretón fue muy suave. Y cálido. Hannah le dirigió una mirada desconcertada y tiró de la mano para liberarse, mientras el corazón le retumbaba en el pecho. Deseó que él dejara de mirarla de esa manera..., casi como si pudiera ver en su interior—. El carruaje espera —dijo con voz temblorosa.

—La acompañaré al vestíbulo —le oyó decir a Lillian—. Desde allí pediremos que nos traigan su capa y... —Se interrumpió al oír el llanto de un bebé—. Oh, cariño.

Una niñera entró en la salita sosteniendo a un bebé de pelo oscuro envuelto en una manta de color rosa.

—Le pido disculpas, *milady*, pero no deja de llorar.

—Ésta es mi hija Merritt —le aclaró Lillian a Hannah. Cogió al bebé y lo acunó entre sus brazos tratando de calmarla—. Pobrecita, hoy has estado muy

inquieta, ¿verdad? Señorita Appleton, si no le importa esperar un momento...

—No hace falta que me acompañe hasta la puerta —dijo Hannah, sonriendo—. Quédese aquí con su hija, *milady*.

—Yo la acompañaré —se ofreció Bowman con rapidez.

—Gracias, Rafe —fue la agradecida respuesta de Lillian, antes de que Hannah pudiera objetar algo.

Sintiendo una punzada de nervios en el estómago, Hannah abandonó la salita acompañada de Rafe Bowman. Antes de que él tirase de la campanilla, ella murmuró:

—Si no le importa, me gustaría hablar con usted en privado un momento.

—Por supuesto.

La recorrió con la mirada. Sus ojos tenían el brillo malicioso de un hombre que estaba muy acostumbrado a tener momentos privados con mujeres que apenas conocía. La cogió por el codo y la condujo al rincón en sombras bajo las escaleras.

—Señor Bowman —susurró Hannah con mucha seriedad—, no es mi intención corregir sus modales, pero... todo ese asunto del apretón de manos...

Él inclinó la cabeza sobre la de ella.

—¿Sí?

—Por favor, no debe ofrecerle la mano a una persona mayor, ni a un hombre de más prestigio, y mucho menos a una dama, a menos que cualquiera de esas personas se la haya ofrecido a usted antes. Sencillamente, no es decoroso. Y a pesar de lo fastidioso y molesto que usted ha sido, no deseo que le desairen.

Para su sorpresa, Bowman parecía estar escuchando con atención. Cuando respondió, su tono estaba impregnado de una tranquila gravedad:

—Muy amable por su parte, señorita Appleton.

Ella apartó la mirada de él, dedicándose a observar el suelo, las paredes y la parte inferior de las escaleras. Tenía la respiración entrecortada.

—No soy amable. Acabo de decir que es usted fastidioso y molesto. No se ha esforzado demasiado en ser educado.

—Tiene razón —dijo él con voz queda—. Pero créame, soy incluso más molesto cuando trato de ser educado.

Estaban demasiado cerca el uno del otro, el olor a limpio de la chaqueta de lana y de la camisa de lino de Bowman inundó las fosas nasales de Hannah. Y también aquella profunda fragancia subyacente de la piel masculina, que olía a especias y a jabón de bergamota. Bowman la observaba con la misma intensidad, cercana a la fascinación, que había mostrado en la salita. Y a ella la ponía nerviosa que la mirara de esa manera.

Hannah cuadró los hombros.

—Seré franca con usted, señor Bowman. No creo que *lady* Natalie y usted hagan una buena pareja. No tienen nada en común. No se parecen en absoluto. Creo que la relación sería un desastre. Y es mi deber compartir esta opinión con *lady* Natalie. De hecho, haré lo que sea necesario para impedir este compromiso. Y aunque no lo crea, es por su propio bien tanto como por el de ella.

Bowman no pareció demasiado preocupado por su opinión, ni por su advertencia.

—¿No puedo hacer nada para hacerla cambiar de opinión?

—No, soy muy firme en mis convicciones.

—Entonces tendré que demostrarle lo que ocurre cuando una mujer se interpone en mi camino.

Rafe deslizó las manos en torno a ella con tal rapidez que la pilló totalmente desprevenida. Antes de que Hannah comprendiera lo que estaba ocurriendo, un brazo musculoso la había atraído contra la calidez del duro cuerpo masculino. Con la otra mano, él la cogió de la nuca y echó hacia atrás su cabeza. Luego tomó posesión de su boca.

Hannah se tensó entre sus brazos, intentando escapar, pero él se lo impidió y la estrechó con más fuerza contra su cuerpo, haciéndola sentir lo grande y fuerte que era, y cuando ella se quedó sin aliento e intentó protestar, él aprovechó la ventaja que le ofrecían sus labios abiertos.

Un salvaje estremecimiento recorrió a Hannah, que levantó un brazo con intención de apartarle la cabeza. Rafe tenía una boca experimentada y sorprendentemente suave, y poseía la suya con una habilidad seductora. Hannah jamás había imaginado que un beso pudiera tener un sabor tan íntimo. Jamás había soñado que su cuerpo le daría la bienvenida a algo que su mente rechazaba por completo.

Pero cuando Bowman la obligó a aceptar el adictivo y profundo beso, ella cedió al sentir que se le obnubilaban los sentidos. Sus traidores dedos se cerraron sobre los espesos mechones negros, entre aquellas hebras pesadas como la seda. En lugar de apartarle, Hannah se encontró acercándole más a ella. Le tembló la boca y se le abrió bajo aquella experta persuasión mientras un líquido ardiente le recorría las venas a toda velocidad.

Lentamente, Bowman apartó los labios de los suyos y le apretó la cabeza contra su pecho, que se movía bajo la mejilla femenina al ritmo de la errática respiración masculina. Un pícaro susurro cosquilleó en la oreja de Hannah.

—Así es como cortejamos a las chicas en América. Las agarramos y las besamos. Y si no les gusta, volvemos a hacerlo con más dureza y durante más tiempo, hasta que se rinden. De esa manera nos ahorramos horas de conversación ingeniosa.

Levantando su aguda mirada hacia él, Hannah vio un brillo divertido en sus pícaros ojos oscuros, y respiró hondo.

—Se lo contaré todo a...

—Dígaselo a quien quiera. Lo negaré.

Ella frunció el ceño.

—Usted es mucho peor que un sinvergüenza. Es un auténtico bellaco.

—Si no le gustó —murmuró él—, no debería haberme devuelto el beso.

—Yo no...

La boca de Rafe cayó de nuevo sobre la de ella. Hannah emitió un sonido ahogado al tiempo que le golpeaba el pecho con el puño. Pero él impidió que siguiera golpeándole, levantando la mano y atrapando el puño de Hannah con ella. Luego se dedicó a devorarla con un beso profundamente lujurioso, acariciándole el interior de la boca, haciendo cosas que ella jamás había imaginado que formarían parte de un beso. Se quedó escandalizada por la abrasadora invasión, y aún más por el placer que le proporcionaba, por cómo sus sentidos se abrían para recibir más. Hannah quería que él se detuviera, pero quería todavía más que siguiera para siempre.

Hannah sintió el cálido y entrecortado aliento de Bowman contra la mejilla, y cómo el pecho subía y bajaba con fuerza. Él le soltó la mano, y ella se apoyó débilmente contra él, agarrándose a sus hombros para mantener el equilibrio. La apremiante presión de su boca contra la de ella le obligó a

echar la cabeza hacia atrás. Hannah se rindió con un suave gemido; necesitaba algo a lo que no sabía dar nombre, algo que apaciguara el ritmo acelerado de su corazón. Parecía como si estrechándolo con más fuerza contra ella, pudiera aliviarse aquella agitación sensual que sentía en su interior.

Apartándose a regañadientes, Bowman finalizó el beso tras rozar sus labios una última vez, y le ahuecó una mejilla con la mano. La diversión se había desvanecido de sus ojos, reemplazada por un peligroso fuego.

—¿Cuál es su nombre de pila? —susurró, haciéndola sentir su aliento en los labios. Ante su silencio, rozó ligeramente su boca sobre la de ella—. Dígamelo, o la besaré de nuevo.

—Hannah —dijo ella débilmente, sabiendo que no soportaría mucho más.

Con el pulgar, Bowman le acarició la mejilla que había adquirido un tono escarlata.

—De ahora en adelante, Hannah, no me importará lo que diga ni lo que haga, sólo tendré que mirarle la boca y recordar lo dulce que sabe. —Una sonrisa ligeramente burlona le curvó los labios al añadir con voz queda—: ¡Maldita sea!

Soltándola lentamente, fue hacia la campanilla y llamó a una criada. Cuando trajeron al vestíbulo la capa y el sombrero de Hannah, él los recogió por ella.

—Vamos, señorita Appleton.

Hannah no se atrevía a mirarle. Sabía que tenía la cara terriblemente roja. Sin duda, jamás había estado tan avergonzada y confundida en su vida. Aturdida, guardó silencio, mientras él le colocaba la capa y se la abrochaba en el cuello.

—Hasta que volvamos a vernos en Hampshire —le oyó decir. Le rozó la barbilla con la punta del dedo—. Levante la vista, cariño.

Hannah obedeció nerviosamente. Él le colocó el sombrero en la cabeza y le ajustó el ala con suavidad.

—¿La he asustado? —murmuró.

Fulminándole con la mirada, ella levantó la barbilla un poco más. La voz le tembló ligeramente.

—Lamento decepcionarle, señor Bowman. Pero ni me asusto ni me

intimidado con facilidad.

Un brillo divertido resplandeció en aquellos ojos del color de la obsidiana.

—Acepte este consejo, Hannah: cuando nos reunamos en Stony Cross Park evite ponerse bajo el muérdago. Por el bien de los dos.

Tras la partida de la deliciosa señorita Appleton, Rafe permaneció en el vestíbulo, y se dejó caer pesadamente sobre un banco de roble. Excitado y aturdido, consideró con detenimiento su inesperada pérdida de control. Sólo había tenido intención de darle un beso rápido, algo que la desconcertara y la pusiera nerviosa. Pero el beso se había convertido en una llamarada ardiente, tan sumamente placentero, que él había sido incapaz de contenerse y había tomado más de lo que debería.

Le hubiera gustado besar esa boca inocente durante horas. Quería echar abajo cada una de sus inhibiciones hasta que ella lo envolviera, desnuda, suplicándole que la poseyera. Al pensar en lo difícil que sería seducirla, y de lo condenadamente divertido que sería meterse bajo sus faldas, sintió que se ponía incómodamente duro. Una sonrisa irónica le cruzó la cara mientras reflexionaba que si eso era lo que podía esperar de las inglesas, iba a establecer su residencia permanentemente en Londres.

Al oír el sonido de pasos, Rafe levantó la vista. Lillian apareció en el vestíbulo y le dirigió una mirada de cariñosa exasperación.

—¿Cómo está el bebé? —preguntó Rafe.

—La he dejado con Annabelle. ¿Por qué te has quedado aquí fuera?

—Necesitaba un momento para dejar enfriar... mi temperamento.

Cruzando los brazos sobre el pecho, Lillian negó con la cabeza lentamente. Era hermosa, con rasgos claros y llamativos, tan enérgica y vivaz como un pirata. Rafe y ella siempre se habían entendido entre ellos, quizá porque ninguno de los dos había sido capaz de soportar las estrictas reglas de sus padres.

—Sólo tú —le reprendió Lillian—, podrías transformar una visita agradable en una divertida contienda.

Rafe sonrió ampliamente sin ningún remordimiento y miró

pensativamente hacia la puerta principal.

—De algún modo, ella saca el diablo que llevo dentro.

—Bien, pues deberías contenerte, querido. Porque si deseas conquistar a *lady* Natalie, tendrás que exhibir mucha más cortesía y educación de las que mostraste en la salita. ¿Qué crees que le dirá la señorita Appleton a sus empleadores sobre ti?

—¿Que soy un maleducado y un villano sin principios? —Rafe se encogió de hombros y dijo con tono pragmático—: Pero ya saben que soy de Wall Street.

Los ojos del color de jengibre de Lillian se entrecerraron al dirigirle una mirada especulativa.

—Como no pareces en absoluto preocupado, debo asumir que no sabes lo que estás haciendo. Pero déjame recordarte que *lady* Natalie quiere casarse con un caballero.

—Por experiencia personal —dijo Rafe con aire perezoso—, sé que nada complace más a las mujeres que darles lo que quieren.

Lillian se rió entre dientes.

—Oh, sí que van a ser unas fiestas navideñas muy interesantes. ¿Vienes a la salita?

—Dentro de un momento. En cuanto me enfríe.

Ella le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿Tanto tarda en calmarse tu temperamento?

—No te haces ni idea —le dijo con gravedad.

De regreso a la salita, Lillian se detuvo en el umbral de la puerta y miró a sus amigas. Annabelle estaba sentada con Merritt, que dormía placidamente en sus brazos, mientras Evie servía una última taza de té.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Annabelle.

Lillian puso los ojos en blanco.

—Al idiota de mi hermano no parece preocuparle lo que la señorita Appleton diga de él a los Blandford y a *lady* Natalie. —Lillian suspiró—. Y eso no augura nada bueno, ¿verdad? ¿Habíais visto alguna vez tal animosidad instantánea entre dos personas sin ninguna razón aparente?

—Sí —contestó Evie.

—Ya lo creo —dijo Annabelle.

Lillian frunció el ceño.

—¿Cuándo? ¿Quiénes? —exigió saber, y se sintió desconcertada cuando ambas se sonrieron mutuamente.

4

Para sorpresa de Hannah, Natalie no sólo no se escandalizó cuando le relató el encuentro con Rafe Bowman, sino que se divirtió enormemente. Para cuando Hannah hubo terminado de contarle lo del beso bajo las escaleras, Natalie se había desplomado en la cama con un ataque de risa.

—Natalie —dijo Hannah con el ceño fruncido—, está claro que no he logrado transmitirte lo espantoso que fue. Que es. Ese hombre es un bárbaro. Un bruto. Un zoquete.

—Eso parece. —Todavía riéndose alegremente, Natalie se incorporó en la cama—. Estoy deseando conocerle.

—¿Qué?

—Menudo manipulador ha resultado ser nuestro señor Bowman. Sin duda, sabía que me contarías lo que había hecho y que me sentiría intrigada. Y cuando me lo presenten en Hampshire, actuará como un perfecto caballero con la esperanza de dejarme totalmente desorientada.

—¡No deberías estar intrigada, deberías estar consternada!

Natalie sonrió y le dio palmaditas en la mano.

—Oh, Hannah, no sabes cómo manejar a los hombres. No deberías tomarte todo tan en serio.

—Pero el cortejo es un asunto serio —protestó Hannah. En momentos como ése era cuando se daba cuenta de las diferencias que había entre su prima menor y ella. Natalie parecía tener más conocimiento que ella de las maniobras sociales, del proceso de búsqueda y captura de un esposo.

—Oh, cielos. En cuanto una chica considera el cortejo como un asunto

serio, ha perdido el juego. Debemos proteger nuestros corazones y ocultar nuestros sentimientos con mucho cuidado, Hannah. Es la única manera de ganar.

—Pensaba que el cortejo consistía en abrirle nuestro corazón a la persona querida —dijo Hannah—, no en ganar un juego.

Natalie sonrió.

—No sé de dónde sacas esas ideas. Si quieres cazar a un hombre, jamás le abras tu corazón. Al menos no al principio. Los hombres sólo valoran aquello que les cuesta conseguir. —Se dio golpecitos en la barbilla con el índice—. Humm... Tendrá que ocurrírseme un buen contraataque.

Levantándose de la cama, Hannah recogió las medias, los guantes y otros artículos que Natalie había dejado caer al suelo con descuido. Jamás le había importado andar recogiendo y ordenando las cosas de Natalie. Hannah conocía a otras acompañantes cuyas pupilas habían hecho de sus vidas un infierno, tratándolas con desprecio y sometiéndolas a toda clase de pequeñas crueldades. Natalie, sin embargo, era amable y cariñosa, y aunque en ocasiones podía ser muy descuidada, no era algo que el tiempo y la madurez no curaran.

Tras dejar los artículos personales en un cajón del tocador, Hannah se volvió hacia Natalie, que todavía seguía rumiando.

Natalie ofrecía una bonita imagen sobre la cama deshecha, con el pelo cayéndole en tirabuzones dorados. Sus ojos azul claro habían robado el corazón a un buen número de caballeros durante su primera temporada. Y los delicados y apenados rechazos de su prima a aquellos pretendientes no habían hecho nada por enfriarles la pasión. Durante mucho tiempo después de que la temporada hubiera terminado, habían seguido enviando arreglos florales a la mansión de los Blandford, y las tarjetas de visita se amontonaban en la bandeja de plata del vestíbulo.

Con aire distraído, Natalie se enrolló un brillante tirabuzón en el dedo.

—Supongo que el señor Bowman da por sentado que, puesto que no me comprometí con nadie la temporada anterior, he debido de cansarme de todos esos respetuosos, blandengues y ociosos lores. Y que ahora, meses después, estoy aburrida y ansiosa por experimentar un cambio. —Sonrió brevemente—. Y, por supuesto, tiene razón.

—Seducir a tu acompañante no es la manera apropiada de reclamar tu atención —masculló Hannah.

—No te sedujo, sólo te besó. —Los ojos de Natalie chispearon con picardía mientras preguntaba—: Confiesa, Hannah, ¿besa bien?

Recordando la cálida y erótica sensación de la boca de Bowman, Hannah sintió que se le enrojecía de nuevo la cara.

—No lo sé —dijo escuetamente—. No tengo con qué compararlo.

Natalie agrandó los ojos.

—¿Quieres decir que nunca te han besado antes?

Hannah negó con la cabeza.

—Pero seguramente el señor Clark...

—No. —Hannah se llevó las manos a las mejillas ardientes.

—Seguro que lo intentó —insistió Natalie—. Has pasado mucho tiempo en su compañía.

—He trabajado para él —protestó Hannah—. Me he dedicado a ayudarlo con sus manuscritos.

—¿Entonces era verdad que sólo tomabas dictados?

Hannah le dirigió una mirada desconcertada.

—¿Qué otra cosa iba a hacer?

—Siempre he creído que cuando decías que tomabas dictados, en realidad querías decir que dejabas que te besara.

Hannah se quedó boquiabierta.

—¡Cuando decía que tomaba dictados quería decir que tomaba dictados!

Natalie parecía claramente decepcionada.

—Madre mía. Si has pasado tanto tiempo con él, y nunca te ha besado, está claro que es una prueba de que la pasión por su trabajo eclipsa a todo lo demás. Incluso a una hipotética esposa. Debemos buscarte a otra persona.

—A mí no me importaría ocupar el segundo lugar después del trabajo del señor Clark —dijo Hannah con seriedad—. Será un hombre muy importante algún día. Le hará mucho bien a la humanidad...

—Los hombres importantes no son, necesariamente, buenos maridos. Y tú eres demasiado valiosa y hermosa para conformarte con algo así. —Natalie sacudió la cabeza con indignación—. Cualquiera de los caballeros que rechacé la temporada pasada será mejor para ti que ese viejo tonto del señor

Clark.

A Hannah se le ocurrió una idea preocupante, pero casi temió expresar su sospecha en voz alta.

—Natalie, ¿dejaste que alguno de tus pretendientes te besara?

—No —dijo Natalie con calma.

Hannah soltó un suspiro de alivio.

—He permitido que me besaran todos —continuó Natalie con despreocupación—. Por supuesto, en distintas ocasiones.

Hannah, consternada, se apoyó contra el tocador.

—Pero... Yo velaba por ti...

—Eres una carabina terrible, Hannah. La mayoría de las veces te dejas absorber por las conversaciones y te olvidas de vigilarme. Es una de las cosas que más adoro de ti.

Hannah jamás había imaginado que su hermosa y vivaz prima hubiera permitido que cualquier joven se atreviera a llegar tan lejos. Y no un caballero, sino varios.

—Sabes que nunca deberías haber permitido tales libertades —dijo débilmente—. Provocará rumores, serás etiquetada como una chica fácil, y luego...

—¿Nadie querrá comprometerse conmigo? —Natalie esbozó una sonrisa irónica—. La temporada pasada recibí cuatro propuestas de matrimonio, y eso porque dejé claro que no quería ni una más, si no habría conseguido otra media docena más. Créeme, Hannah, sé manejar a los hombres. Acércame el cepillo, por favor.

Hannah obedeció, reconociendo para sus adentros que existían buenas razones para que Natalie estuviera tan segura de sí misma. Era, o sería, la prometida perfecta para cualquier caballero. Le pasó el cepillo de mango de plata y observó cómo se cepillaba sus hermosos tirabuzones rubios.

—Natalie, ¿por qué no aceptaste ninguna de las proposiciones de matrimonio?

—Porque estoy esperando que aparezca alguien especial —fue la reflexiva respuesta—. Odiaría acabar con alguien vulgar. —Natalie sonrió mientras añadía con impertinencia—: Cuando beso a un hombre, me gustaría oír cantar a los ángeles.

—¿Y no los oíste con lord Travers?

De todos los caballeros que habían mostrado interés por Natalie, el único por quien Hannah había sentido aprecio había sido Edwards, lord Travers. Era un caballero serio y tranquilo, con modales impecables y buena apariencia. Aunque sus rasgos no podían considerarse apuestos, eran fuertes y regulares. No parecía deslumbrado por Natalie, pero aun así prestaba una atención cálida y respetuosa hacia ella cada vez que se encontraban. Era rico y poseía un título nobiliario, lo que, junto con sus otras cualidades, le convertía en un candidato excelente.

La mención de Travers provocó que Natalie frunciera el ceño.

—Es el único hombre que conozco que no hizo ningún avance conmigo, ni siquiera cuando se lo insinué. Supongo que será por su edad.

Hannah no pudo evitar reírse.

—¿Su edad?

—Tiene más de treinta años.

—Es un poco mayor —reconoció Hannah—. Pero también es un hombre seguro de sí mismo, inteligente, y, por lo que parece, lleno de vigor.

—¿Entonces por qué no me besó?

—¿Porque te respeta? —sugirió Hannah.

—Si tengo que elegir, prefiero que antes sientan pasión que respeto por mí.

—Pues entonces —dijo Hannah con ironía—, diría que el señor Bowman es tu hombre.

La mención de Bowman devolvió a Natalie a su estado de ánimo anterior.

—Posiblemente sí. Hannah, ahora debes decirles a mamá y a papá que el señor Bowman se comportó de una manera exquisita. No, eso no se lo creerán, es americano. Diles que se comportó de una manera aceptable. Y ni se te ocurra mencionar el beso bajo las escaleras.

5

Hampshire

Stony Cross Park

Hannah jamás había esperado tener la oportunidad de ver Stony Cross Park. Las invitaciones de lord Westcliff a su hacienda no eran fáciles de conseguir. Localizada en el sur del condado de Hampshire, se decía que Stony Cross Park contaba con los mejores acres de Inglaterra. Con una gran variedad de campos florecientes, prados fértiles, pantanos y bosques milenarios, era un lugar muy hermoso y admirado. Generaciones de familias habían sido invitadas a las fiestas y acontecimientos anuales. Ser excluido de la lista de invitados era considerado el mayor agravio imaginable.

—¡Imagínate! —había reflexionado Natalie en el largo trayecto en carruaje desde Londres—. Si yo me caso con el cuñado de lord Westcliff, ¡podré visitar Stony Cross Park cada vez que me apetezca!

—El único precio a pagar será tener al señor Bowman como marido —dijo Hannah con sequedad. Aunque no les había dicho nada a lord y *lady* Blandford sobre el beso robado, había dejado muy claro que no creía que Bowman fuera el marido adecuado para Natalie. Los Blandford, sin embargo, le habían aconsejado que se reservara su opinión hasta que todos hubieran tenido la oportunidad de conocerlo mejor.

La señora Blandford, tan rubia, hermosa y vivaz como su hija, contuvo la respiración cuando Stony Cross Manor apareció a lo lejos. La casa, de diseño europeo, estaba construida con piedra color miel. Tenía cuatro graciosas torres, tan altas que parecían atravesar el cielo teñido con los tonos lavanda y

naranja del atardecer.

Construida al lado del río Itchen, Stony Cross Manor poseía fantásticos jardines y huertos, campos de equitación, y magníficos caminos rurales que conducían a los bosques y parques que la rodeaban. Gracias a su ubicación al sur de Hampshire, el clima era más suave que en el resto de Inglaterra.

—¡Oh, Natalie! —exclamó la señora Blandford—, y pensar que vas a emparentar con una familia así. Cuando seas la señora Bowman, podrás tener una casa en el campo y otra en Londres, y, si quieres, otra más en el continente. Sin olvidar un carruaje propio con cuatro tiros, y los vestidos más bellos, y las joyas...

—Caramba, ¿tan ricos son los Bowman? —preguntó Natalie con sorpresa—. ¿Hereditará el señor Bowman la mayoría de los negocios familiares?

—Por lo menos puedes estar segura de que hereditará un buen pellizco —contestó lord Blandford, sonriendo ante el vivo interés de su hija—. Posee riquezas y la promesa de obtener muchas más. El padre del señor Bowman dejó claro que si su hijo se compromete contigo, habrá una generosa recompensa para ambos.

—Eso espero —dijo Natalie con pragmatismo—, ya que será una humillación para mí casarme con un plebeyo cuando podría hacerlo con facilidad con un par. —No había menosprecio ni arrogancia en su declaración. Era un hecho constatable que las puertas que se abrían para la esposa de un aristócrata jamás se abrirían para la esposa de un empresario americano.

Cuando el carruaje se detuvo ante la entrada de la mansión, Hannah observó que la hacienda estaba distribuida al estilo francés, con los establos localizados en la parte delantera en lugar de estar ocultos a un lado o detrás de la casa. Los establos estaban alojados en un edificio con enormes puertas arqueadas, a un lado del patio de entrada enlosado con piedras.

Los lacayos los ayudaron a bajar del carruaje y los mozos de cuadra de Westcliff se ocuparon de los caballos. Otros sirvientes se apresuraron a recoger las maletas y los baúles. Un mayordomo, de más edad, los recibió en la entrada y los condujo a un enorme vestíbulo donde las doncellas iban de un lado para otro, cargadas con cestos de ropa blanca, los lacayos portaban cajas y baúles, y algunos criados más, limpiaban, lustraban y barrían.

—¡Lord y *lady* Blandford! —Lillian se acercó a ellos, radiante con un vestido rojo oscuro y el pelo pulcramente recogido con una redecilla adornada con joyas. Con esa brillante sonrisa y su distendida cordialidad, era tan encantadora que Hannah comprendió por qué el famoso y digno conde de Westcliff se había casado con ella. Lillian les hizo una reverencia que ellos devolvieron al instante.

—Bienvenidos a Stony Cross Park —dijo Lillian—. Espero que hayan tenido un buen viaje. Por favor, disculpen el revuelo y las prisas, pero estamos preparándolo todo para la horda de invitados que llegarán mañana. Después de que se refresquen, pueden bajar a la salita. Mis padres están allí, y por supuesto mi hermano, y... —Se interrumpió cuando vio a Natalie—. Mi querida *lady* Natalie. —Su voz se suavizó—. Estaba deseando conocerla. Haremos todo lo posible para asegurarnos de que pasen unas fiestas inolvidables.

—Gracias, *milady* —respondió Natalie con timidez—, no dudo de que serán unas fiestas maravillosas. —Le brindó a Lillian una sonrisa—. Mi acompañante me ha dicho que habrá un árbol de Navidad.

—De casi cuatro metros y medio —dijo Lillian con entusiasmo—. Es condenadamente... quiero decir que es muy difícil de decorar, pues es imposible llegar a las ramas de arriba. Pero tenemos suficientes escaleras de mano y muchos lacayos altos, así que lo conseguiremos. —Contempló a Hannah—. Señorita Appleton. Es un placer volver a verla.

—Gracias, el placer es mío, *milady*... —Hannah se interrumpió al darse cuenta de que Lillian le había tendido la mano. Aturdida, Hannah extendió la suya para cogerla, y le dirigió una mirada inquisitiva.

La condesa le guiñó un ojo, y Hannah se dio cuenta de que estaba bromeando con ella. Prorrumpió en carcajadas ante el chiste privado y devolvió el cálido apretón de la mano de Lillian.

—En vista de su notable tolerancia a los Bowman —le dijo Lillian—, usted también deberá acudir a la salita.

—Sí, *milady*.

El ama de llaves se acercó para mostrarles sus habitaciones, guiándolos por lo que parecieron ser kilómetros de pasillos.

—Hannah, ¿por qué *lady* Westcliff te estrechó la mano? —susurró

Natalie—. ¿Y por qué ambas parecíais encontrarlo tan divertido?

Natalie y Hannah compartirían habitación; Natalie ocuparía la cama principal y Hannah dormiría en una acogedora antecámara. La estancia estaba bellamente decorada con un papel floreado en las paredes y amueblada con muebles de caoba, que incluían una cama con un dosel de encaje.

Mientras Natalie se lavaba las manos y la cara, Hannah buscó un vestido limpio y lo sacudió. El vestido era de un tono azul pálido, con hombros caídos y adornados con encaje, y largas mangas ajustadas. Sonriendo ante la idea de conocer a los Bowman, Natalie se sentó ante el espejo del tocador para que Hannah le cepillara el cabello y volviera a recogerlo. Después de constatar que la apariencia de Natalie era perfecta, con la nariz ligeramente empolvada y los labios suavizados con un bálsamo de pétalos de rosas, Hannah se dirigió a su propia maleta y rebuscó en ella.

Lady Blandford apareció en la puerta, fresca y elegante.

—Vamos, chicas —dijo sin perder la serenidad—, ha llegado el momento de que nos reunamos con los demás en la salita.

—Danos unos minutos más, mamá —dijo Natalie—. Hannah aún no se ha cambiado de ropa ni se ha arreglado el pelo.

—No podemos tener a todo el mundo esperando —insistió *lady* Blandford—. Así estás bien, Hannah. Nadie se fijará.

—Sí, señora —dijo Hannah obedientemente, disimulando una punzada de decepción. Su ropa de viaje estaba llena de polvo y el pelo a punto de soltarse de las horquillas. No quería aparecer ante los Bowman y los Westcliff en esas condiciones—. Si no le importa, prefiero quedarme aquí y ayudar a las doncellas a deshacer el equipaje.

—No —dijo *lady* Blandford con un suspiro de impaciencia—. En otro momento no me hubiera importado, pero la condesa solicitó tu presencia. No hace falta que te arregles, Hannah, sólo que trates de pasar desapercibida.

—Sí, señora. —Hannah se apartó los mechones sueltos de la cara y se inclinó sobre la palangana para lavarse la cara. Algunas gotas de agua dejaron manchas oscuras en el traje de viaje. Gimiendo para sus adentros, siguió a Natalie y a *lady* Blandford fuera de la habitación.

—Lo siento —le murmuró Natalie al oído mientras fruncía el ceño—, no deberíamos haber desperdiciado tanto tiempo en mí.

—Tonterías —murmuró Hannah, palmeándole el brazo—. Es a ti a quien todos quieren conocer. *Lady Blandford* tiene razón, nadie se fijará en mí.

La casa estaba decorada con muy buen gusto. De los marcos dorados de las ventanas colgaban bolas de color oro brillante, y las puertas estaban coronadas por hojas de acebo y bergamota. Las mesas estaban dispuestas con velas y adornos florales de crisantemos, rosas de Navidad y camelias. Y alguien, astutamente, había colgado muérdago en varias de las puertas.

Al mirar los ramilletes de muérdago, Hannah sintió una punzada de inquietud al pensar en Rafe Bowman.

«Tranquila —se dijo a sí misma mientras esbozaba una sonrisa contrita y deslizaba la mirada por su vestido—. Puedes estar segura de que él no intentará besarte ahora, ni siquiera debajo de un montón de muérdago».

Entraron en la sala principal, una estancia grande y cómoda amueblada con una mesa de juego, montones de libros y revistas, un pianoforte, un bastidor de costura y un pequeño escritorio.

La primera persona en la que Hannah se fijó fue en Marcus, lord Westcliff, un hombre con una imponente y poderosa presencia inusual en alguien entrado en la treintena. Antes de que se lo presentaran, Hannah observó que el conde era de mediana estatura, pero, no obstante, elegante y seguro de sí mismo. Westcliff se comportaba con la soltura de un hombre totalmente a gusto con la autoridad que poseía.

Mientras Lillian hacía las presentaciones, Hannah retrocedió a una esquina, observando la escena. Miró con discreción a los Bowman mientras eran presentados a los Blandford.

Thomas Bowman era corpulento, bajo y rubicundo, con un enorme bigote de morsa. En la brillante cabeza llevaba un peluquín que parecía a punto de saltar del cuero cabelludo y volar por la estancia.

Su esposa Mercedes, sin embargo, era delgada y quebradiza como un perro lebel. Tenía una mirada dura y una sonrisa que le quebraba la cara como la grietas de un estanque congelado. Lo único que aquel matrimonio parecía tener en común era la sensación de descontento con la vida y con ellos mismos, como si hubieran sido atados por una cuerda.

Sus hijos se parecían más entre sí que a sus padres, ambos eran altos, irreverentes y relajados. Parecía que se habían formado a partir de una mágica combinación de los mejores rasgos de sus padres.

Hannah observó disimuladamente cómo Lillian presentaba a Rafe Bowman a Natalie. No podía ver la expresión de su prima, pero sí tenía una excelente perspectiva de Bowman. Su recia figura estaba ataviada con una chaqueta hecha a medida, unos pantalones grises y una camisa blanca almidonada con una corbata negra perfectamente anudada. Se inclinó ante Natalie y murmuró algo que provocó una risita jadeante en su prima. No había rechazo en ella; con aquella cruda masculinidad y esos descarados ojos oscuros, Rafe Bowman era, por describirlo de una manera popular, un auténtico bombón.

Hannah se preguntó qué pensaría él sobre su prima. La expresión de Bowman era ilegible, pero estaba segura de que no había encontrado ningún defecto en Natalie.

Mientras todos los presentes en la estancia charlaban, Hannah se acercó poco a poco a la puerta. Si podía, se escaparía de la habitación sin que nadie se diera cuenta.

La puerta abierta parecía llamarla por señas, prometiéndole la libertad. Oh, sería maravilloso huir a su habitación para cambiarse de vestido y cepillarse el pelo. Pero cuando alcanzó la puerta, oyó la profunda voz de Rafe Bowman.

—Señorita Appleton. No puedo creer que pretenda privarnos de su encantadora compañía.

Hannah se detuvo en seco y se volvió para encontrarse con la mirada de todos clavada en ella justo en el momento en que menos deseaba llamar la atención. Deseó poder lanzarle a Bowman una mirada asesina. No, más bien deseaba matarlo. Pero no le quedó más remedio que adoptar una expresión neutra y murmurar:

—Buenas tardes, señor Bowman.

Lillian se dirigió a ella de inmediato.

—Señorita Appleton, acérquese. Quiero presentarle a mi marido.

Reprimiendo un largo suspiro, Hannah se apartó los mechones que le caían sobre la cara y avanzó hacia ellos.

—Westcliff —le dijo Lillian a su marido—. Ésta es la acompañante de *lady* Natalie, la señorita Hannah Appleton.

Hannah hizo una reverencia y miró al conde con aprensión. Tenía los rasgos oscuros y austeros, y resultaba un poco intimidante. Pero cuando la miró a la cara, Hannah vio que sus ojos eran cordiales. Le habló con una voz ronca y aterciopelada que sonó muy agradable a sus oídos.

—Bienvenida, señorita Appleton.

—Gracias, milord —dijo ella—. Muchísimas gracias por permitirme pasar aquí las fiestas.

—La condesa disfrutó con su compañía durante la merienda de la semana pasada —replicó Westcliff, sonriendo ligeramente a su esposa—. Quien la complace a ella, me complace también a mí. —La sonrisa transformó sus rasgos, suavizando su cara.

Lillian le habló a su marido con alegre despreocupación, como si él fuera un simple mortal en lugar del más distinguido aristócrata de Inglaterra.

—Westcliff, creo que te interesará hablar con la señorita Appleton sobre su trabajo con el señor Samuel Clark. —Miró a Hannah mientras añadía—: El conde ha leído algunos de sus escritos, y los ha encontrado muy interesantes.

—Oh, no trabajo con el señor Clark —se apresuró a decir Hannah—, sólo he realizado algunas labores de secretaria para él. —Le brindó al conde una sonrisa cautelosa—: Estoy un poco sorprendida de que haya leído algo del señor Clark, milord.

—Conozco a muchos de los teóricos progresistas de Londres —dijo el conde—. ¿En qué está trabajando ahora el señor Clark?

—En estos momentos está escribiendo un libro teórico sobre cómo las leyes naturales pueden influir en el desarrollo de la mente humana.

—Me encantaría oír más sobre el tema durante la cena.

—Sí, milord.

A continuación, Lillian procedió a presentar a Hannah a sus padres, que la saludaron con cordiales inclinaciones de cabeza. Estaba claro, sin embargo, que ya la habían catalogado como a una persona sin importancia.

—Rafe —le sugirió la condesa a su hermano—, quizá podrías acompañar a *lady* Blandford y a Natalie a dar una vuelta por la casa antes de la cena.

—Oh, sí —replicó Natalie de inmediato—. ¿Podemos, mamá?

—Me parece muy bien —dijo *lady* Blandford.

Bowman les brindó a ambas una sonrisa.

—Será un placer. —Se volvió hacia Hannah—. ¿Vendrá usted también, señorita Appleton?

—No —dijo ella con rapidez. Luego se dio cuenta de que su negativa había sonado demasiado enérgica y suavizó el tono para añadir—: Recorreré la casa más tarde, gracias.

La mirada de Bowman la recorrió de arriba abajo antes de regresar a su cara.

—Puede que mis servicios no estén disponibles más tarde.

Ella se tensó ante la suave burla en su voz, pero no pudo apartar la mirada de sus ojos. Bajo la cálida luz de la sala, los ojos masculinos chispeaban con tonos dorados y canela.

—Entonces, tendré que prescindir de ellos, señor Bowman —replicó con acritud, y él esbozó una amplia sonrisa.

—No me dijiste que el señor Bowman era tan atractivo —dijo Natalie después de la cena. Ya era tarde, y el largo viaje desde Londres, seguido por una larga cena, había dejado a las dos chicas exhaustas. Se habían retirado a su habitación mientras el resto de los invitados se demoraban abajo con el té y el oporto.

Aunque el menú había sido exquisito, incluyendo platos como capón asado relleno de trufas y costillas de cordero con aliño de finas hierbas, la cena había resultado incómoda para Hannah. Había sido muy consciente de su apariencia desaliñada, pues apenas había tenido tiempo para cambiarse de vestido y asearse antes de acudir al comedor. Para su consternación, lord Westcliff había continuado haciéndole preguntas sobre el trabajo de Samuel Clark, por lo que muchas veces había atraído una indeseada atención hacia ella. Y durante todo ese tiempo, Rafe Bowman había continuado mirándola con un inquietante y descarado interés que sólo podía interpretar como mofa.

Volviendo al presente, Hannah observó cómo Natalie se sentaba delante del tocador y se quitaba las peinetas y las horquillas del pelo.

—Supongo que el señor Bowman podría ser considerado un hombre atractivo —dijo Hannah a regañadientes—. Si te gusta esa clase de hombres.

—¿Quieres decir los hombres altos, morenos y apuestos?

—No es un hombre apuesto —protestó Hannah.

Natalie se rió.

—El señor Bowman es uno de los hombres más apuestos que he conocido nunca. ¿Qué defecto le encuentras a su apariencia?

—Su postura —masculló Hannah.

—¿A qué te refieres?

—A que anda con los hombros caídos.

—Es americano. Todos andan con los hombros caídos. Les arrastra el peso de sus carteras.

Hannah no pudo evitar soltar una risita.

—Natalie, ¿te sientes más atraída por el hombre en sí o por el tamaño de su cartera?

—Tiene muchos atractivos personales, de eso puedes estar segura. Una espesa mata de pelo..., unos preciosos ojos oscuros..., por no mencionar un físico impresionante. —Natalie cogió el cepillo y se lo pasó lentamente por el pelo—. Pero no le querría si fuera pobre.

—¿Acaso hay algún hombre al que querrías si fuera pobre? —preguntó Hannah.

—Bueno, si tuviera que ser pobre, preferiría casarme con un aristócrata. Es mucho mejor que casarse con un don nadie.

—Dudo mucho que el señor Bowman sea alguna vez pobre —dijo Hannah—. Parece haber tenido mucho éxito con sus inversiones bursátiles. Es un hombre de éxito, aunque me temo que no muy honorable.

—Oh, estoy segura de que es un auténtico bribón —convino Natalie con una leve risita.

Tensándose, Hannah buscó la mirada de su prima en el espejo.

—¿Por qué dices eso? ¿Te ha dicho o hecho algo inapropiado?

—No, y no espero que lo haga con la propuesta de matrimonio aún sobre la mesa. Pero tiene esa clase de despreocupada insolencia... que hace que una se pregunte si alguna vez se comportará con seriedad en algún momento.

—Quizá sea sólo una fachada —sugirió Hannah sin convicción—. Quizá

sea un hombre diferente por dentro.

—La mayoría de la gente no tiene fachadas —dijo Natalie con sequedad—. Oh, todos piensan que sí, pero en cuanto rascas un poco en la superficie, debajo sólo encuentras más de lo mismo.

—Algunas personas son auténticas.

—Y esas personas son las más peligrosas de todas.

—Yo soy auténtica —protestó Hannah.

—Sí. Y deberías hacer algo al respecto, querida. Cuando eres auténtica, desaparece el misterio. Y a los hombres les encantan las mujeres misteriosas.

Hannah sonrió y meneó la cabeza.

—Tomo nota. Ahora me voy a la cama.

Tras ponerse un camisón blanco, entró en la pequeña antecámara y se subió a la acogedora cama. Al rato, oyó murmurar a Natalie:

—Buenas noches, querida.

Y apagó la luz.

Metiendo el brazo bajo la almohada, Hannah se puso de lado y reflexionó sobre las palabras de Natalie.

No cabía duda de que Natalie tenía razón... Hannah no tenía ni una pizca de misterio.

Tampoco tenía ni una gota de sangre azul, ni dote, ni una gran belleza, ni alguna habilidad que la hiciera destacar. Y si dejaba de lado a los Blandford, tampoco poseía buenas relaciones sociales. Pero tenía un buen corazón, una mente despierta y un aspecto decente. Y, por supuesto, tenía sueños, sueños asequibles, como tener una casa y una familia propia algún día.

A Hannah no se le escapaba que en el mundo privilegiado de Natalie, las personas esperaban encontrar felicidad y amor fuera del matrimonio. Pero su mayor deseo era que Natalie terminara encontrando un marido con quien pudiera compartir la mente y el corazón.

Y llegados a ese punto, dudaba mucho que Rafe Bowman poseyera siquiera un corazón.

6

Mientras Westcliff compartía cigarrillos con lord Blandford, Rafe acompañó a su padre para mantener una conversación privada. Se dirigieron a la biblioteca, una estancia grande y acogedora a doble altura, con estantes de caoba que contenían más de diez mil libros. Había también un aparador empotrado en una hornacina y encastrado con los estantes de libros.

Rafe dio las gracias al ver que había un surtido de botellas y licoreras en la encimera de mármol del aparador. Sintiendo la necesidad de tomar algo más fuerte que el oporto, cogió la licorera de *whisky*.

—¿Un *whisky* doble? —le sugirió a su padre que asintió con la cabeza mientras gruñía un «sí».

Rafe siempre había odiado hablar con su padre. Thomas Bowman era la clase de hombre determinado a pensar por los demás, creyendo que sabía mejor que nadie lo que le convenía a cada uno. Desde la infancia, Rafe se había resistido a revelar cuáles eran sus pensamientos y motivaciones, y había sido castigado por ello. No parecía importar si lo que había hecho estaba bien o mal. Sólo había importado lo que su padre había esperado de sus acciones.

Por lo que siempre había pendido sobre su cabeza la amenaza de desheredarlo. Al final, Rafe había decidido cortar por lo sano con todo aquello y había mandado a su padre al diablo. Había conseguido hacer su propia fortuna, comenzando prácticamente desde la nada.

Ahora, cuando hablaba con su padre, estaba en igualdad de condiciones. Oh, Rafe quería parte de las empresas Bowman en Europa, pero no estaba

dispuesto a vender su alma por ello.

Le tendió una copa de *whisky* a su padre y tomó un trago del suyo, dejando que el sabor cremoso y dulce se extendiera por su lengua.

Thomas se sentó en un sillón de cuero ante el fuego de la chimenea. Frunciendo el ceño, levantó la mano para comprobar la posición del peluquín que llevaba en la cabeza. Se le había estado resbalando toda la tarde.

—Podrías atártelo con una cinta bajo la barbilla —sugirió Rafe con aire inocente, ganándose con ello un ceño feroz.

—A tu madre le gusta.

—Papá, me resulta difícil creer que esa peluca pueda atraer a algo que no sea una ardilla enamorada. —Rafe le arrancó el peluquín y lo dejó caer sobre una mesa cercana—. Quítatelo y ponte cómodo, por el amor de Dios.

Thomas se quejó pero no discutió, relajándose en la silla.

Apoyando un brazo en la repisa de la chimenea, Rafe miró a su padre con una débil sonrisa.

—¿Y bien? —preguntó Thomas, arqueando las cejas con impaciencia—. ¿Qué te ha parecido *lady* Natalie?

Rafe se encogió de hombros con total despreocupación.

—Servirá.

Su padre bajó las cejas con rapidez.

—¿Servirá? ¿Es todo lo que se te ocurre decir?

—*Lady* Natalie no es ni más ni menos de lo que esperaba. —Tras tomar otro trago de *whisky*, Rafe añadió de manera inexpresiva—: Supongo que podría casarme con ella. Aunque no me interesa en absoluto.

—No es tarea de una esposa ser interesante.

Tristemente, Rafe se preguntó si no habría algo de sabiduría oculta en esas palabras. Con una esposa como *lady* Natalie, no habría sorpresas. Sería un matrimonio tranquilo, sin fricciones, que le dejaría suficiente tiempo para su trabajo y sus proyectos personales. Todo lo que tenía que hacer sería proporcionarle generosos cheques, y ella se encargaría de la casa y de los niños que tuvieran.

Lady Natalie era simpática y hermosa, con el pelo rubio y una notable seguridad en sí misma. Si algún día Rafe la llevaba a Nueva York, sabía que ella se desenvolvería sin ningún problema entre la sociedad neoyorkina. Su

porte elegante, su educación y confianza harían que fuera admirada por todos.

Una hora en su compañía, y ya sabía todo lo que debía saber de ella.

Por el contrario, Hannah Appleton era refrescante y fascinante, y durante la cena, él no había podido apartar la mirada de ella. No poseía la belleza artificial de Natalie. En vez de eso, rezumaba alegría, como un ramillete de flores silvestres. Su pelo, que le caía en mechones sueltos sobre la cara, le hacía desear estirar los dedos y jugar con aquellas brillantes hebras. Tenía una deliciosa vitalidad que él jamás había visto antes, y que, instintivamente, quería que le envolviera; quería estar dentro de ella.

Aquella sensación se había intensificado mientras Rafe había presenciado cómo Hannah conversaba seriamente con Westcliff. Se había mostrado animada y adorable al describir el trabajo de Samuel Clark sobre el desarrollo de la mente humana. De hecho, había estado tan absorta y fascinada por el tema que se había olvidado de comer, y, al final, había dirigido una triste mirada a su plato de sopa todavía lleno, mientras el lacayo lo retiraba de la mesa.

—Pedirás su mano, ¿verdad? —exigió saber su padre, haciendo que sus pensamientos regresaran a *lady* Natalie.

Rafe lo miró con el rostro inexpresivo.

—Supongo. Tengo que comprar un anillo, ¿o ya has elegido uno?

—De hecho, tu madre compró el que le pareció más apropiado.

—Oh, por el amor de Dios. ¿No quieres también declararte por mí y decirme luego cuál ha sido su respuesta?

—Estoy seguro de que lo haría con muchísimo más entusiasmo que tú —replicó Thomas.

—¿Quieres que te diga lo que sí haría con entusiasmo, papá? Implantar una red de fábricas de jabón a gran escala por todo el Continente. Y no tener que casarme con *lady* Natalie para hacerlo.

—¿Por qué no? ¿Por qué no vas a tener que pagar un precio? ¿Por qué no deberías procurar complacerme?

—En efecto. ¿Por qué? —Rafe le dirigió una dura mirada—. Puede que sea porque me di de bruces contra esa pared en particular durante años y jamás logré ni tan siquiera abollarla.

El rostro de Thomas, siempre propenso a tomar color, adquirió un matiz

rojizo como su propio temperamento.

—No hay ninguna etapa de tu vida, en la que no me hayas puesto a prueba. Las cosas siempre han sido demasiado fáciles para ti y para tus hermanos, tan mimados y perezosos como tú, que nunca han querido hacer nada a derechas.

—¿Perezosos? —Rafe había luchado para mantener el control, pero aquella palabra prendió su propio temperamento como un fósforo a una yesca—. Sólo tú, papá, podrías tener cinco descendientes que han hecho lo que estaba en sus manos para impresionarte y decir que no es suficiente. ¿Sabes lo que ocurre cuando llamas tonto a un hombre inteligente, o perezoso a un hombre trabajador? Que se da cuenta de que jamás logrará hacer nada para conseguir tu aprobación.

—Tú siempre has pensado que te merecías mi aprobación sólo por ser mi hijo.

—Ya no la necesito —dijo Rafe rechinando los dientes, vagamente sorprendido al descubrir que su temperamento se inflamaba con la misma rapidez que el de su padre—. Lo que quiero... —Se interrumpió y se tomó el resto del *whisky* de un trago, tragando saliva contra el ardor del licor. Cuando la ardiente sensación se desvaneció de su garganta, le dirigió a su padre una mirada fría y tranquila—. Me casaré con *lady* Natalie, tampoco es algo que me importe mucho. Siempre he sabido que acabaría con alguien como ella. Pero puedes guardarte para ti tu condenada aprobación. Todo lo que quiero es mi parte de la empresa.

A la mañana siguiente, comenzaron a llegar los invitados, un elegante grupo de familias ricas con sus correspondientes sirvientes. Los baúles, maletas y paquetes fueron introducidos en la casa en un desfile interminable. Otras familias se hospedarían en haciendas cercanas o en la taberna del pueblo, y acudirían a los diversos acontecimientos que se celebrarían en la mansión.

Una vez que Hannah se despertó por los sonidos amortiguados que venían del exterior, no pudo volver a conciliar el sueño. Procurando no despertar a Natalie, se levantó y realizó sus abluciones matutinas antes de peinarse el

cabello y recogerlo con una trenza en la nuca. Se puso un vestido de lana verde con una falda escocesa y brillantes botones negros en el corpiño.

Como tenía intención de dar un paseo por los jardines, se calzó unas botas de tacón bajo y cogió un pesado chal a cuadros.

Stony Cross Manor era un laberinto de pasillos y salas de baile. En silencio, Hannah recorrió la casa llena de movimiento, deteniéndose cada dos por tres para pedir a alguno de los sirvientes que la guiaran. Finalmente, encontró el comedor del desayuno, que estaba cargado y abarrotado de personas que no conocía. Se había dispuesto un generoso desayuno bufé provisto de pescado, tocino, pan, huevos escalfados, ensaladas, galletas y una gran variedad de queso. Hannah se sirvió una taza de té, colocó un pedazo de tocino sobre un panecillo y salió por la puertaventana que daba a una terraza exterior. El tiempo era soleado y seco, y el aire frío convertía su aliento en una nube de vaho.

Los jardines y huertos se extendían ante ella, cubiertos de escarcha. Algunos niños jugaban en la terraza, riéndose tontamente mientras corrían de un lado para otro. Hannah se rió entre dientes al verlos cruzar el enlosado de piedra como una manada de gansos. Estaban jugando a «soplar la pluma», juego que consistía en que dos equipos procuraban mantener una pluma en el aire por turnos.

Manteniéndose a un lado, Hannah se comió el pan y bebió el té. El barullo de los niños era cada vez mayor mientras saltaban y soplaban a la pluma con enérgicos resoplidos. Al final, la pluma comenzó a caer perezosamente hacia donde ella estaba.

Las niñas comenzaron a gritarle:

—¡Sople, señorita, sople! ¡Somos chicos contra chicas!

Tras oír eso, no tuvo elección. Conteniendo una sonrisa, Hannah frunció los labios y sopló con fuerza, haciendo que la pluma aleteara hacia el cielo. Participó cada vez que la pluma caía hacia donde ella estaba, corriendo de aquí para allá si era necesario, y animada por los gritos de apoyo de sus compañeras de equipo.

La pluma revoloteó sobre su cabeza y retrocedió con rapidez mientras se preparaba para soplar de nuevo. Pero se sorprendió al sentir que chocaba contra algo detrás de ella, y no era precisamente una pared de piedra, sino

algo duro y flexible. Unas manos masculinas se cerraron en torno a sus brazos para ayudarla a mantener el equilibrio.

Por encima de su cabeza, el hombre lanzó un soplo que hizo que la pluma atravesara media terraza.

Chillando y riendo, los niños la siguieron dispuestos a seguir el juego.

Hannah permaneció inmóvil, aturdida por la colisión e, incluso más, cuando sus sentidos reconocieron a Rafe Bowman. La fuerza de sus manos, los largos y duros músculos del cuerpo masculino contra su espalda. El olor limpio y penetrante de su jabón de afeitarse.

Tenía la boca seca —probablemente a consecuencia del juego con la pluma— e intentó humedecérsela con la lengua.

—Es increíble lo fuerte que puede soplar, señor Bowman.

Sonriendo, él la hizo girar de cara a él. Era alto y apuesto y mostraba aquella pose relajada que tanto la molestaba.

—Buenos días a usted también. —La examinó con una minuciosa e insolente mirada—. ¿Qué hace levantada tan pronto?

—Me gusta madrugar. —Hannah decidió mostrar la misma audacia que él y devolvió la pregunta—. Y usted, ¿qué hace levantado tan pronto?

Un pícaro brillo resplandeció en los ojos masculinos.

—No me gusta demorarme en la cama cuando estoy solo en ella.

Ella miró a su alrededor para comprobar que ninguno de los niños los hubiera escuchado sin querer. Pero los duendecillos se habían cansado del juego y estaban entrando en la casa por la puerta principal.

—Sospecho que eso no es muy frecuente, señor Bowman.

—Cierto. La mayoría de las veces mi cama está más llena que un redil de ovejas en la esquila de primavera. —El tono suave de Bowman disimuló la sinceridad de sus palabras.

Hannah lo miró con evidente disgusto.

—Eso no habla muy bien de las mujeres con las que se relaciona. Ni de usted por su falta de criterio.

—Oh, por supuesto que tengo buen criterio. Lo que pasa es que soy bueno encontrando mujeres que cumplen todos mis requisitos. E incluso soy mejor convenciéndolas para que vengan a mi cama.

—Donde las esquila.

Una sonrisa pesarosa curvó los labios de Rafe.

—Si no le importa, señorita Appleton, voy a retractarme de mi poco acertada analogía. Esto empieza a ser desagradable incluso para mí. ¿Le gustaría dar un paseo?

Ella negó con la cabeza con perplejidad.

—¿Con usted? ¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Se ha puesto calzado y ropa adecuada para pasear. Y supongo que querrá averiguar cuál es mi opinión sobre *lady* Natalie. Ya sabe, mantener a los enemigos cerca y todo eso.

—Ya conozco su opinión sobre *lady* Natalie.

Él arqueó las cejas.

—¿En serio? Ahora debo insistir en que paseemos juntos. Me gustaría escuchar cuál cree que es mi opinión.

Hannah le lanzó una mirada severa.

—Muy bien —dijo ella—, pero primero me tomaré la taza de té, y...

—Déjela.

—¿En la mesa de afuera? No, alguien tendría que venir a recogerla.

—Sí. Alguien que se llama criado, quien, a diferencia de usted, recibe un sueldo por ello.

—Eso no quiere decir que no tenga que facilitarle el trabajo.

Antes de que ella pudiera impedirlo, Bowman le arrebató la taza.

—Ya me encargaré yo.

Hannah agrandó los ojos cuando lo vio dirigirse con aire despreocupado hacia la balastrada de piedra. Y se quedó sin aliento al verlo sostener la taza de té sobre la baranda, antes de dejarla caer al vacío. Desde abajo les llegó el estrépito cuando la taza se hizo añicos.

—Ya está —dijo con aire casual—, problema solucionado.

Hannah tuvo que hacer tres intentos antes de que, finalmente, pudiera articular palabra.

—¿Por qué ha hecho eso? ¿Podría haberla llevado dentro sin ningún problema!

Rafe pareció divertido por su asombro.

—Creía que mi falta de interés por las posesiones materiales le complacería.

Hannah clavó la mirada en él como si acabaran de salirle cuernos.

—Yo no llamaría a lo que acaba de hacer falta de interés por las posesiones materiales, sino más bien una falta de respeto hacia ellas. Y eso es tan malo como sobrevalorarlas.

La sonrisa de Bowman se desvaneció al comprender el alcance de la ira de Hannah.

—Señorita Appleton, en Stony Cross Manor tienen por lo menos diez juegos diferentes de porcelana china, cada uno de las cuales posee las suficientes taza de té para servir a todo el condado de Hampshire. No hacen faltan tazas aquí.

—Eso da igual. No debería de haberla roto.

Bowman soltó un bufido sardónico.

—¿Siempre ha sentido esa pasión por la porcelana china, señorita Appleton?

Sin duda alguna, ése era el hombre más insufrible que jamás había conocido nunca.

—Estoy segura de que considera un defecto que no me divierta la destrucción gratuita.

—Y yo estoy seguro —replicó él—, de que utilizará este incidente como excusa para no pasear conmigo.

Hannah lo observó por un momento. Sabía que él estaba enojado con ella por darle tanta importancia a la pérdida de una pequeña pieza de porcelana que no representaba gran cosa en el esquema de las cosas. Pero había sido el gesto grosero de un hombre rico, había destruido algo deliberadamente sin razón alguna.

Rafe tenía razón. Hannah estaba muy tentada de rechazar el paseo. Por otra parte, el frío desafío en los ojos masculinos la detuvo. La había mirado —durante sólo un instante— como un alumno recalcitrante que hubiera sido sorprendido en una travesura y ahora estuviera esperando el castigo.

—En absoluto —le dijo—. Todavía estoy dispuesta a caminar con usted. Pero desearía que se contuviera y no hiciera pedazos ninguna otra cosa que nos encontremos por el camino.

Hannah tuvo la satisfacción de ver que lo había sorprendido. Algo se relajó en la cara del hombre, y la miró con un renovado interés que provocó

un extraño estremecimiento en el interior de la joven.

—Me comprometo a no romper más cosas —prometió él.

—Entonces, vamos. —Se puso la capucha de su capa corta y se dirigió a las escaleras que conducían a los jardines aterrazados.

En un par de zancadas, Bowman la alcanzó.

—Agárrese de mi brazo —la aconsejó—. Los escalones podrían estar resbaladizos.

Hannah vaciló antes de acceder, deslizando la mano sin guante sobre la manga y ahuecándola ligeramente sobre el músculo que había debajo. Esa mañana, al procurar no despertar a Natalie, había olvidado coger sus guantes.

—¿A *lady* Natalie le molestaría? —le preguntó Bowman.

—¿Que hubiera roto la taza? —Hannah consideró la pregunta un momento—. Creo que no. Lo más probable es que se hubiera reído para halagarle.

Él le brindó una sonrisa torcida.

—No hay nada malo en halagarme, señorita Appleton. Me hace ser más disciplinado y feliz.

—No tengo ningún interés en domarle, señor Bowman. No estoy demasiado segura de que merezca la pena el esfuerzo.

La sonrisa desapareció de la cara masculina y Rafe apretó los dientes, como si ella hubiera tocado alguna fibra sensible.

—Se lo dejaremos entonces a *lady* Natalie.

Cruzaron una abertura en un antiguo seto de tejo y comenzaron a pasear por un camino de grava. Los arbustos cuidadosamente arreglados y los setos parecían enormes bizcochos gigantes. Desde el bosque cercano llegaban los gritos agudos de los trepatroncos. Un aguilucho pasó volando cerca del suelo, con las alas extendidas en forma de V como si estuviera buscando una presa.

Aunque era muy agradable apoyarse en el firme y recio brazo de Bowman, Hannah apartó la mano a regañadientes.

—Ahora —dijo Bowman con voz queda—, dígame cuál cree que es mi opinión sobre *lady* Natalie.

—No dudo de que ella le guste. Creo que está dispuesto a casarse con ella porque satisface sus necesidades. Es obvio que allanará su camino en la sociedad y que le dará un montón de niños rubios, además de ser lo suficiente

educada para mirar hacia otra parte cuando usted le sea infiel.

—¿Por qué está tan segura de que le seré infiel? —preguntó Rafe, pareciendo más intrigado que indignado.

—Todo lo que he observado en usted hasta ahora confirma que no es capaz de guardar fidelidad.

—Sería fiel si encontrara a la mujer adecuada.

—No lo sería —dijo ella con fría certeza—. De cualquier manera tanto si usted es fiel o no, no depende de la mujer. Depende por completo de su propio carácter.

—Dios mío, es usted muy testaruda. Seguro que deja aterrorizado a cada hombre que conoce.

—No conozco a demasiados hombres.

—Eso lo explica, entonces.

—¿Explicar qué?

—Que no la hayan besado antes.

Hannah se detuvo en seco y se volvió hacia él.

—¿Por qué sabe...? ¿Cómo se ha dado cuenta de...?

—Cuanta más experiencia tiene un hombre —dijo él—, más fácil es para él detectar la falta de ella en otra persona.

Habían llegado a un claro. En el centro había una fuente con una sirena rodeada por un círculo de bancos bajos de piedra. Hannah se subió a uno de los bancos y lo recorrió lentamente, luego dio un salto para alcanzar el banco siguiente.

Bowman comprendió su intención de inmediato y caminó al lado de los bancos mientras ella trazaba el círculo completo.

—¿Así que su señor Clark jamás se le insinuó?

Hannah negó con la cabeza, esperando que él atribuyese su creciente rubor al clima frío.

—No es mi señor Clark. Y en lo que respecta a insinuarse... no estoy demasiado segura. Hubo una vez que él... —Dándose cuenta de lo que había estado a punto de confesar, cerró la boca de golpe.

—Oh, no. No puede dejarme así. Dígame lo que iba a decir. —Los dedos de Rafe se deslizaron bajo el cinturón de tela del vestido y tiró de él, obligándola a detenerse.

—No haga eso —le dijo entrecortadamente, mirándolo con el ceño fruncido desde su ventajosa posición sobre el banco.

Bowman le rodeó la cintura con las manos y la bajó al suelo. La sostuvo en pie ante él, sujetándola suavemente por los costados.

—¿Qué fue lo que hizo? ¿Le dijo algo lascivo? ¿Deslizó la mirada por el corpiño?

—Señor Bowman —protestó ella frunciendo el ceño con impotencia—. Hace un mes aproximadamente, el señor Clark estudiaba un libro sobre frenología, y me preguntó si podía sentir cómo era mi...

Bowman se quedó inmóvil, y sus profundos ojos oscuros se agrandaron ligeramente.

—¿Su qué?

—Mi cabeza. —Al observar su rostro inexpresivo, Hannah procedió a explicarle—. La frenología es una ciencia que analiza la forma del cráneo de las personas y...

—Sí, la conozco. Cada forma y medida se supone que significan algo.

—Sí. Así que le permití que evaluara la forma de mi cabeza e hiciera una gráfica que revelara los rasgos de mi carácter.

Bowman parecía enormemente divertido.

—¿Y qué descubrió Clark?

—Al parecer tengo un cerebro grande, una naturaleza cariñosa y fiel, tendencia a emitir juicios y una gran capacidad de compromiso. Por desgracia mi cabeza posee un ligero estrechamiento en la parte posterior lo que indica tendencias criminales.

Él se rió con deleite.

—Debería haberlo supuesto. Siempre son las que tienen el aspecto más inocente las que son capaces de lo peor. A ver, déjeme comprobarlo. Quiero saber cómo está conformada una mente criminal.

Hannah se escabulló con rapidez cuando trató de tocarla.

—¡No me toque!

—Si ya ha dejado que un hombre le acaricie la cabeza —dijo él mientras ella seguía retrocediendo—. No debería importarle que se la toque alguien más.

Hannah se dio cuenta de que estaba jugando con ella. Aunque era

totalmente impropio, Hannah sintió que una risita nerviosa atravesaba las capas de cautela y ansiedad.

—Tóquese su propia cabeza —gritó, escabulléndose hacia el otro lado de la fuente—. Estoy segura de que la suya tiene muchas más protuberancias criminales.

—Los resultados serían erróneos —le dijo—. Recibí muchos coscorrónes en la cabeza durante la infancia. Mi padre les dijo a mis tutores que eran buenos para mi educación.

Aunque las palabras fueron dichas con ligereza, Hannah se detuvo y le lanzó una mirada compasiva.

—Pobre niño.

Bowman volvió a detenerse ante ella otra vez.

—De eso nada. Me lo merecía. He sido muy malo desde que nací.

—Ningún niño es malo sin razón.

—Oh, yo tenía una razón. Ya que no tenía ninguna esperanza de acabar convirtiéndome en el modelo de rectitud que mis padres esperaban de mí, decidí ir en dirección contraria. Estoy seguro de que sólo la intervención de mi madre impidió que mi padre me atara a un árbol junto a la carretera con un cartel que pusiera «busco orfanato».

Hannah sonrió ligeramente.

—¿Está su padre complacido con alguno de sus hijos?

—No especialmente. Pero siente mucho aprecio por mi cuñado Matthew Swift. Incluso antes de que se casara con Daisy, Matthew se había convertido prácticamente en un hijo para él. Trabajaba para mi padre en Nueva York. Un hombre extraordinariamente paciente nuestro señor Swift. De otra manera no podría haber sobrevivido tanto tiempo.

—Veo que su padre es un hombre con mucho carácter.

—Mi padre es el tipo de hombre que engatusaría a un perro con un hueso para golpearle con él cuando se pusiera a su alcance. Y luego se sorprende si el perro no acude a él con rapidez la próxima vez.

Le ofreció a Hannah su brazo de nuevo, y ella lo tomó mientras emprendía el camino de vuelta a la casa.

—¿Concertó su padre el matrimonio entre el señor Swift y su hermana?
—le preguntó.

—Sí. Pero de alguna manera parece que ha acabado siendo un matrimonio por amor.

—Ocurre en algunas ocasiones —dijo ella con prudencia.

—Sólo porque algunas parejas, al enfrentarse a lo inevitable, se convencen a sí mismos de que es lo mejor para que la situación sea más soportable.

Hannah chasqueó la lengua.

—Es usted un cínico, señor Bowman.

—Un realista.

Ella le lanzó una mirada de curiosidad.

—¿Cree que podría llegar a enamorarse de Natalie?

—Es probable que llegue a cogerle cariño —dijo con despreocupación.

—Me refiero a que llegue a sentir por ella un amor verdadero. La clase de amor que hace que te sientas apasionado, regocijado y desesperado al mismo tiempo. La clase de amor que te lleva a hacer cualquier sacrificio por el bien de la persona amada.

Una sonrisa irónica curvó los labios de Rafe.

—¿Por qué iba a querer sentir eso por mi esposa? Echaría a perder un matrimonio perfecto.

Pasearon en silencio por el jardín de invierno mientras Hannah luchaba contra la certeza de que él era aún más peligroso, más inadecuado para Natalie, de lo que en un principio había pensado. Natalie acabaría sintiéndose herida y desilusionada por un marido en el que jamás podría confiar.

—No es adecuado para Natalie —se oyó decir, abatida—. Cuanto más lo conozco, más segura estoy de ello. Me gustaría que la dejara en paz. Que se dedicara a perseguir a la hija de otro aristócrata.

Bowman se detuvo con ella al lado de un seto.

—Brujita arrogante —dijo con voz queda—. La presa no ha sido elección mía. Yo sólo intento sacar el mejor provecho de las circunstancias. Y si soy o no adecuado para *lady* Natalie, no es asunto suyo.

—El cariño que siento por ella me da derecho a decir...

—Quizá no es cariño. ¿Está segura de que no está celosa?

—¿Celosa? ¿De Natalie? Está usted loco por sugerir tal cosa y...

—Oh, no sé —dijo él con cruel suavidad—. Es posible que se haya

cansado de estar a su sombra. De observar la maravillosa exquisitez de su prima, de ver cómo es admirada y solicitada por todos los caballeros mientras usted permanece a un lado de la sala con las viudas y las florero.

Hannah farfulló indignada, cerró uno de los puños y lo levantó para golpearle.

Bowman le atrapó la mano con facilidad, y le pasó un dedo por los blancos nudillos. Dejó escapar una suave risa burlona que calentó los oídos de Hannah.

—Así —dijo él, doblándole el pulgar y obligándola a meterlo entre los otros dedos—. Nunca intente darle un puñetazo a alguien con el pulgar extendido... o acabará rompiéndoselo.

—Suélteme —gritó ella, tirando bruscamente de la mano.

—No estaría tan enfadada si yo no hubiera dado en el clavo —se burló—. Pobre Hannah, siempre de pie en la esquina, esperando su turno. Le diré algo... Usted es mejor que Natalie, tenga tanta sangre azul como ella o no. Está destinada a cosas mucho mejores que ésta...

—¡Basta ya!

—Una esposa es para las conveniencias y una amante es para el placer. ¿No es así como piensan los aristócratas?

Hannah se quedó completamente rígida y sin aliento cuando Bowman la atrajo hacia su cuerpo grande y musculoso. Dejó de luchar al reconocer que tales esfuerzos eran inútiles contra su fuerza. Apartó la cara a un lado, intentando echarse hacia atrás cuando sintió el roce cálido de su boca en la curva de la oreja.

—Debería convertirte en mi amante —le susurró Bowman—. Mi hermosa Hannah. Si fueras mía, te recostaría sobre sábanas de seda y te envolvería con collares de perlas; me alimentaría de tu dulzura con una cuchara de plata. Por supuesto, no podrías hacer todos esos magnánimos juicios si fueras una mujer así..., pero te daría igual. Porque te daría placer, Hannah, todas las noches, durante toda la noche, hasta que te olvidaras de tu propio nombre. Hasta que estuvieras dispuesta a hacer cosas que te escandalizarían a plena luz del día. Te corrompería desde esa cabeza tan racional hasta esos inocentes dedos...

—Oh, le desprecio —gimió ella, retorciéndose impotente contra él. Había

comenzado sentir realmente miedo, no sólo por su duro agarre y sus burlonas palabras, sino también por las oleadas de calor que le recorrían todo el cuerpo.

Después de aquello, jamás podría volver mirarlo a la cara otra vez, que era lo que él pretendía conseguir. De su garganta emergió un sonido suplicante cuando sintió un delicado beso inquisidor bajo el lóbulo de la oreja.

—Me deseas —murmuró él. En un desconcertante cambio de humor, él se volvió tierno y dejó que sus labios vagaran lentamente por un lado de la garganta de Hannah—. Admítelo, Hannah... hago salir a la luz tus tendencias criminales. Y tú, definitivamente, sacas lo peor que hay en mí. —Le pasó la boca por el cuello, pareciendo saborear las rápidas y temblorosas bocanadas de aire de la respiración femenina—. Bésame —murmuró él—. Una sola vez, y te dejaré marchar.

—Eres un sátiro despreciable, y...

—Lo sé. Me avergüenzo de mí mismo. —Pero no sonaba en absoluto avergonzado. Y su agarre no se aflojó—. Un beso, Hannah.

Ella podía sentir el pulso resonándole en todo el cuerpo: el correr de la sangre que palpitaba con violencia en la base de su garganta y en los lugares más profundos de su cuerpo. E incluso en sus labios, aquella delicada superficie tan sensible que hasta le atormentaba su propio aliento.

Sentía frío en todas las partes donde sus cuerpos no se tocaban, y en el espacio entre sus bocas donde se mezclaban el vaho de sus alientos. Hannah levantó la mirada a la cara morena de Bowman y pensó aturdida «no lo hagas, Hannah, no lo hagas», pero terminó haciéndolo de todas maneras, poniéndose de puntillas para acercar sus labios temblorosos a los de él.

Él cerró los brazos en torno a ella, sosteniéndola, y su boca la poseyó con un ansia voraz. La estrechó todavía más contra su cuerpo, colocando un pie entre los de ella, bajo las faldas, y presionando los pechos de Hannah, tensos y erguidos, contra su torso. Fue más que un beso... Fue una retahíla de besos continuos, dulces y cálidas sílabas de besos y lenguas que la dejaron mareada. Rafe levantó una de sus manos hasta la cara de Hannah, acariciándosela con una ternura que provocó un sutil estremecimiento en los hombros y la espalda femenina. Con la yema de los dedos le exploró la línea

de la barbilla, el lóbulo de la oreja, el pómulo ruborizado.

Luego alzó la otra mano, y la cara de Hannah quedó atrapada entre el suave paréntesis de los dedos de Rafe, mientras le recorría la cara con los labios... Un ligero roce sobre los párpados, un toquecito en la nariz, un último mordisquito en la boca. Hannah tomó una bocanada de aire gélido, dando la bienvenida al frío ardor que sintió en los pulmones.

Cuando por fin se atrevió a mirarle, esperaba que él pareciera vanidoso y arrogante. Pero para su sorpresa, tenía la cara tensa y había una turbulenta inquietud en sus ojos.

—¿Quieres que me disculpe? —preguntó él.

Hannah se apartó de él, restregándose los brazos a través de las mangas. Estaba avergonzada por el intenso deseo de estrecharse contra el cálido y duro cuerpo de Bowman.

—No veo por qué —dijo ella en voz baja—. Si en realidad no quieres hacerlo.

Apartándose de él, caminó de vuelta a la casa con grandes zancadas, rogando en silencio que él no la siguiera.

Sabía que cualquier mujer que fuera lo suficientemente tonta para liarse con él no terminaría mejor que aquella taza de té que había acabado estrellada contra el suelo de la terraza.

7

Cuando Hannah entró en el vestíbulo de la mansión, el aire cálido del interior le provocó hormigueos en la cara. Permaneció al fondo de la estancia, procurando evitar a la multitud de invitados recién llegados y a los sirvientes. Los invitados eran gente próspera que vestía lujosamente, las damas estaban radiantes ataviadas con capas y mantos con ribetes de piel.

Natalie se despertaría pronto, y, por lo general, comenzaba el día tomando una taza de té en la cama. Viendo la actividad que había en la casa, Hannah dudaba de que pudiera atenderla una doncella. Consideró ir al comedor del desayuno para servir una taza de té y llevársela ella misma a Natalie. Y puede que también llevara otra para *lady* Blandford...

—Señorita Appleton. —La voz masculina y vagamente familiar procedía de la multitud, y Hannah observó que un caballero se acercaba a ella para saludarla.

Era Edward, lord Travers. Hannah no había esperado que viniera a Stony Cross Park para las fiestas. Le brindó una calurosa sonrisa, y la opresión que sentía en el pecho se alivió un poco. Travers era un hombre discreto, seguro de sí mismo y del lugar que ocupaba en el mundo, y sumamente educado. Era tan conservador en sus modales y apariencia que le sorprendía ver la ausencia de arrugas en el rostro y de canas en el pelo castaño. Travers era un hombre fuerte y honrado, y Hannah siempre había disfrutado de su compañía.

—Milord, qué sorpresa tan agradable verle aquí.

Él sonrió.

—Y yo de verla a usted tan radiante como siempre. Espero que se

encuentre bien. Y *lady* Natalie y los Blandford también.

—Sí. Todos nos encontramos bien. No creo que *lady* Natalie supiera de su inminente llegada, o me la habría mencionado.

—No —admitió Travers—, no había pensado venir. Mis familiares me esperaban en Shropshire. Pero me temo que persuadí a lord Westcliff para que me invitara a Hampshire. —Hizo una pausa, y luego continuó con seriedad—. Verá, me he enterado de los planes que lord Blandford tiene para su hija y... el americano.

—Sí. El señor Bowman.

—Mi mayor deseo es ver a *lady* Natalie bien situada y feliz —dijo Travers con voz queda—. No puedo imaginar cómo lord Blandford ha llegado a creer que este matrimonio es lo más conveniente para ella.

Desde luego, ella no podía mostrarse de acuerdo con él sin criticar a su tío, así que murmuró con cautela:

—Yo también tengo mis dudas, milord.

—Supongo que *lady* Natalie se habrá confiado a usted. ¿Qué le ha dicho al respecto? ¿Le gusta el americano?

—Está dispuesta a considerar seriamente el compromiso por complacer a lord Blandford —admitió Hannah—. Y además... el señor Bowman no carece de atractivo. —Hizo una pausa y parpadeó al ver que Rafe Bowman estaba al otro lado del vestíbulo hablando con su padre—. De hecho, el señor Bowman está ahí enfrente.

—¿El hombre bajo y corpulento? —preguntó Travers en tono esperanzado.

—No, milord. Ése es el padre del señor Bowman. Su hijo es el caballero más alto, es con ese hombre con quien lord Blandford desea que se case *lady* Natalie.

Con una sola mirada, Travers observó todo lo que necesitaba saber. Rafe Bowman era indudablemente un hombre apuesto. De complexión delgada y atlética, la fuerza de su cuerpo no era menos evidente a pesar de su postura relajada. Tenía el pelo espeso y despeinado, y su rostro mostraba un saludable color tras haber dado un paseo. Aquellos ojos oscuros recorrían la estancia de un extremo a otro con una mirada fría, mientras una débil y sardónica sonrisa le curvaba los labios. Parecía un auténtico depredador, lo

que hacía que su anterior docilidad sorprendiera todavía más a Hannah.

Para alguien como lord Travers tener un rival como Bowman era, simplemente, una pesadilla.

—Oh, Santo Dios —le oyó murmurar con suavidad.

—Exacto.

Evie entró en el salón de baile con una pesada canasta de dos asas.

—Y aquí están los últimos —dijo. Venía de la cocina donde ella y dos criadas habían estado rellenoando pequeños conos de papel con nueces y frutos secos, atándolos luego con cintas rojas—. Espero que con esto sea suficiente, considerando que es un árbol muy alto y... —Se detuvo y le dirigió a Annabelle una mirada perpleja—. ¿Dónde está Lillian?

—Aquí —la voz de Lillian llegó amortiguada desde debajo del árbol—. Estoy arreglando la manta del árbol. No creo que importe demasiado, ya que apenas se ve.

Annabelle sonrió mientras se ponía de puntillas para atar un adorno en la rama más alta que podía alcanzar. Vestida de blanco, con el pelo color miel cayéndole en tirabuzones sobre la espalda y las mejillas sonrojadas por el esfuerzo, parecía un ángel de Navidad.

—¿No crees que hemos escogido un árbol demasiado alto? Me temo que acabarán las Navidades sin que hayamos terminado de decorarlo.

—Tenía que ser muy alto —replicó Lillian, saliendo a gatas de debajo del árbol. Tenía agujas de pino en el pelo oscuro y briznas de algodón pegadas al vestido. No parecía una condesa. Y por la amplia sonrisa de su cara, cualquiera diría que le importaba un bledo—. Esta habitación es tan alta que un árbol pequeño quedaría ridículo.

Durante las siguientes dos semanas tendrían lugar varios acontecimientos en el salón de baile, incluyendo por supuesto, algunos juegos y entretenimientos menores y un fastuoso baile en Nochebuena. Lillian estaba resuelta a que el árbol quedara tan espléndido como fuera posible, para contribuir a la atmósfera festiva. Sin embargo, decorarlo estaba resultando ser más difícil de lo que Lillian había previsto. Los sirvientes estaban desbordados con el trabajo de la mansión y ninguno de ellos podía abarcar

tareas adicionales. Y como Westcliff le había prohibido a Lillian y a sus amigas que utilizaran escaleras de mano o taburetes, la mitad superior del árbol estaba todavía sin adornos.

Para colmo de males, los nuevos vestidos de moda tenían unas mangas ajustadas al hombro que hacían imposible levantar los brazos por encima de la cabeza. Cuando Lillian emergió de debajo del árbol, todas oyeron el inconfundible sonido de la tela al rasgarse.

—Oh, maldición —exclamó Lillian, girando la cabeza para mirar el enorme agujero que se había producido bajo su manga derecha—. Es el tercer vestido que rompo esta semana.

—No me gusta nada este nuevo estilo de manga —comentó Annabelle con un puchero, flexionando sus gráciles brazos hasta donde le era permitido—. Es realmente molesto no poder levantar los brazos. Y es muy incómodo, sobre todo cuando quiero coger a Isabella en brazos.

—Buscaré una aguja y te lo coseré, Lillian —dijo Evie, acercándose a un costurero que había en el suelo.

—No, mejor coge las tijeras —dijo Lillian con decisión.

Sonriendo de manera inquisitiva, Evie acató su orden.

—¿Qué quieres que haga con ellas?

Lillian levantó su otro brazo tanto como pudo.

—Haz un corte igual al de la otra manga.

Sin pestañear, Evie recortó una abertura debajo de la manga, que corría paralela a la costura, dejando a la vista un destello de piel blanca.

—¡Libre, por fin! —Lillian levantó ambos brazos al techo como si estuviera adorando a algún dios primitivo, y dejando a la vista los agujeros en la tela a la altura de sus axilas.

—Puede que haya creado una nueva moda.

—¿De vestidos con agujeros en las axilas? —preguntó Annabelle—. Lo dudo mucho, querida.

—Resultan muy prácticos para alcanzar las cosas. —Lillian cogió las tijeras—. ¿Quieres que te los haga en tu vestido, Annabelle?

—Ni se te ocurra acercarte a mí con esa cosa —le dijo Annabelle con firmeza. Meneó la cabeza mientras esbozaba una amplia sonrisa, observando cómo Evie levantaba solemnemente los brazos para que Lillian le recortara la

tela bajo las mangas. Ésa era una de las cosas que más les gustaba de Evie, parecía tímida y correcta, pero a menudo secundaba cualquier plan alocado y poco práctico, o las seguía sin vacilar en cualquier aventura—. ¿Habéis perdido la cabeza? —les preguntó Annabelle, riéndose—. Oh, Lillian es una mala influencia para ti, Evie.

—Está casada con St. Vincent, que es la peor influencia posible —protestó Lillian—. ¿Qué puede ser más peligroso que eso? —Tras flexionar y levantar los brazos, se frotó las manos—. Ahora, volvamos al trabajo. ¿Dónde está la caja de la velas...? Voy a colocar algunas más en este lado.

—¿Queréis que cantemos algo para pasar el rato? —sugirió Annabelle, atando un pequeño ángel de algodón con un cordón en la punta de una rama.

Las tres se arremolinaron en torno al árbol como abejas atareadas, cantando «Twelve Days of Christmas». Tanto el villancico como el trabajo progresaban bien hasta llegar al noveno día.

—Os aseguro que en la letra dice «nueve damas bailando» —dijo Annabelle.

—No, no, de eso nada, dice «nueve caballeros saltando» —replicó Lillian.

—Te aseguro que es «damas», querida. Evie, ¿a que tengo razón?

Como pacificadora nata que era, Evie murmuró:

—No creo que importe t-tanto. Elegid una de las dos y...

—Se supone que son los caballeros los que van entre las damas y las criadas —insistió Lillian.

Comenzaron a discutir mientras Evie intentaba sugerir, en vano, abandonar aquella tonada en particular y comenzar a cantar «God Rest Ye Merry Gentleman» o «The First Noel».

Estaban tan absortas en el debate que ninguna de ellas fue consciente de una nueva presencia en la estancia hasta que oyeron una risueña voz femenina.

—Lillian, cabezota, siempre lo has entendido mal. Es en la décima estrofa donde dice «caballeros saltando».

—¡Daisy! —gritó Lillian, y salió corriendo hacia su hermana menor. Siempre habían estado muy unidas y habían estado juntas desde que podían recordar. Lillian siempre había sido la primera en saber qué era lo que

divertía, asustaba, maravillaba u horrorizaba a Daisy.

A Daisy le encantaba leer, y su imaginación no había hecho más que incrementarse por todos aquellos libros que había leído, tantos que si se colocaran uno tras otro, probablemente se extenderían de un extremo a otro de Inglaterra. Era encantadora, caprichosa y amiga de diversiones, pero también era —y esto era lo más peculiar de Daisy— racional, con profundas reflexiones que solían ser, en la mayoría de los casos, correctas.

Hacía tres meses que Daisy se había casado con Matthew Swift, quien se había convertido, indudablemente, en el hijo predilecto de Thomas Bowman. Al principio, Lillian había estado en contra de aquella unión, pues sabía que había sido idea de su dominante padre. Había temido que Daisy fuera forzada a contraer un matrimonio sin amor con un joven ambicioso que no la apreciaría. Sin embargo, al final, había quedado claro que Matthew amaba realmente a Daisy. Aquello había ayudado a suavizar los sentimientos de Lillian hacia él. Matthew y ella habían hecho una tregua en vista de su amor mutuo por Daisy.

Rodeando con los brazos la figura delgada y menuda de Daisy, Lillian la estrechó contra su cuerpo y luego se apartó para mirarla. Daisy jamás había tenido mejor aspecto, con el pelo oscuro trenzado en un intrincado peinado y los ojos, de color jengibre, brillantes de felicidad.

—Ahora sí que podemos celebrar las fiestas —dijo Lillian con aire satisfecho antes de mirar a Matthew Swift, que se había colocado de pie al lado de ellas después de haber saludado a Annabelle y a Evie—. Feliz Navidad, Matthew.

—Feliz Navidad, *milady* —replicó, inclinándose para besarla en la mejilla. Era un joven alto con una imponente figura. Sus ascendentes irlandeses se hacían patentes en sus colores: piel clara, pelo negro y ojos azul claro. Matthew poseía la personalidad perfecta para tratar con los temperamentales Bowman, un diplomático intachable con un gran sentido del humor.

—¿A que es en la estrofa diez donde dice «damas bailando»? —le preguntó a Matthew y éste sonrió.

—*Milady*, jamás he podido recordar correctamente la letra de esa canción.

—Sabes —dijo Annabelle pensativamente—, siempre he comprendido

eso de que los cisnes naden y los gansos brinquen, pero ¿por qué en nombre de Dios los caballeros saltan?

—Porque van en pos de las damas —dijo Matthew razonablemente.

—En realidad, creo que la canción hace referencia a los bailarines de danzas populares que solían bailar en las fiestas medievales —les informó Daisy.

—¿Existen bailes con brincos? —preguntó Lillian, intrigada.

—Sí, tienen un nombre raro y muy largo, es similar a los ritos primitivos de fertilidad.

—Una mujer culta es una criatura peligrosa —comentó Matthew con una amplia sonrisa, inclinándose para depositar un beso en el pelo oscuro de Daisy.

Feliz al observar el obvio afecto que Matthew sentía por su hermana, Lillian dijo con honda emoción:

—Gracias a Dios que estás aquí, Matthew. Papá se está comportando de nuevo como un verdadero bellaco, y tú eres el único que puede apaciguarlo. Rafe y él se pasan el tiempo discutiendo, como siempre. Y por la manera en que se miran el uno al otro, me sorprende que aún no haya ardido Troya.

Matthew frunció el ceño.

—Voy a tener que hablar con tu padre acerca de esa ridícula idea de buscarle pareja a sus hijos.

—Parece que se está volviendo una costumbre anual —dijo Daisy—. Tras juntarnos a nosotros el año pasado, ahora quiere obligar a Rafe a prometerse en matrimonio. ¿Qué dice mamá al respecto?

—Nada —contestó Lillian—. Es muy difícil hablar cuando a uno se le hace la boca agua. A mamá le encantaría tener una nuera de la aristocracia de la que presumir.

—¿Y qué tal es *lady* Natalie? —preguntó Daisy.

—Parece una chica agradable —dijo Lillian—. Te gustará, Daisy. Pero no me importaría matar a papá por poner ese matrimonio como condición para que Rafe pueda encargarse de las fábricas de los Bowman.

—No debería obligarle a casarse con nadie —comentó Matthew, frunciendo el ceño—. Necesitamos a alguien que se encargue de establecer las nuevas fábricas en el continente, y no hay nadie que conozca el negocio

tan bien como tu hermano para llevarlo a cabo. Dios sabe que yo no puedo hacerlo... Me basta y me sobra con el trabajo en Bristol.

—Sí, bueno, papá ha dicho que casarse con *lady* Natalie es un requisito indispensable —dijo Lillian con el ceño fruncido—. Principalmente, porque papá vive para conseguir que sus hijos hagan justo lo que no desean hacer, la vieja costumbre de meterse en todo...

—Si hay alguien a quien puede hacer caso —la interrumpió Daisy—, es a Matthew.

—Iré a buscarlo ahora mismo —dijo Matthew—. Aún no le he visto. —Sonrió ante el grupo de antiguas florero y añadió medio en broma—: Me da miedo dejaros a las cuatro solas. No estaréis tramando ninguna locura, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no! —Daisy le dio un empujoncito hacia la puerta del salón—. Te prometo que nos portaremos bien. Ve y busca a papá, y si ya ha empezado a despotricar, haz el favor de calmarlo rápidamente.

—Por supuesto. —Pero antes de marcharse, Matthew llevó a un lado a su esposa y le susurró—: ¿Por qué tienen los vestidos agujereados?

—Estoy segura de que existe una explicación perfectamente razonable para eso —susurró ella en respuesta, poniéndose de puntillas para darle un beso en la barbilla.

Regresando con las demás, Daisy abrazó a Evie y a Annabelle.

—He traído regalos para todos —les dijo—. Bristol es un lugar maravilloso para ir de compras, pero es difícil encontrar buenos regalos para los maridos. Parecen tener todo lo que un hombre pueda desear.

—Incluyendo unas maravillosas esposas —dijo Annabelle, sonriendo.

—¿Tiene el señor Hunt una caja de palillos? —le preguntó Daisy—. Compré una de plata grabada para él. Pero si ya la tiene, podría regalarle otra cosa.

—Creo que no —dijo Annabelle—. Le preguntaré cuando llegué.

—¿No ha venido contigo?

Annabelle esbozó una sonrisa melancólica.

—No, y odio estar separada de él. Pero la demanda de locomotoras ha aumentado tanto que Simon siempre está sumido en el trabajo. Está entrevistando gente para que le ayude, pero mientras tanto... —Suspiró y se

encogió de hombros con impotencia—. Espero que llegue después del fin de semana, si es que encuentra una oportunidad para escaparse.

—¿Y St. Vincent? —le preguntó Daisy a Evie—. ¿Ha venido contigo?

Evie negó con la cabeza, agitando ligeramente su pelo rojo y brillante como el rubí.

—Su padre enfermó y St. Vincent creyó necesario hacerle una visita. Aunque los médicos del duque han dicho que su estado no reviste gravedad, dada su edad nunca se sabe. St. Vincent piensa quedarse con él durante tres o cuatro días, luego vendrá directamente a Hampshire.

Aunque procuraba sonar despreocupada, había un deje de melancolía en su voz. La unión de Evie con St. Vincent había sido la más sorprendente de todas las de las florero, y la más difícil de entender. No se mostraban afectuosos en público, pero todo el mundo tenía la impresión de que las cosas eran diferentes en la intimidad.

—Oh, ¿quién necesita a los maridos? —le dijo Annabelle alegremente, deslizando el brazo sobre los hombros de Evie—. Está claro que tenemos un montón de cosas con qué entretenernos hasta que lleguen.

8

La mayor tortura a la que Hannah tuvo que enfrentarse como carabina fue la de haberse visto forzada a sentarse al lado de Natalie durante la velada musical de esa noche, mientras Rafe Bowman ocupaba el asiento al otro lado de su prima. Delante, las voces entrelazadas de dos sopranos, un barítono y un tenor eran acompañadas por un piano, una flauta y algunos violines. Detrás, en las últimas filas, se encontraba la mayoría de los niños de mayor edad que habían obtenido permiso para asistir a la velada. Vestidos con sus mejores galas, los niños permanecieron derechos en sus sillas, procurando no moverse, susurrar ni levantarse.

Hannah pensó con ironía que los niños se comportaban muchísimo mejor que sus padres. Había un gran cuchicheo entre los adultos, en especial en los intermedios de las piezas musicales.

Observó que Rafe Bowman trataba a Natalie con impecable cortesía. Parecían fascinados el uno con el otro. Discutieron sobre las diferencias entre Nueva York y Londres, descubrieron que tenían gustos similares en literatura y música, y que a ambos les apasionaba montar a caballo. La manera en que Bowman se comportaba con Natalie era tan encantadora que si Hannah no lo conociera bien, habría dicho que era el caballero perfecto.

Pero sabía que no era así.

Hannah se percató de que ella no era la única persona en aquella habitación que mostraba interés por la conversación entre Bowman y Natalie. No les quitaban ojo los Blandford ni, por supuesto, los padres de Bowman, e incluso lord Westcliff los observaba con una mirada especulativa y una leve

sonrisa en los labios. Pero la persona que les prestó más atención fue lord Travers, que los miraba con expresión estoica y una profunda preocupación en sus ojos azules. Hannah sintió que se le ponía el corazón en un puño al comprender que ese hombre sí sentía un verdadero aprecio por Natalie, y que podría llegar a amarla apasionadamente. Aun así, todo parecía indicar que su prima escogería finalmente a Bowman en lugar de a él.

«Natalie, no eres tan lista como te piensas —pensó Hannah con tristeza—. Deberías elegir al hombre que se sacrificaría por ti, al que te amará por ser quien eres y no por lo que ganará casándose contigo».

Para Hannah, lo peor de la velada llegó después de que acabara la actuación musical, cuando el gentío se dispersó y se reunieron en varios grupos en distintos puntos del salón. En ese momento, Natalie empujó a Hannah a un lado, con los ojos azules brillantes de excitación.

—Dentro de unos minutos voy a intentar escabullirme con el señor Bowman —susurró—. Vamos a reunirnos en privado en la terraza inferior. Así que piérdete por ahí y si alguien te pregunta dónde estoy, pon alguna excusa y...

—No —dijo Hannah con suavidad, mirando a su alrededor—. Si alguien te ve con él, provocarás un escándalo.

Natalie se rió.

—¿Y qué importancia tiene eso? De todas maneras lo más probable es que me case con él.

Hannah meneó tercamente la cabeza. Por experiencia propia, sabía que Bowman se aprovecharía de Natalie. Y sería culpa de Hannah permitir que eso ocurriese.

—Puedes reunirte con él en la terraza inferior, pero yo voy contigo.

La sonrisa de Natalie se desvaneció y en su lugar apareció una mueca.

—¿Así que ahora has decidido hacer de carabina? Pues ahora soy yo quien me opongo a ello, Hannah. Siempre he sido amable contigo, y sabes que estás en deuda conmigo. Así que vete a otra parte y no hagas una escena de esto.

—Voy a protegerte de él —dijo Hannah con decisión—. Porque si el señor Bowman te compromete, luego no tendrás ninguna elección. Tendrás que casarte con él lo quieras o no.

—Pues te aseguro que no tengo intención de considerar un compromiso matrimonial sin saber antes cómo besa. —Natalie entrecerró los ojos—. No te entrometas, Hannah. Déjanos a solas.

Pero Hannah se mantuvo en sus trece. Finalmente, se encontró tristemente a un lado de la terraza inferior, mientras Natalie y Rafe Bowman conversaban. A Bowman pareció no importarle la presencia de Hannah, pero Natalie estaba furiosa, y con un tono de voz levemente cáustico se dedicó a hacer observaciones en voz alta del tipo: «una nunca puede hablar de nada interesante cuando su carabina está presente» o «algunas personas no saben cuándo están de más».

Jamás había sido el blanco de las puyas sarcásticas de Natalie con anterioridad, así que Hannah se sintió desconcertada y muy dolida. Puede que Hannah estuviera en deuda con Natalie porque la joven siempre había sido amable con ella, pero también era cierto lo contrario: Hannah podría haber hecho la vida de Natalie imposible.

—¿No le parece molesto, señor Bowman —dijo Natalie sin rodeos—, que algunas personas insistan en estar en donde nadie las ha invitado?

Hannah se puso rígida. Ya era suficiente. Aunque tenía la responsabilidad de velar por la integridad de Natalie haciendo de carabina, no iba a permitir que abusaran de su buena fe.

Antes de que Bowman pudiera decir nada, Hannah habló con frialdad.

—Voy a permitirte la privacidad que tan claramente deseas, Natalie. No dudo que el señor Bowman sabrá sacarle provecho. Buenas noches.

Abandonó la terraza inferior, sonrojada por el agravio y el disgusto. Como no podía unirse a ninguno de los grupos del salón sin que le hicieran preguntas sobre el paradero de Natalie, sus únicas opciones eran irse a la cama o buscar un lugar donde sentarse a solas. Pero no tenía sueño, no cuando la cólera le hacía hervir la sangre. Puede que lo mejor fuera ir a buscar un libro que la mantuviera ocupada.

Se acercó a la biblioteca, y se asomó con discreción por el marco de la puerta para ver quién se encontraba dentro. Un grupo de niños se había congregado allí, la mayoría estaban sentados en el suelo mientras un anciano barbudo estaba sentado en un sillón tapizado. Sostenía entre sus manos un pequeño libro con letras doradas en la cubierta, y bizqueaba tras unas gafas.

—¡Léelo, abuelo! —gritó un niño.

—¡Venga, continúa! No nos puedes dejar así —le rogó otro.

El anciano soltó un suspiro.

—¿Cuándo comenzaron a encoger las palabras? ¿Y por qué hay tan poca luz aquí?

Hannah sonrió con compasión y entró en la estancia.

—¿Puedo ayudarle, señor?

—Oh, sí. —Con una mirada de agradecimiento, se levantó de su asiento y le tendió el libro. Era una obra del señor Charles Dickens titulada *Cuento de Navidad*. Publicada dos años antes, aquella historia de redención se había convertido en un éxito al instante, y se había dicho de él que había reavivado la fe de los más cínicos en la Navidad y sus tradiciones—. ¿Podría leerles un poco? —preguntó el anciano—. Tengo la vista cansada. Y me gustaría sentarme junto al fuego y terminarme mi ponche.

—Encantada, señor. —Tomando el libro, Hannah miró de reojo a los niños—. ¿Queréis que lo haga?

Todos gritaron de inmediato.

—¡Oh, sí!

—¡No pierda la página, señorita!

—Acaba de llegar el primero de los tres espíritus —le dijo uno de los niños.

Instalándose en el sillón, Hannah encontró la página correcta y comenzó:

—¿Es usted, señor, el espíritu cuya llegada se me anunció? —preguntó Scrooge.

—Yo soy.

La voz era suave y afable, curiosamente apagada, como si en vez de estar tan cerca, hablase desde lejos.

—¿Quién y qué es usted? —preguntó Scrooge.

—Soy el fantasma de las Navidades pasadas.

Echando un vistazo a su alrededor, Hannah contuvo una sonrisa al ver las caras fascinadas de los niños, y los estremecimientos de deleite que los recorrieron ante su interpretación de una voz fantasmal.

Mientras leía, las maravillosas palabras del señor Charles Dickens obraron su magia sobre ellos, al tiempo que aliviaban la duda y la ira del corazón de Hannah. Y recordó algo que había olvidado: la Navidad no sólo era un día. Era un sentimiento.

Ciertamente no habría supuesto un gran esfuerzo besar a *lady* Natalie, pero Rafe se había negado a tomarse ninguna libertad con ella, principalmente porque ella parecía muy determinada a dejar que lo hiciera.

Después de que Hannah abandonara la terraza inferior, Natalie se había mostrado tímida y a la defensiva, diciéndole que los hombres eran muy afortunados al no tener que soportar la presencia de acompañantes que los siguieran a todas partes, porque a veces eso podía llegar a ser muy desesperante. Rafe había estado de acuerdo en que debía de ser un gran inconveniente, pero al mismo tiempo añadió que la señorita Appleton parecía ser una acompañante muy tolerable.

—Oh, Hannah es casi siempre un encanto —dijo Natalie—. Puede ser muy burguesa, pero eso es de esperar. Proviene de la rama pobre de la familia, es la mayor de cuatro hermanas solteras y no tiene ningún hermano varón. Su madre murió. No quiero parecer presuntuosa, pero si yo no hubiera convencido a mi padre para que Hannah fuera mi acompañante, habría tenido que trabajar muy duro para sacar adelante a sus hermanas. Jamás se gasta un chelín en sí misma, le envía toda su asignación a su padre, así que le cedo mi ropa usada y comparto con ella muchas de mis cosas.

—Es muy generoso de su parte.

—Oh, no, de ninguna manera —dijo ella sin darle importancia—. Me encanta verla feliz. Quizás he sido un poco ruda con ella hace unos momentos, pero estaba siendo demasiado irrazonable.

—Mucho me temo que voy a tener que disentir —le dijo Rafe—. La señorita Appleton es muy buena juzgando a las personas.

Natalie esbozó una sonrisa socarrona.

—¿Está insinuando que es correcta la valoración que ella ha hecho de usted? —Natalie se acercó más a Rafe, con los labios suaves e invitadores—. ¿Que va a aprovecharse del hecho de que nos haya dejado a solas?

—Odio ser tan previsible —le dijo él con pesar, divertido ante el mohín que hizo Natalie—. Pero en este caso, me temo que... no. Será mejor que volvamos antes de que provoquemos murmuraciones.

—No me dan miedo las murmuraciones —dijo ella, apoyando la mano en el brazo masculino.

—Entonces es obvio que no ha hecho nada digno de provocarlas.

—O tal vez es que no me han pillado —dijo Natalie con recato, haciéndole reír.

Era fácil que le gustara *lady* Natalie, era lista y hermosa. Y no sería ningún sacrificio acostarse con ella.

Casarse con ella sería un precio bajo a pagar a cambio de obtener el trato comercial que quería de su padre. Oh, sin duda, *lady* Natalie era un poco mimada y temperamental, pero no más que la mayoría de las jóvenes de su posición. Además, su belleza, su educación y sus buenas relaciones la convertían en una esposa que otros hombres envidiarían.

Mientras recorría con ella el pasillo que conducía al vestíbulo principal, pasaron por delante de la puerta abierta de la biblioteca donde, recientemente, Rafe había discutido con su padre. Pero ahora una escena muy diferente atrajo su atención.

La ardiente luz de la chimenea arrojaba sombras temblorosas en las esquinas, dotando a la estancia de un suave resplandor. Hannah Appleton estaba sentada en un enorme sillón, y leía en voz alta, rodeada de un grupo de niños que la escuchaban con atención.

Un anciano dormitaba junto a la chimenea, con la cabeza inclinada y la barbilla apoyada sobre la amplia superficie de su pecho. A veces, resollaba cuando un niño travieso le hacía cosquillas en la barba con una pluma. Pero el niño pronto abandonó la travesura, atraído por la historia de Ebenezer Scrooge y la visita del espíritu de la Navidad.

Rafe aún no había leído aquel libro tan popular, pero reconoció la historia después de oír algunas líneas. *Un cuento de Navidad* había sido muy comentado y discutido, y Rafe aún no lograba comprender a qué se debía su fama. Había descartado el libro por considerarlo demasiado sentimental e indigno de perder el tiempo con él.

Pero al observar a Hannah, con la cara suave y animada, y escuchar las

vivaces inflexiones de su voz al leer, no pudo evitar sentirse atraído por la historia.

Acompañado por el espíritu de las Navidades pasadas, Scrooge veía cómo había sido él mismo cuando era un alumno solitario y triste hasta que su hermana menor había ido a recogerlo durante las vacaciones.

—¡Sí! —gritó la niña desbordante de felicidad—. A casa, a casa para siempre. Ahora padre está mucho más amable, nuestra casa parece el cielo. Una bendita noche, cuando me iba a la cama, me habló tan cariñosamente que me atreví a preguntarle una vez más si tú podrías volver; y dijo que sí, que era lo mejor, y me mandó en un coche a buscarte...

Dándose cuenta de la presencia de Rafe y Natalie en la puerta, Hannah levantó un instante la mirada. Le dirigió una rápida sonrisa a Natalie, pero su expresión se tornó reservada al mirar a Rafe. Devolviendo la atención al libro, continuó leyendo.

Rafe se dio cuenta de que volvía a sentir la misma sensación de curiosidad y afecto que tenía cada vez que estaba junto a Hannah. Ella estaba adorablemente despeinada, sentada en aquel enorme sillón con uno de sus pies recogido bajo el cuerpo. Rafe quiso jugar con ella, besarla, soltar aquella mata de pelo brillante y peinarla con sus propios dedos.

—Vayámonos —le murmuró Natalie al oído.

Rafe sintió una leve punzada de irritación. Natalie quería ir a cualquier otra parte donde continuar la conversación anterior, coquetear con él, y quizá saborear un poco de aquellos placeres adultos que eran tan nuevos para ella, y tan condenadamente familiares para él.

—Quedémonos a escuchar un rato —murmuró, haciéndola entrar en la estancia.

Natalie era demasiado inteligente para demostrar su impaciencia.

—Por supuesto —replicó, y se acercó a una silla vacía junto a la chimenea donde se sentó con la gracia que la caracterizaba. Rafe se detuvo junto a la repisa de la chimenea, apoyó un hombro contra ella y miró fijamente a Hannah que continuaba leyendo la historia.

Scrooge continuaba presenciando su pasado, que incluía un alegre baile de Navidad en casa del anciano Fezziwig. A continuación, aparecía una escena triste, en la que él se enfrentaba a una joven que le había amado antaño pero que ahora aceptaba que el deseo de riquezas de él había superado todo lo demás.

—Pero si hoy, mañana, estuvieses libre de compromisos, ¿podría yo crearme que ibas a elegir a una chica sin dote...? O si la eligieses, traicionando tus propios principios, sé que pronto te arrepentirías y lo lamentarías. Por eso te devuelvo tu libertad. De todo corazón, por el amor de aquel que fuiste un día...

—¡Espíritu! —dijo Scrooge con voz rota—. ¡No quiero ver más!

A Rafe le desagradó la sensación. Había experimentado y visto demasiado mundo para sentirse atraído por historias sensibleras. Pero mientras permanecía allí inmóvil, escuchando a Hannah, no pudo evitar sentir una extraña calidez que le recorrió el cuerpo, y que nada tenía que ver con el fuego crepitante de la chimenea. Hannah leía aquel cuento de Navidad con un placer y una convicción inocente que eran demasiado reales para resistirse a ellos. Rafe quería quedarse solo con ella para escuchar esa voz fascinante durante horas. Quería apoyar la cabeza en su regazo y sentir la curva de su muslo contra la mejilla.

Mientras la miraba, Rafe sintió que el deseo se extendía por su cuerpo con una cálida ternura y una oleada de anhelo. Un terrible pensamiento irrumpió en su cabeza; quería que Hannah fuera la hija de Blandford en lugar de Natalie. Santo Dios, se habría casado con ella en el acto. Pero aquello era imposible, amén de ser injusto para Natalie. Pensarlo hizo que se sintiera como el bellaco que Hannah le había acusado de ser.

Cuando Hannah terminó el segundo capítulo, y entre risas les prometió a los niños que les leería más la noche siguiente, Rafe pidió el primer deseo desinteresado en su vida por otra persona... que Hannah encontrara algún día a un hombre que la amara de verdad.

Tras felicitar a los cantantes y músicos por el interludio musical, y guiar a

un grupo de damas a la salita del té, Lillian regresó al salón. Aún quedaban algunos invitados allí, entre los que se encontraba su marido, que estaba en una esquina hablando en privado con Eleanor, *lady* Kittridge.

Procurando ignorar la fría punzada en la boca del estómago, Lillian se acercó a Daisy que estaba terminando de hablar con algunos de los niños.

—Hola, querida —dijo Lillian, forzando una sonrisa—. ¿Te ha gustado la música?

—Sí, mucho. —Mirando fijamente la cara de su hermana, Daisy preguntó sin rodeos—: ¿Qué sucede?

—No pasa nada. Nada en absoluto. ¿Por qué lo preguntas?

—Siempre sonríes de esa manera cuando estás preocupada o tramando algo.

—No estoy tramando nada.

Daisy le lanzó una mirada de preocupación.

—Entonces, ¿qué sucede?

—¿Ves a la mujer que está hablando con Westcliff?

—¿Aquella hermosa rubia con un cuerpo de escándalo?

—Sí —fue la seca respuesta de Lillian.

Daisy esperó con paciencia.

—Sospecho... —comenzó Lillian, alarmada al sentir que se le atoraba la garganta y una cálida presión se acumulaba tras los párpados. La sospecha que la atenazaba era demasiado horrible para expresarla en voz alta.

Sospechaba que su marido estaba interesado en otra mujer.

Eso no quería decir que hubiera algo más, porque Westcliff era un hombre de absoluto honor. No estaba en su naturaleza serle infiel a su esposa, no importaba cuán fuerte fuera la tentación. Lillian sabía que él siempre le sería fiel, al menos físicamente. Pero también quería ser la dueña de su corazón, y ver cómo su esposo se sentía atraído por otra mujer hacía que Lillian quisiera morir.

Todo el mundo había dicho desde el principio que la unión entre el conde Westcliff y una descarada heredera americana era algo impensable. Pero Lillian había descubierto hacía mucho tiempo que bajo la naturaleza reservada de Marcus, había un hombre apasionado, tierno y con un gran sentido del humor. Y por su parte, Marcus había estado encantado con la personalidad animosa e irreverente de su esposa. Los dos años que llevaban

casados habían sido maravillosos, más de lo que jamás habría podido imaginar.

Pero, últimamente, Westcliff había comenzado a prestar una inusual atención hacia *lady* Kittridge, una joven y hermosa viuda que tenía muchas cosas en común con él. Era una mujer elegante, aristócrata, inteligente, y, por si eso fuera poco, sentía la misma profunda pasión de su difunto marido hacia la crianza de caballos de pura raza. Los caballos de las cuadras Kittridge eran descendientes de los más hermosos y cotizados caballos árabes del mundo, famosos por su carácter dulce y su espectacular alzada. *Lady* Kittridge, sin duda, era la mujer perfecta para Westcliff.

Al principio, Lillian no se había preocupado mucho por las largas conversaciones que mantenían su marido y *lady* Kittridge. No era extraño, las mujeres siempre se lanzaban sobre Westcliff, uno de los hombres más poderosos de Inglaterra. Pero luego, los dos habían comenzado a mantener correspondencia y muy pronto, él había ido a visitar a *lady* Kittridge para asesorarla sobre algunas cuestiones financieras, hasta que, finalmente, Lillian había comenzado a experimentar las dolorosas punzadas de los celos y la desconfianza.

—Jamás... jamás he llegado a creer que Marcus sea realmente mío — admitió compungida ante Daisy—. Es la única persona, además de ti, a la que he amado de verdad. Todavía me parece un milagro que él me haya querido lo suficiente como para casarse conmigo. Pero ahora estoy empezando a creer... mucho me temo que... se haya cansado de mí.

Daisy agrandó los ojos.

—No estarás diciendo que piensas que él... y *lady* Kittridge...

Los ojos de Lillian se volvieron borrosos y húmedos.

—Parecen sentir una gran afinidad —dijo ella.

—Lillian, eso es una locura —murmuró Daisy—. Westcliff te adora. Eres la madre de su hija.

—No estoy diciendo que crea que me es infiel —murmuró en respuesta—. Es demasiado honorable para ello. Pero no quiero que se le pase siquiera por la cabeza.

—¿Con qué frecuencia...? Quiero decir, ¿últimamente han menguado sus... atenciones maritales?

Lillian se ruborizó mientras consideraba la pregunta.

—No, de ninguna manera.

—Bueno, ésa es una buena señal. En la mayoría de las novelas que he leído, los esposos infieles prestan menos atención a su esposa después de comenzar una relación adúltera.

—¿Qué más hacen en tus novelas?

—Bueno, algunas veces los maridos infieles comienzan a utilizar una nueva colonia, o a anudarse la corbata de otra manera.

Un profundo ceño arrugó la frente de Lillian.

—No he notado nada nuevo en su corbata. Tendré que prestar más atención.

—Y suelen desarrollar un interés inusual por las costumbres diarias de su esposa.

—Bueno, eso no es de ayuda... Westcliff demuestra un interés inusual por las costumbres de todo el mundo.

—¿Utiliza nuevos trucos?

—¿Qué clase de trucos?

Daisy bajó la voz todavía más.

—En el dormitorio.

—Oh, Dios mío. ¿Es eso una señal de infidelidad? —Lillian le dirigió una mirada abatida—. ¿Y cómo diablos saben los autores de esas novelas ese tipo de cosas?

—Habla con él —le aconsejó Daisy con suavidad—. Cuéntale tus temores. Estoy segura de que Westcliff es incapaz de hacer nada que te haga daño, querida.

—No deliberadamente —convino Lillian, con una sonrisa quebradiza. Dirigió la mirada hacia una ventana cercana, a la fría y oscura noche—. Parece que hace más frío. ¿Crees que nevará en Navidad?

9

Aunque Hannah y Natalie habían decidido tácitamente poner fin a la riña de la noche anterior, las relaciones entre ellas seguían siendo un poco tirantes. En consecuencia, Hannah no fue invitada a acompañar a Natalie y a *lady* Blandford cuando partieron con un grupo de damas a dar un paseo en carruaje por el campo. Otras damas habían decidido permanecer en Stony Cross Park, conversando sobre té y costura, mientras un grupo de caballeros había decidido pasar el día en el festival de la cerveza de Alton.

Libre para hacer lo que deseara, Hannah exploró la mansión a su antojo, deteniéndose en la galería de arte donde había montones de cuadros de incalculable valor. También visitó el invernadero de naranjos, disfrutando del aroma a cítrico y laurel que impregnaba el aire. Era una estancia muy cálida, con rejillas de ventilación por donde entraba el calor de las estufas del piso inferior. Se dirigía hacia el salón de baile cuando hasta ella se acercó un niño pequeño que reconoció como uno de los niños para los que había leído la noche anterior.

El niño parecía inquieto y preocupado, y recorría el pasillo de una manera errática. En la mano sostenía algún tipo de juguete de madera.

—Hola, ¿te has perdido? —preguntó Hannah, agachándose para que su cara quedara a la altura de la suya.

—No, señorita.

—¿Cómo te llamas?

—Arthur, señorita.

—No pareces muy feliz, Arthur. ¿Te pasa algo?

Él asintió con la cabeza.

—Estaba jugando con algo que no debía, y ahora se ha quedado enganchado y me van a castigar por ello.

—¿Con qué? —le preguntó ella con simpatía—. ¿Dónde estabas jugando?

—Se lo enseñaré. —Con premura, la cogió de la mano y la arrastró con él.

Hannah se dejó llevar.

—¿Adónde vamos?

—Al árbol de Navidad.

—Oh, bien. Ahí me dirigía yo.

Arthur la guió al salón de baile, el cual, afortunadamente para ambos, estaba vacío. El árbol de Navidad era muy grande, con brillantes adornos y golosinas en la parte baja, mientras que la parte superior estaba aún sin adornar.

—¿Se te ha perdido algo en el árbol? —preguntó Hannah, perpleja.

—Sí, señorita, está ahí mismo. —Señaló la rama que estaba justo por encima de sus cabezas.

—No veo nada... Oh, Dios mío, ¿qué es eso?

De la rama colgaba algo oscuro y peludo, algo que parecía un nido. O un roedor muerto.

—Es el peluquín del señor Bowman.

Hannah agrandó los ojos.

—¿Su peluquín? Pero ¿por qué...? ¿Cómo...?

—Bueno —explicó Arthur razonablemente—, vi al señor Bowman echando una siesta en el sofá de la biblioteca, y el peluquín se le había caído al suelo. Pensé que sería divertido jugar con él. Lo he estado disparando con mi honda de juguete, pero una de las veces lo lancé demasiado alto, cayó sobre el árbol de Navidad, y ahora no puedo alcanzarlo. Iba a devolvérselo al señor Bowman antes de que se despertara, ¡de veras! —La miró esperanzado—. ¿Puede cogerlo?

A esas alturas, Hannah se había dado la vuelta, se había cubierto la cara con las manos y se reía tanto que apenas podía respirar.

—No debería reírme —dijo sin aliento—. Oh, sé que no debería...

Pero cuanto más intentaba sofocar las risas, más se reía, hasta que se vio forzada a secarse las lágrimas de los ojos con la manga. Cuando por fin se calmó un poco, miró a Arthur, que la observaba con el ceño fruncido, y casi estalló en carcajadas de nuevo. Ante la perspectiva de una paliza, él no encontraba la situación tan divertida como ella.

—Lo siento —logró decir—. Pobre Arthur. ¡Pobre señor Bowman! Sí, claro que lo cogeré, no importa cómo tenga que hacerlo.

El peluquín debía ser recuperado, no sólo por el bien de Arthur, sino también para ahorrarle al señor Bowman una situación embarazosa.

—Ya lo intenté con la escalera de mano —dijo Arthur—. Pero no logré alcanzar el peluquín ni siquiera al subirme al último escalón.

Hannah miró inquisitivamente la escalera que había cerca. Era una escalera de mano, con una estructura en forma de A y dos tramos extensibles que podían ajustarse a la altura deseada. Y ahora estaba totalmente extendida.

—Usted no es muy alta —dijo Arthur con aire dubitativo—. No creo que pueda alcanzar el peluquín tampoco.

Hannah sonrió.

—Al menos puedo intentarlo.

Entre los dos acercaron la escalera que estaba junto a una de las hornacinas con asientos de la pared. Hannah se quitó los zapatos. Teniendo cuidado de no pisarse el dobladillo de la falda, subió animosamente la escalera con los pies descalzos, vacilando un instante antes de continuar hasta llegar a lo alto de la escalera. Entonces intentó alcanzar el peluquín, descubriendo con desazón que estaba fuera de su alcance, a unos quince centímetros.

—¡Maldita sea! —murmuró—. No llego.

—No se caiga, señorita —gritó Arthur—. Será mejor que se baje ya.

—No puedo rendirme todavía. —Hannah miró desde lo alto de la escalera al saliente que coronaba la hornacina de la pared. Era justo quince centímetros más alto que el último escalón de la escalera—. Sabes —dijo pensativamente—, si me subo al saliente, creo que podría alcanzar el peluquín del señor Bowman. —Con mucho cuidado, se impulsó hacia arriba y gateó por la repisa, arrastrando con ella las faldas.

—No sabía que las señoras tan mayores como usted pudieran trepar —

comentó Arthur, muy impresionado.

Hannah le dirigió una sonrisa pesarosa. Volviendo la vista al saliente, se puso de pie y extendió el brazo para alcanzar los mechones del desafortunado peluquín. Para su decepción, todavía estaba demasiado alto.

—Bueno, Arthur, las malas noticias son que todavía no puedo llegar a él. Las buenas, es que tienes una honda que dispara muy bien.

El niño soltó un suspiro.

—Me he ganado una buena.

—No necesariamente. Pensaré en alguna otra manera de recuperarlo. Mientras...

—¡Arthur! —Otro niño apareció en la puerta del salón de baile—. Todo el mundo te está buscando —le dijo entrecortadamente—. ¡Tu tutor dice que llegas tarde a las clases y está cada vez más enfadado!

—Oh, rayos y centellas —masculló Arthur—. Tengo que irme, señorita. ¿Puede arreglárselas sola?

—Sí, sin problemas —le gritó Hannah desde lo alto—. Vete, Arthur. No llegues tarde a tus clases.

—Gracias —gritó él y salió corriendo de la habitación.

La voz de su compañero de correrías le llegó desde el pasillo.

—¿Por qué estaba subida ahí?

Hannah avanzó poco a poco hacia la escalera de mano. Sin embargo, antes de poder subirse a ella, ésta se replegó con un fuerte chasquido que resonó en el salón de baile. Atónita, Hannah clavó la mirada en la escalera que ahora quedaba muy abajo, lejos de su alcance.

—¿Arthur? —gritó sin obtener respuesta.

Hannah se dio cuenta de que estaba metida en un buen lío.

¿Cómo, en una mañana tan tranquila como aquélla, había podido acabar atrapada encima del saliente del salón de baile, sin que apenas hubiera nadie en la casa que pudiera ayudarla? Al intentar ahorrarle al señor Bowman una situación embarazosa, se había creado la suya propia. Porque quienquiera que la encontrara allí no iba a mantener la boca cerrada, eso seguro. Aquella aventura se extendería como la pólvora y ella se convertiría en el hazmerreír de aquella reunión.

Hannah exhaló un suspiro.

—¿Hola? —Gritó con esperanza—. ¿Puede oírme alguien?

No obtuvo respuesta.

—¡Cojones! —maldijo con vehemencia. Era la peor palabrota que conocía.

Ya que parecía que iba a permanecer allí mucho tiempo antes de que la encontraran y la rescataran, consideró sentarse en el saliente. Pero era bastante estrecho. Si perdía el equilibrio y se caía, podría romperse algo.

Aburrida, avergonzada y angustiada, esperó y esperó, hasta que estuvo segura de que había pasado por lo menos un cuarto de hora. Cada dos por tres gritaba pidiendo ayuda, pero la mansión estaba sumida en un silencio sepulcral.

Justo cuando empezaba a sentirse frustrada y desolada, alguien llegó a la puerta. Al principio pensó que era un criado. El hombre estaba vestido de manera informal, con pantalones negros y una camisa blanca arremangada que revelaba unos antebrazos musculosos. Pero cuando entró en la estancia con paso tranquilo, Hannah reconoció los andares del hombre y cerró los ojos, mortificada.

—Tenía que ser él —masculló.

Hannah le oyó pronunciar su nombre en tono burlón, y abrió los ojos para encontrarse con Rafe Bowman justo debajo de ella. Había una expresión extraña en su cara, una mezcla de diversión y desconcierto, y algo parecido a la preocupación.

—¿Hannah? ¿Qué diantres estás haciendo ahí arriba?

Estaba demasiado angustiada para reprocharle que la tuteara.

—Quería coger algo —dijo después de un rato—. La escalera de mano se plegó. ¿Qué está haciendo aquí?

—Me reclutaron las florero para ayudar a decorar el árbol. Como todos los lacayos están ocupados, necesitaban la ayuda de cualquier persona alta que pudiera subirse a una escalera de mano. —Tras una estudiada pausa, continuó—: Tú no pareces demasiado capacitada para eso, cariño.

—No tuve ninguna dificultad en subirme. —Hannah había enrojecido hasta la raíz del pelo—. El problema surgió cuando intenté bajarme. Y no me llame «cariño», y... ¿a qué se refiere con «las florero»?

Bowman se acercó a la escalera y empezó a alargar los tramos

extensibles.

—Es el absurdo nombre con el que mis hermanas y sus amigas llaman a su pequeño grupo. ¿Qué querías coger?

—Nada importante.

Él sonrió ampliamente.

—Me temo que no voy a ayudarte a bajar hasta que me lo digas.

Hannah deseó decirle que se fuera al infierno, que preferiría pasarse allí días enteros antes que aceptar su ayuda. Pero estaba cansada de estar de pie sobre el maldito saliente.

Percatándose de su indecisión, Bowman le dijo con aire casual:

—Los demás llegarán en cualquier momento. Y creo que es mi deber mencionar que tengo una vista excelente de lo que hay bajo tus faldas.

Conteniendo el aliento de manera audible, Hannah intentó recogerse las faldas y ceñírselas más al cuerpo, pero se tambaleó y casi perdió el equilibrio.

Bowman maldijo, la diversión había desaparecido.

—Hannah, detente. No estoy mirando. Estate quieta, maldita sea. Ahora subo a ayudarte.

—Puedo bajar yo sola. Sólo necesito que coloque la escalera de mano donde pueda alcanzarla.

—Ni hablar. No voy a arriesgarme a que te desnudes. —Tras alargar los tramos extensibles para que alcanzara la máxima altura, Bowman subió por ella con una rapidez asombrosa.

—Podría replegarse de nuevo —dijo Hannah con nerviosismo.

—No, no lo hará. Hay un seguro metálico a cada lado de los tramos. Lo más probable es que no estuvieran puestos cuando tú subiste. Siempre hay que asegurarse de que lo están antes de usar estos artefactos.

—No pienso volver a subirme a ninguno otra vez —le dijo ella con total sinceridad.

Bowman sonrió. Había alcanzado ya la parte superior de la escalera y extendía una mano hacia ella.

—Despacio. Ahora agárrate a mi mano y muévete muy despacio. Pon un pie en el escalón, date la vuelta y mira hacia la pared. Yo te ayudaré.

Mientras hacía lo que le ordenaba, a Hannah se le ocurrió que bajar era bastante más difícil que subir. Sintió una profunda gratitud hacia él; estaba

siendo muchísimo más amable de lo que ella había esperado.

La mano de Rafe se cerró con fuerza sobre la de ella, y su voz fue profunda y reconfortante.

—Está bien. Ya te tengo. Ahora da un paso hacia mí y pon el pie... No, ahí no, más arriba. Así, venga.

Hannah ya estaba totalmente encima de la escalera de mano, y él la ayudó a bajar rodeándola con sus brazos y atrayéndola hacia su cuerpo que formó una dura y cálida jaula en torno a ella. Quedó de espaldas a él, mirando a través de los escalones de la escalera, mientras sentía la presión del cuerpo masculino en su espalda. Cuando él habló, notó su cálido aliento contra la mejilla.

—Estás a salvo. Descansa un momento. —Debía de haber notado el estremecimiento que la atravesó—. Tranquila. No te dejaré caer.

Hannah deseó decirle que a ella no le daban miedo las alturas. Era sólo la extraña sensación de estar suspendida y al mismo tiempo sostenida, el delicioso olor que él desprendía, tan limpio y masculino, y los poderosos músculos que podía sentir a través de la delgada tela de la camisa, lo que la hacía estremecer. Una curiosa calidez comenzó a extenderse lentamente por su cuerpo.

—¿No cederá la escalera bajo el peso de los dos? —consiguió preguntar.

—No, podrían subirse a la vez hasta media docena de personas. —La profunda voz de Rafe era tranquilizadora, sus palabras, una suave caricia contra su oreja—. Iremos bajando un escalón cada vez.

—Huele a menta —dijo ella intrigada, retorciéndose lo suficiente para mirarle a la cara.

Craso error.

La cara masculina estaba al mismo nivel de la suya, y se encontró mirando aquellos ojos ardientes y oscuros con sedosas pestañas negras. Poseía unos rasgos fuertes, quizá demasiado angulosos, como el boceto de un artista que aún no hubiera sido suavizado y difuminado. Hannah no pudo evitar preguntarse cómo sería él bajo aquella fachada dura e imperturbable, cómo sería realmente cuando se relajara.

—Hacen caramelos de menta en la cocina. —Su aliento fue como una cálida y dulce oleada de menta contra los labios de Hannah—. He comido

uno hace un rato.

—¿Le gustan los caramelos? —preguntó ella de manera insegura.

—No mucho. Pero me encanta la menta. —Rafe bajó un escalón y después la persuadió para que lo siguiera.

—El peluquín —protestó Hannah, aunque bajó con él.

—¿El qué? —Rafe siguió con la vista la dirección de su mirada, y al ver el peluquín de su padre colgando de una rama, hizo un sonido sofocado. Detuvo el descenso, apoyó la cabeza en el hombro de Hannah y luchó para contener el ataque de risa que amenazaba con hacerlos caer de la escalera—. Santo Dios, ¿era eso lo que querías recuperar? —La sostuvo con una mano cuando ella intentó alcanzarlo—. Dejando a un lado la pregunta de cómo el peluquín de mi padre ha logrado llegar hasta ahí, ¿por qué estabas arriesgando tu bonito cuello para recuperar un manojito de pelo muerto?

—Quería ahorrarle la vergüenza a su padre.

—Qué alma más dulce y cándida tienes —dijo él con suavidad.

Temiendo que estuviera burlándose de ella, Hannah se detuvo y se volvió hacia él. Pero él le estaba sonriendo, acariciándola con la mirada, y la expresión de su rostro desencadenó una serie de oleadas ardientes en el vientre de Hannah.

—Hannah, la única manera de ahorrarle la vergüenza a mi padre es impidiendo que vuelva a encontrar ese condenado peluquín otra vez.

—En eso tiene razón —admitió ella—. ¿Se lo ha dicho alguien?

—Sí, pero se niega a aceptar que hay dos cosas que el dinero no puede comprar. La felicidad y el pelo de verdad.

—Bueno, sí es pelo de verdad —dijo ella—. Sólo que no creció en su cabeza.

Bowman se rió entre dientes y la ayudó a bajar otro escalón.

—¿Por qué no es feliz su padre? —se atrevió a preguntar Hannah.

Bowman consideró la pregunta durante tanto tiempo, que ya habían alcanzado el suelo cuando respondió.

—Ésa es la pregunta del millón. Mi padre se ha pasado toda la vida intentando alcanzar el éxito. Y ahora, que es más rico que Crespo, sigue sin estar satisfecho. Posee cuadras de caballos, establos llenos de carruajes, calles enteras de edificios... y más atención femenina de la que cualquier hombre

debería tener. Todo eso me induce a pensar que jamás habrá nada que lo satisfaga por completo. Que jamás será feliz.

En cuanto estuvieron en el suelo, Hannah se giró por completo hacia él, con los pies cubiertos sólo por las medias.

—¿Es eso lo que le pide al destino, señor Bowman? —le preguntó—. ¿Ser feliz?

Él se la quedó mirando con una expresión de difícil interpretación.

—Probablemente.

—Lo siento —dijo ella con voz queda.

Por primera vez desde que conocía a Bowman, éste parecía no saber qué decir. Su mirada era oscura y profunda, y Hannah encogió los dedos de los pies contra el suelo, experimentando la sensación que tenía algunas veces cuando había salido a la fría y húmeda intemperie y entraba en casa para tomar una taza de té azucarado... tan caliente que casi dolía beberlo, pero imposible de resistir por la exquisita combinación de dulzor y calor abrasador.

—Mi abuelo me dijo una vez —dijo para romper el silencio—, que si uno quería alcanzar la felicidad, sólo tenía que dejar de buscarla.

Bowman continuó mirándola, como si estuviera intentando memorizar o absorber algo. Sintió una exquisita intimidad entre ellos, como si se sintieran atraídos por un imán.

—¿Y te funciona? —preguntó él con voz ronca.

—Sí, creo que sí.

—Yo no creo que pueda dejar de buscarla. —El tono de Rafe era reflexivo—. Es una peculiaridad de los americanos, ¿sabes? Buscar la felicidad. De hecho, está en nuestra declaración de principios.

—Entonces supongo que tiene que acatarla. Aunque creo que es una ley absurda.

Una fugaz sonrisa cruzó por el rostro masculino.

—No es una ley, es un derecho.

—Bueno, lo que sea. Uno no puede andar buscando la felicidad como si fuera un zapato que perdió bajo la cama. Usted ya la tiene en sus manos, ¿entiende? Sólo tiene que permitirse ser feliz. —Hannah hizo una pausa y frunció el ceño—. ¿Por qué sacude la cabeza de esa manera?

—Porque hablar contigo me recuerda a esas citas bordadas de los cojines de la sala.

Volvía a burlarse de ella. Si llevara puesto un par de botas robustas, probablemente Hannah le habría dado una patada en la espinilla. Tras fruncirle el ceño, se giró para buscar sus zapatos.

Dándose cuenta de lo que buscaba, Bowman se inclinó para recogerlos por ella. En un ágil movimiento, se acuclilló en el suelo con los muslos abiertos.

—Déjame ayudarte.

Hannah levantó el pie, y él le puso la zapatilla con suavidad. Ella sintió el ligero roce de sus dedos en el tobillo, la oleada ardiente que le recorrió las terminaciones nerviosas hasta que sintió que le ardía todo el cuerpo. Se le quedó la boca seca. Bajó la mirada a los anchos hombros masculinos, a los espesos mechones que le rodeaban la cabeza.

Rafe le dejó el pie en el suelo y cogió el otro. La sorprendió la suavidad de su tacto. Hannah nunca habría imaginado que un hombre tan grande pudiera ser tan tierno. Le puso la otra zapatilla y, al descubrir que se le había doblado la piel de la parte posterior, deslizó el pulgar dentro del talón para ponerla bien.

En ese momento, varias personas entraron en el salón de baile. El sonido de voces femeninas se interrumpió bruscamente.

Hannah observó con consternación que una de ellas era *lady Westcliff*. ¿Qué debía de parecerles aquella escena?

—Perdón —dijo la condesa con vivacidad, mirando de reojo a su hermano—. ¿Os estamos interrumpiendo?

—No —respondió Bowman, poniéndose en pie—. Sólo estábamos jugando a la Cenicienta. ¿Habéis traído los demás adornos?

—Cientos de ellos —se oyeron otras voces, y lord Westcliff y el señor Swift entraron en la habitación portando unas grandes canastas.

Hannah se dio cuenta de que estaba en medio de una reunión privada. Allí también estaba la otra hermana de Bowman, la señora Swift, y *lady Vincent* y Annabelle.

—Los he reclutado para terminar de decorar el árbol —dijo Lillian con una amplia sonrisa—. Es una pena que el señor Hunt no haya llegado aún...

Ni siquiera necesitaría una escalera de mano.

—Yo soy casi tan alto como él —protestó Bowman.

—Sí, pero tú no obedeces órdenes.

—Eso depende de quién las dé —replicó él.

Hannah intervino, incómoda.

—Debería irme. Disculpenme...

Pero en su prisa por marcharse, se olvidó por completo de la escalera que tenía detrás. Y cuando se dio la vuelta, tropezó con ella.

Con unos reflejos tan veloces como un rayo, Bowman la sostuvo antes de que se cayera y la estrechó contra su sólido pecho. Hannah sintió la tensión de los poderosos músculos bajo la camisa.

—Si querías que te abrazara —murmuró él con voz provocativa—, sólo tenías que pedirlo.

—Rafe Bowman —le reprendió alegremente Daisy Swift—, ¿todavía haces tropezar a las mujeres para llamar su atención?

—Sólo cuando fracasan mis esfuerzos más sutiles. —Soltó a Hannah—. No se vaya, señorita Appleton. Nos vendrá bien un par de manos más.

—No debería...

—¡Oh, quédese! —dijo Lillian con entusiasmo, y cuando Annabelle también se unió a la petición, Hannah supo que negarse habría sido sumamente descortés por su parte.

—Muchas gracias, les ayudaré —dijo con una tímida sonrisa—. A diferencia del señor Bowman, acato las órdenes bastante bien.

—Perfecto —exclamó Daisy, dándole a Hannah una cesta llena de ángeles de tela—. Porque salvo a nosotras dos, a todos los demás les encanta darlas.

Fue la mejor tarde que Rafe había pasado en mucho tiempo. O puede que nunca. Habían traído dos escaleras de mano más al salón. Los hombres sujetaron velas con alambres en las ramas superiores y colgaron adornos donde les indicaron, mientras las mujeres les pasaban los adornos. Se escucharon algunos improperios aquí y allá, amén de algunas risitas mientras intercambiaban recuerdos de fiestas pasadas.

Subiéndose a lo más alto de una de las escaleras, Rafe logró recuperar el peluquín sin que nadie se percatara de ello. Miró a Hannah que se encontraba debajo y lo dejó caer subrepticamente en sus manos. Ella lo atrapó y lo metió en el fondo de una cesta.

—¿Qué es eso? —preguntó Lillian.

—Un nido de pájaro —contestó Rafe sin darle importancia, y oyó como Hannah contenía la risa.

Westcliff descorchó una botella de tinto y sirvió unas copas, instando a Hannah a tomar una cuando ella intentó negarse.

—Quizá sería mejor que lo diluyera con agua —le dijo al conde.

Westcliff pareció escandalizado.

—¿Diluir un Cossart Gordon del 28 en agua? ¡Qué sacrilegio! —Le brindó una amplia sonrisa—. Pruébelo así, señorita Appleton. Y dígame si puede detectar su sabor afrutado y tostado. Como dijo el poeta romano Horacio en una ocasión «el vino saca a la luz los secretos ocultos del alma».

Hannah le respondió con una dulce sonrisa y tomó un sorbo de vino. El sabor era tan exquisito y agradable que su rostro se iluminó con una expresión de dicha.

—Delicioso —admitió—. Pero es demasiado fuerte. Y puede que tenga algunos secretos que no quiera revelar.

Rafe le murmuró:

—Para gran pesar mío, una copa no la privará de sus virtudes. Debe bebérsela.

Sonrió al percibir el rubor de Hannah. Rafe pensó que era una suerte que ella no tuviera ni idea de cuánto quería él saborear aquel vino en sus labios. O de lo afortunado que era de que ella no pareciese darse cuenta de cuánto la deseaba.

Lo verdaderamente asombroso era que Hannah no estaba utilizando ninguno de los habituales trucos femeninos... No le lanzaba miradas coquetas, ni le acariciaba con discreción, ni le hacía comentarios provocativos. Vestía como una monja en su día de fiesta, y hasta ahora no había fingido ni una sola vez estar impresionada por él.

Así que sólo Dios sabía qué demonios había despertado toda aquella lujuria. Y no era una lujuria normal y corriente..., era como una mezcla

explosiva, tan despiadada y ardiente como la intensa luz del sol, que llenaba cada célula de su cuerpo y que casi le hacía marearse como si estuviera enfermo.

Continuaron decorando el árbol mientras tomaban el vino, y en la estancia no dejaron de resonar las risas, en especial cuando Lillian y Daisy intentaron entonar algunas estrofas de un villancico popular.

—Si ese sonido fuera producido por los pájaros —les dijo Rafe a sus hermanas—, les dispararía un tiro para acabar con su sufrimiento.

—Bueno, tú cantas como un elefante herido —replicó Daisy.

—Miente —le dijo Rafe a Hannah, que estaba ocupada en ensartar una cinta brillante justo debajo de él.

—¿Acaso no canta mal? —le preguntó ella.

—No canto. Punto.

—¿Por qué no?

—Si uno no hace algo bien, entonces no debe hacerlo.

—No estoy de acuerdo —protestó ella—. Algunas veces merece la pena el esfuerzo aunque los resultados no sean perfectos.

Sonriendo, Rafe bajó de la escalera para coger más velas, y se detuvo para mirar directamente a los ojos verde mar de Hannah.

—¿De verdad cree eso?

—Sí.

—Entonces la desafío.

—¿Me desafía a qué?

—A que cante algo.

—¿Ahora? —Hannah soltó una risita desconcertada—. ¿Yo sola?

Consciente de que los demás observaban el intercambio de palabras con interés, Rafe asintió con la cabeza. Se preguntó si ella aceptaría el desafío y cantarían delante de un grupo de personas que apenas conocía. Suponía que no.

Sonrojándose, Hannah protestó:

—No puedo hacerlo con todo el mundo mirándome.

Rafe se rió. Tomó el montón de alambres y velas que ella le dio, y, obedientemente, subió de nuevo a la escalera. Dobló un alambre en torno a una vela y se dispuso a sujetarlo a una rama.

Se quedó inmóvil cuando oyó una voz melodiosa y dulce. No era la voz distinguida de una cantante de ópera. Era sólo una agradable y preciosa voz femenina, perfecta para cantar nanas o villancicos de Navidad o canciones infantiles.

Una voz que uno podría pasarse toda la vida escuchando.

*Here we come a-wassailing
Among the leaves so green,
Here we come a-wand'ring
So fair to be seen.
Love and joy come to you,
And to you your wassail, too,
And God bless you, and send you
A happy New Year.
And God send you a happy New Year.*^[1]

Rafe la escuchó, apenas consciente de las velas que aplastaba entre sus manos. Aquello era cada vez más ridículo, pensó frenéticamente. Si Hannah seguía volviéndose más adorable, encantadora o deliciosa por momentos, algo iba a acabar rompiéndose.

Probablemente el corazón de Rafe.

Mantuvo la expresión tranquila mientras se debatía entre dos verdades irreconciliables: no podía tener a Hannah, y no podía no tenerla. Se concentró en normalizar la respiración, en ordenar sus pensamientos, intentando apartar a un lado los sentimientos que lo inundaban como olas del mar.

Al terminar la estrofa, Hannah observó a Rafe con una sonrisa de satisfacción, mientras los demás aplaudían y la felicitaban.

—Bueno, ahí está su desafío, señor Bowman. Ahora me debe una prenda.

Y qué sonrisa tenía. Provocó que ardientes chispas lo recorrieran de arriba abajo, y tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y no mirarla como un perro enamorado.

—¿Quiere que le cante algo? —se ofreció con educación.

—¡No, por favor! —gimió Lillian.

—¡Por el amor de Dios, no le diga que sí! —añadió Daisy.

Bajándose de la escalera, Rafe se detuvo al lado de Hannah.

—Dígame una prenda —dijo él—. Siempre pago mis deudas.

—Hágale posar como una estatua griega —sugirió Annabelle.

—Exíjale que le haga un cumplido pre-precioso —dijo Evie.

—Humm... —Hannah lo miró pensativamente y recurrió al popular juego de prenda—. Aceptaré cualquier posesión que tenga. Cualquier cosa que lleve ahora mismo encima. Un pañuelo, o una moneda tal vez.

—Su cartera —sugirió Daisy con regocijo.

Rafe metió la mano en el bolsillo del pantalón, donde tintinearón algunas monedas y un cortaplumas. También había otro objeto, una diminuta figura metálica de no más de cinco centímetros. Con despreocupación, la dejó caer en la palma de Hannah.

Ella miró la ofrenda con atención.

—¿Un soldadito de plomo?

La mayor parte de la pintura se había desgastado, dejando sólo algunas motas de color que indicaban sus matices originales. El diminuto soldado de infantería sostenía una espada a un costado. La mirada de Hannah se alzó hacia la de él, con aquellos ojos del color del mar muy abiertos. De alguna manera ella parecía entender que aquel soldadito era muy especial y cerró los dedos para protegerlo.

—¿Es un amuleto de la suerte? —preguntó.

Rafe negó con la cabeza levemente, casi incapaz de respirar al sentirse dividido por una extraña sensación de placer y pesar. Quería volver a recuperarlo. Y, a la vez, quería dejarlo allí para siempre, seguro entre los dedos de Hannah.

—Rafe. —Oyó que decía Lillian con una extraña nota en la voz—. ¿Todavía lo llevas? ¿Después de tantos años?

—Es sólo una vieja costumbre. No significa nada. —Apartándose de Hannah, Rafe cortó el tema de raíz—. Ya basta de tonterías. Tenemos que acabar de decorar el maldito árbol.

Un cuarto de hora después, habían terminado de adornar el árbol, y éste brillaba en todo su esplendor.

—Imaginad cómo será cuando todas las velas estén encendidas —exclamó Annabelle, dando un paso atrás para mirarlo—. Será una imagen preciosa.

—Sí —dijo Westcliff, y añadió secamente—: amén del gran incendio que

podría producirse en Hampshire.

—Tenías toda la razón al escoger un árbol tan grande —le dijo Annabelle a Lillian.

—Sí, creo que... —Lillian se interrumpió al ver que otra persona entraba en la habitación.

Un hombre muy alto y que parecía un pirata, un hombre que sólo podía ser Simon Hunt, el marido de Annabelle. Aunque Hunt había comenzado su carrera trabajando en la carnicería de su padre, había acabado por convertirse en uno de los hombres más ricos de Inglaterra; poseía fábricas de locomotoras y una gran parte del negocio del ferrocarril. Era el mejor amigo de lord Westcliff, un hombre que apreciaba los buenos licores, los buenos caballos y los deportes. Pero no era un secreto para nadie que lo que Simon Hunt más amaba en el mundo era a Annabelle.

—Creo —continuó Lillian mientras Hunt se acercaba sigilosamente detrás de Annabelle— que el árbol es perfecto. Y creo que alguien ha llegado justo a tiempo de no tener que decorar ni una maldita rama.

—¿Quién? —preguntó Annabelle, sobresaltándose cuando Simon Hunt le tapó los ojos. Sonriendo, él se inclinó y le murmuró algo privado al oído.

El rubor inundó la parte de la cara de Annabelle que quedaba al descubierto. Al darse cuenta de quién le cubría los ojos, levantó las manos para bajar las de su esposo hasta los labios y besarlas. En silencio, se giró entre sus brazos y apoyó la cabeza contra su pecho.

Hunt la estrechó entre sus brazos.

—Todavía estoy cubierto por el polvo del viaje —dijo con brusquedad—, pero no podía esperar ni un minuto más para verte.

Annabelle levantó la cabeza y le rodeó el cuello con los brazos. Fue un momento tan tierno y apasionado que un silencio incómodo cayó sobre la estancia.

Tras besar la coronilla de su esposa, Hunt esbozó una sonrisa y le tendió la mano a Westcliff.

—Me alegro de estar aquí —dijo—. Tenía mucho que hacer en Londres..., aunque he dejado un montón de cosas sin acabar.

—Te hemos echado de menos —dijo el conde, estrechándole la mano con firmeza.

Manteniendo un brazo alrededor de Annabelle, Hunt saludó al resto de los presentes con cordialidad.

—¿St. Vincent todavía no ha llegado? —le preguntó a Evie, y ella meneó la cabeza—. ¿Se sabe algo sobre la salud del duque?

—Me temo que n-no.

Hunt le lanzó una mirada compasiva.

—Estoy seguro de que St. Vincent llegará pronto.

—Y estás rodeada de amigas que te quieren —añadió Lillian, rodeando los hombros de Evie con un brazo.

—Y hay m-muy buen vino —dijo Evie con una sonrisa.

—¿Quieres una copa, Hunt? —preguntó Westcliff, señalando la bandeja de la mesa cercana.

—Gracias, pero no —dijo Hunt con cordialidad, enlazando el brazo con el de Annabelle—. Si nos perdonáis, tengo que discutir algunas cosas con mi esposa. —Y sin esperar respuesta, arrastró a Annabelle fuera del salón de baile con una prisa que no dejaba lugar a dudas sobre lo que iba a ocurrir a continuación.

—Sí, estoy seguro de que van a discutir muy a fondo —comentó Rafe, haciendo una mueca cuando Lillian le dio un codazo en el costado.

10

Cada salita de la mansión fue ocupada tras la cena. Algunos invitados jugaron a las cartas, otros se reunieron alrededor del piano en la sala de música y cantaron, pero el grupo más grande de todos se había reunido en la sala principal para jugar a las charadas. Sus gritos y risas resonaban en los pasillos.

Hannah observó el juego de las charadas durante un rato, disfrutando de las payasadas de los equipos rivales que representaban palabras o frases mediante la mímica, mientras los demás anunciaban sus suposiciones en voz alta. Se dio cuenta de que Rafe Bowman y Natalie estaban sentados juntos, sonriendo e intercambiando bromas en privado. Hacían muy buena pareja, él tan moreno y ella tan rubia, ambos jóvenes y atractivos. Observarlos hizo que Hannah se sintiera muy abatida, así que se sintió aliviada cuando el reloj de la pared dio las ocho menos cuarto. Salió de la sala con discreción y se dirigió al vestíbulo. Estaba tan agradecida de salir de la abarrotada sala principal, y no tener que sonreír cuando no le apetecía, que lanzó un pesado suspiro y se apoyó contra la pared con los ojos cerrados.

—¿Señorita Appleton?

Hannah abrió los ojos de golpe. Era Lillian, *lady Westcliff*, quien la había seguido fuera de la sala.

—¿Demasiado bullicio ahí dentro? —preguntó la condesa con simpatía.

Hannah asintió con la cabeza.

—No me gustan las reuniones tan multitudinarias.

—Ni a mí —le confió Lillian—. Mi mayor placer es relajarme en la

compañía de un pequeño grupo de amigos, o mejor todavía, estar a solas con mi marido y mi hija. Va a ir a la biblioteca para continuar leyendo a los niños, ¿no es cierto?

—Sí, *milady*.

—Es muy amable por su parte. Oí que todos disfrutaron mucho de la lectura la noche pasada. ¿Puedo acompañarla a la biblioteca?

—Sí, *milady*, será un placer.

Lillian la sorprendió enlazando su brazo con el de ella, como si fueran hermanas o amigas íntimas. Recorrieron el pasillo a paso lento.

—Señorita Appleton, yo... oh, maldita sea, odio todas estas formalidades. ¿Podemos tutearnos?

—Me sentiría muy honrada de que me llamara por mi nombre, *milady*. Pero yo no puedo hacer lo mismo. No sería correcto.

Lillian le dirigió una mirada compungida.

—Como quieras, Hannah. Llevo toda la tarde queriendo hablar contigo... Quería comentarte algo muy personal, que deber quedar entre nosotras. Probablemente no debería decir nada, pero siento que debo hacerlo. De otra manera, seré incapaz de conciliar el sueño esta noche.

Hannah se quedó muda de asombro. Por no hablar de la curiosidad que la inundó.

—¿*Milady*?

—Se refiere a la prenda que le pediste hoy a mi hermano...

Hannah palideció un poco.

—¿Fue impropio de mi parte? Lo lamento mucho. Jamás tendría que...

—No. No, no es nada de eso. No hiciste nada impropio en absoluto. Es lo que mi hermano te dio lo que encontré... bueno, tan sorprendente.

—¿El soldadito de plomo? —murmuró Hannah—. ¿Por qué es tan sorprendente?

Ella no lo había considerado nada inusual. Muchos hombres llevaban pequeños objetos especiales con ellos, como recuerdos de seres queridos, o amuletos diversos como una moneda o una medalla.

—Ese soldadito pertenecía a una colección que Rafe tenía cuando era niño. Después de haber conocido a mi padre, no la extrañará saber que fue muy estricto con sus hijos. Al menos cuando estaba en casa, lo que, gracias a

Dios, no era muy a menudo. Pero papá siempre ha tenido unas expectativas muy altas de mis hermanos, en especial de Rafe, porque es el mayor. Papá quería que Rafe tuviera éxito absolutamente en todo, así que era castigado duramente cuando no lo conseguía. Pero al mismo tiempo, papá no quería que nadie le hiciera sombra, así que aprovechaba cualquier oportunidad de avergonzar o degradar a Rafe cuando demostraba ser el mejor.

—Oh —dijo Hannah con suavidad, llena de compasión por el niño que había sido Rafe—. ¿Su madre no intervino de alguna manera?

Lillian hizo un sonido de mofa.

—Mi madre siempre ha sido una criatura vana a la que las fiestas y la posición social le importaban más que cualquier otra cosa. Te aseguro que dedicaba más pensamientos a sus vestidos y joyas, que a cualquiera de sus hijos. Fuera lo que fuese lo que papá decidiera, mamá estaba más que dispuesta a apoyarlo, siempre y cuando él siguiera pagándole las facturas.

Tras una breve pausa, el desprecio desapareció del tono de Lillian, reemplazado por la melancolía.

—Raras veces veíamos a Rafe. Como mi padre quería que fuera un niño serio y estudioso, jamás tenía permiso para jugar con otros niños. Siempre estaba con sus tutores, estudiando, haciendo deporte, montando a caballo..., pero nunca tenía un momento de libertad. Una de las pocas vías de escape de Rafe era su colección de soldaditos de plomo. Escenificaba batallas y escaramuzas con ellos, y mientras estudiaba, ponía todos los soldaditos en fila en su escritorio para que le hicieran compañía. —Una leve sonrisa curvó los labios de Lillian—. Rafe solía deambular por la casa durante la noche. Algunas veces le oía por el pasillo y sabía que iba abajo o a dar un paseo por los jardines para tener un momento de respiro.

La condesa hizo una pausa cuando se acercaban a la biblioteca.

—Detengámonos aquí un momento... Aún no son las ocho, y seguro que los niños no han acudido todavía.

Hannah asintió con la cabeza en silencio.

—Una noche —continuó Lillian—, Daisy estaba enferma y reclusa en la habitación de los niños y yo tuve que pasar la noche en otra habitación por si su enfermedad era contagiosa. Tenía miedo por mi hermana y me desperté llorando en medio de la noche. Rafe me oyó y vino a preguntarme qué era lo

que me pasaba. Le conté lo preocupada que estaba por Daisy y también la horrible pesadilla que había tenido. Así que Rafe fue a su habitación y regresó con uno de sus soldados. Un soldado de infantería. Rafe me lo puso sobre la mesilla de noche y me dijo: «Éste es el más valiente y arrojado de todos mis hombres. Vigilará tu habitación durante la noche y ahuyentará todas tus preocupaciones y pesadillas». —La condesa sonrió distraídamente ante el recuerdo—. Y funcionó.

—Qué ricura —dijo Hannah con suavidad—. ¿Es ése el significado del soldadito?

—Bueno, no del todo. Verás... —Lillian respiró hondo como si le resultara difícil continuar—. Al día siguiente, el tutor de Rafe le dijo a papá que creía que los soldaditos de plomo distraían a Rafe de sus estudios. Así que papá se deshizo de todos. Los tiró. Rafe jamás derramó una lágrima..., pero pude ver algo terrible en sus ojos, como si hubieran destruido una parte de él. Cogí el soldado de mi mesilla de noche y se lo devolví. Fue el único soldadito que se salvó. Y creo... —Lillian tragó saliva, y un brillo de lágrimas apareció en sus ojos castaño oscuro—, pienso que lo ha guardado durante todos estos años como si fuera algún trozo de su corazón que quisiera proteger.

Hannah no fue consciente de sus propias lágrimas hasta que las sintió deslizarse por las mejillas. Se las enjugó rápidamente con la manga. Tenía un nudo en la garganta, y carraspeó; cuando habló tenía la voz ronca.

—¿Por qué me lo ha dado a mí?

La condesa pareció extrañamente aliviada, o reconfortada, por la reacción emotiva de Hannah.

—No lo sé, Hannah. Pero es tarea tuya averiguarlo. Yo sólo puedo decirte una cosa: no fue un gesto casual.

Después de tranquilizarse, Hannah entró en la biblioteca sumida en una nube de estupor. Los niños ya estaban allí, sentados en el suelo, tomando galletas de azúcar y leche caliente. Una sonrisa curvó los labios de Hannah cuando observó que había más niños sentados bajo la mesa de la biblioteca como si ésta fuera un fuerte.

Sentándose en el mismo sillón enorme de la noche anterior, Hannah abrió ceremoniosamente el libro, pero antes de que pudiera leer una palabra, le pusieron un plato de galletas en el regazo y le ofrecieron un vaso de leche, y una de las niñas le puso una corona de papel en la cabeza. Después de comerse una galleta y esperar un minuto o dos antes de hacer callar las risitas de los niños, Hannah comenzó a leer:

—Yo soy el fantasma de las Navidades presentes —dijo el espíritu—. Mírame...

Mientras Scrooge continuaba sus correrías con el segundo espíritu, visitando el hogar humilde pero feliz de los Cratchit, Hannah se dio cuenta de que la figura delgada y oscura de Rafe Bowman entraba en la biblioteca. Se situó en una esquina oscura y permaneció allí, observándola y escuchándola. Hannah se interrumpió un momento y lo miró. Sintió una angustiosa opresión en el corazón y una oleada de ardiente deseo, y tuvo la sensación de que estar allí sentada con una corona de papel en la cabeza era una absoluta tontería. No tenía ni idea de por qué Bowman había acudido allí sin Natalie para escuchar la siguiente parte de la historia. Ni por qué la mera presencia de él era suficiente para que su corazón martilleara como un telar mecánico.

Pero si había algo que sí sabía era que él no era el bribón despreocupado y despiadado que ella había creído que era. O por lo menos no del todo.

Y si eso resultaba ser cierto... ¿tenía ella algún derecho de desaprobar su matrimonio con Natalie?

Durante los dos días siguientes, Hannah buscó la oportunidad de devolverle a Rafe Bowman el soldadito de plomo, pero con la mansión abarrotada de invitados y la Navidad tan cerca, los momentos de privacidad escaseaban. Parecía que el cortejo de Bowman a Natalie marchaba sobre ruedas: bailaron y pasearon juntos, y él se encargaba de pasar las páginas de las partituras cuando Natalie tocaba el piano. Hannah procuró pasar desapercibida, manteniéndose a distancia siempre que le era posible, y guardando silencio cada vez que se veía obligada a hacer de carabina de ellos

dos.

Parecía como si Bowman estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano para contenerse cuando estaba Hannah presente, no era que la ignorara, pero tampoco le prestaba atención. Su inicial interés por ella había desaparecido, lo cual, ciertamente, no era una sorpresa. Tenía la dorada belleza de Natalie junto a él, y también la certeza del poder y las riquezas que obtendría de su matrimonio con ella.

—Me gusta el señor Bowman —le había dicho Natalie a Hannah en privado, con los ojos azules brillantes de excitación—. Es muy inteligente y divertido, y baila divinamente, no creo haber conocido nunca a un hombre cuyos besos me hayan afectado tanto.

—¿Te ha besado el señor Bowman? —preguntó Hannah, luchando por mantener un tono normal.

—Sí. —Natalie había esbozado una sonrisa llena de picardía—. Prácticamente tuve que acorralarlo en una esquina de la terraza inferior, y él se rió y me besó bajo las estrellas. No tengo ninguna duda de que pronto me propondrá matrimonio. Me pregunto cuándo y cómo lo hará. Espero que sea de noche. Me encanta que me lo propongan a la luz de la luna.

Hannah ayudó a Natalie a ponerse un vestido de invierno de lana azul claro, con unas faldas plisadas con vuelo, y una capa con capucha de piel blanca. Los invitados irían a dar un paseo en trineo aquella tarde de diciembre, recorrerían la nieve recién caída hacia una hacienda en Winchester donde cenarían y celebrarían una fiesta de patinaje.

—Si el clima lo permite —exclamó Natalie—, regresaremos a casa en trineo bajo las estrellas. ¿Te imaginas algo más romántico, Hannah? ¿Estás segura de que no quieres venir?

—Segurísima. Quiero sentarme tranquila junto a la chimenea para leer la carta del señor Clark.

Le habían entregado la carta esa misma mañana, y Hannah estaba deseando leerla en privado. Además, lo último que quería era ver a Natalie y a Rafe Bowman acurrucados bajo una manta mientras daban el paseo en trineo.

—Me gustaría que vinieras con nosotros —continuó Natalie—. No sólo para que te divirtieras, sino para que me hicieras el favor de entretener a lord Travers. Parece que cada vez que estoy con el señor Bowman, Travers intenta entrometerse sin que nadie le invite. Es muy molesto.

—Siempre había pensado que te gustaba lord Travers.

—Y me gusta. Pero es tan reticente que me vuelve loca.

—Quizá si lo acorralaras en una esquina como hiciste con el señor Bowman...

—Eso ya lo he intentado. Pero Travers no hizo nada, dijo que sentía un profundo respeto por mí.

Ceñuda, Natalie había ido a reunirse con sus padres y el señor Bowman para el paseo en trineo.

Una vez que los trineos partieron, con los cascos de los caballos apisonando la nieve y el hielo, y las campanillas de las bridas tintineando, la mansión y los jardines quedaron sumidos en un bendito silencio. Hannah paseó por la mansión, recorriendo los pasillos vacíos mientras disfrutaba de la tranquilidad. Lo único que se oía eran las conversaciones amortiguadas y distantes de los sirvientes. Sin duda, también ellos se alegraban de que la multitud de invitados pasara el resto del día fuera.

Hannah se dirigió a la biblioteca que parecía muy acogedora ahora que estaba vacía; en el aire, flotaba la esencia ligeramente picante del tabaco y el cuero. El fuego de la chimenea iluminaba la habitación con su cálido resplandor.

Se sentó en un sillón junto a la chimenea, con un pie recogido bajo el cuerpo. Sacó la carta de Samuel Clark del bolsillo, rompió el sello, y esbozó una sonrisa ante la caligrafía familiar.

Era fácil imaginar a Clark escribiendo la misiva, con su rostro pensativo y tranquilo, el pelo rubio un poco desordenado mientras se inclinaba sobre el escritorio. Le preguntaba por su salud y la de los Blandford, y le deseaba unas felices fiestas. Después, procedía a describirle su reciente interés en la investigación de los factores hereditarios descrito por el biólogo francés Lamarck, y que coincidía con las propias teorías de Clark de que la información sensorial podía ser almacenada en el tejido cerebral, contribuyendo de esa manera a la futura adaptación de las especies. Como

siempre, Hannah sólo entendió la mitad de lo que decía... Él tendría que explicárselo más tarde de un modo en que ella pudiera comprenderlo más fácilmente.

Como ve —escribía—, necesito de su buena y sensata compañía. Si estuviera aquí, escuchando mis pensamientos mientras los explico, podría ordenarlos con más precisión. Y es sólo en ocasiones como ésta, durante su ausencia, que comprendo que nada está completo sin su presencia, mi querida señorita Appleton. Todo parece diferente.

Mi mayor esperanza es que cuando regrese, podamos tratar cuestiones más personales. Durante el curso de nuestro trabajo, usted ha llegado a conocer mi carácter y mi temperamento. Quizás a estas alturas, y a pesar de mis pocos encantos, haya logrado impresionarla. Tengo pocas cualidades, lo sé. Pero usted tiene tantas, querida, que sin duda expiará la falta de las mías. Espero con ilusión que pueda hacerme el honor de convertirse en mi socia, mi compañera, y mi esposa...

Había más, pero Hannah dobló la carta y clavó los ojos en el fuego con la mirada perdida.

La respuesta sería sí, por supuesto.

Esto es lo que querías, se dijo a sí misma. Una proposición decente de un hombre bueno y honrado. La vida sería interesante y satisfactoria y siendo la esposa de un hombre tan brillante como Clark, tendría la posibilidad de relacionarse con personas de los círculos más cultos.

¿Por qué, entonces, se sentía tan desgraciada?

—¿Por qué frunces el ceño?

Hannah se sobresaltó al oír una voz en la puerta. Agrandó los ojos al ver a Rafe Bowman de pie en el umbral con aquella postura desenfadada que solía adoptar: una pierna ligeramente doblada y el hombro apoyado contra el marco de la puerta. Su apariencia era totalmente perturbadora, con el chaleco desabrochado, la camisa abierta en el cuello, y sin corbata a la vista. De alguna manera, aquel desarreglo sólo le hacía más atractivo, enfatizando aquella vitalidad tan masculina y relajada que ella encontraba tan inquietante.

—Por... ¿Por qué va a medio vestir? —logró preguntar Hannah.

Él se encogió de hombros con despreocupación.

—No hay nadie en la mansión.

—Estoy yo.

—¿Por qué no has ido al paseo en trineo?

—Quería disfrutar de un poco de paz y tranquilidad. ¿Por qué no ha ido usted? Natalie se sentirá decepcionada... Esperaba...

—Sí, lo sé —dijo Bowman sin una pizca de remordimiento—. Pero estoy harto de ser observado como un insecto bajo la lente de un microscopio. Y además, tenía que hablar de negocios con mi cuñado, que también se ha quedado en la mansión.

—¿El señor Swift?

—Sí. Hablamos de los contratos con una compañía británica de productos químicos que suministran ácido sulfúrico y sosa. Y luego del fascinante mundo de la producción del aceite de palma. —Entró en la biblioteca con las manos metidas de manera despreocupada en los bolsillos—. Convenimos en que finalmente necesitaremos cultivar nuestra propia plantación de palmeras de coco. —Arqueó las cejas—. ¿Te gustaría venir conmigo al Congo?

Ella miró directamente a aquellos ojos chispeantes.

—No iría con usted ni de aquí a la esquina, señor Bowman.

Él se rió entre dientes, deslizando la mirada por su cuerpo cuando ella se puso en pie.

—No has contestado a mi primera pregunta. ¿Por qué tenías el ceño fruncido?

—Oh, por nada. —Hannah hurgó nerviosamente en el bolsillo de las faldas—. Señor Bowman, llevo unos días intentando devolverle esto. —Sacó el pequeño soldadito de plomo y se lo ofreció con la mano extendida hacia él—. Debería aceptarlo. Creo —Hannah vaciló— que han pasado por muchas batallas juntos los dos. —No pudo evitar mirarle la garganta, donde la piel parecía suave y dorada. Un poco más abajo había una sombra de vello donde se abría el cuello de la camisa. Un extraño y ardiente cosquilleo le atravesó el vientre. Forzándose a levantar la vista, miró fijamente a aquellos ojos tan brillantes y oscuros como las especias exóticas.

—Si lo acepto —preguntó él—, ¿seguiría debiéndote una prenda?

Ella intentó sonreír, pero fue incapaz.

—No estoy segura. Tendré que considerarlo detenidamente.

Bowman extendió el brazo, pero en lugar de tomar el soldadito, cerró la mano sobre la de ella, atrapando el frío metal entre las palmas de sus manos.

Luego movió el pulgar, rozándole suavemente la unión entre la palma y la muñeca. La caricia dejó a Hannah sin aliento. Luego, Rafe subió los dedos y los cerró en torno a la muñeca femenina, atrayéndola hacia él. Hannah inclinó la cabeza cuando él bajó la mirada hacia la carta que ella todavía sostenía entre los dedos.

—¿Qué es eso? —le preguntó él suavemente—. ¿Es esto lo que te preocupaba? ¿Algún problema en casa?

Hannah meneó la cabeza con brusquedad y forzó una sonrisa.

—Oh, no estoy preocupada. He recibido muy buenas noticias. ¡So-soy muy feliz!

Rafe le dirigió una mirada sardónica.

—Ya veo.

—El señor Clark quiere casarse conmigo —farfulló ella. Por alguna razón inexplicable, admitir aquello en voz alta provocó que la recorriera un escalofrío de pánico.

Rafe entrecerró los ojos.

—¿Clark te ha propuesto matrimonio por carta? ¿No podía haberse molestado en venir aquí y pedírtelo en persona?

Aunque era una pregunta muy razonable, Hannah se puso a la defensiva.

—Me parece muy romántico. Es una carta de amor.

—¿Puedo verla?

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Qué le hace pensar que le mostraría algo tan personal, o...? —Hannah soltó un sonido de protesta cuando él le arrebató la carta de sus dedos temblorosos, pero no intentó recuperarla.

Bowman mantuvo el rostro inexpresivo mientras leía las líneas tan pulcramente escritas.

—Esto no es una carta de amor —masculló él, tirándola con desdén al suelo—, es un maldito informe científico.

—¿Cómo se atreve! —Hannah se inclinó para recoger la carta, pero él no se lo permitió. El soldadito de plomo cayó al suelo, rebotando sobre la mullida alfombra cuando Rafe la agarró por los codos.

—No estarás considerando en serio esa fría y patética propuesta de matrimonio, ¿verdad?

—Por supuesto que sí. —La ira de Hannah estalló sin previo aviso, avivada por algún profundo y traidor anhelo—. El señor Clark es todo lo que usted no es: es honrado, amable y caballeroso...

—No la ama. Y no lo hará nunca.

Eso dolía. De hecho, dolía cada vez más y más, hasta que Hannah apenas pudo respirar. Se retorció llena de ira para librarse de su agarre.

—Cree eso porque soy pobre y vulgar, cree que alguien como el señor Clark no puede amarme. Pero está equivocado. Él ve más allá...

—¿Vulgar? ¿Estás tomándome el pelo? Eres la chica más deliciosa que he conocido nunca, y si fuera Clark, habría hecho muchísimo más que acariciarte la cabeza, hubiera...

—¡No se burle de mí!

—Te hubiera seducido más de una docena de veces. —Rafe pisó la carta a propósito—. No me mientas, ni te mientas a ti misma. No eres feliz. No le quieres. Vas a conformarte con esto porque no quieres arriesgarte a quedarte para vestir santos.

—¡Hipócrita! Ésa es una acusación digna de usted.

—Yo no soy hipócrita. He sido honesto con todo el mundo, incluyendo a Natalie. No he fingido estar enamorado de ella. No finjo que la deseo de la manera en que te deseo a ti.

Hannah se quedó paralizada, mirándolo fijamente a los ojos con mudo asombro. Eso que él acababa de admitir...

Se dio cuenta de que estaba respirando demasiado deprisa, igual que él. Hannah cerró los dedos sobre las mangas de Rafe, contra los duros músculos de sus antebrazos. No estaba segura de si lo agarraba para atraerlo hacia ella o para alejarlo.

—Dime que estás enamorada de él —dijo Rafe.

Hannah no podía articular palabra.

Él siguió insistiendo.

—Entonces dime que lo deseas. Es lo mínimo que deberías sentir por él.

Hannah se estremeció de los pies a la cabeza. Respiró lo más hondo posible y profirió una vaga respuesta.

—No sé.

La expresión de Rafe cambió, una extraña media sonrisa asomó a sus

labios, y sus ojos se volvieron cálidos y hambrientos.

—¿No sabes cómo decir si deseas a un hombre, cariño? Yo puedo ayudarte.

—No necesito —dijo Hannah con aspereza— esa clase de ayuda.

Hannah se puso rígida cuando él la acercó más a su cuerpo, deslizando sus grandes manos desde sus codos hasta sus axilas. El corazón de Hannah se había desbocado, y el calor palpitaba en cada parte de su cuerpo.

Él se inclinó para besarla. Ella se retorció, intentando escabullirse sin demasiado esfuerzo, provocando que la boca de Rafe cayera sobre su mejilla en lugar de sus labios. A él no pareció importarle. Parecía satisfecho de poder besar cualquier parte de Hannah que quedara a su alcance, las mejillas, la barbilla, la mandíbula, el lóbulo de la oreja. Hannah se quedó inmóvil, jadeando mientras los besos llovían sobre su rostro ardiente. Cerró los ojos cuando sintió que los labios masculinos capturaban por fin los suyos. Se los rozó con suavidad, una y otra vez, hasta que, finalmente, cubrió su boca con la suya, con seguridad y firmeza.

La saboreó con la lengua, indagando lentamente, y la voluptuosa sensación bloqueó cualquier atisbo de pensamiento o raciocinio. Rafe la rodeó con un brazo, y ladeó la cabeza, besándola casi con desesperación. Alzó la mano libre hasta la cara de Hannah, ahuecándosela e inclinándola en el ángulo adecuado. Retirándose lo justo para jugar con ella, para depositar ardientes y suaves besos en sus labios, incitándola a que los abriera por completo para lamer la dulce calidez de su boca.

El estremecimiento de placer que recorrió el cuerpo de Hannah se hizo más fuerte e insidioso y ésta sintió que se derretía como azúcar caliente. Él intentó tranquilizarla, pero el cuerpo femenino había comenzado a palpar bajo la ropa, debajo de los encajes y costuras, que ahora parecían oprimirla y sumirla en una enloquecedora estrechez. Hannah se retorció, molesta por aquellas restricciones artificiales. Rafe pareció comprenderlo. Apartó los labios de los de ella, y su cálido aliento acarició la curva de la oreja femenina mientras llevaba los dedos al corpiño. Hannah oyó su propio gemido de alivio al notar que le desabrochaba el cuello, y los susurros tranquilizadores de Rafe con los que le decía que él cuidaría de ella, que jamás le haría daño, que ella debía relajarse y confiar en él, que se dejara llevar... Y durante todo ese

tiempo, él movió la mano con atrevimiento por la pechera del vestido, tirando de los botones y abriéndolos.

Volvió a besarla de nuevo, una cálida y aterciopelada caricia que provocó que las rodillas de Hannah cedieran por completo. Pero no tuvo que preocuparse por el repentino desmoronamiento, pues él la sostuvo con firmeza mientras la hacía bajar al suelo alfombrado. Hannah se encontró tumbada en medio de la alfombra con el cuerpo de Rafe cerniéndose sobre el suyo mientras se arrodillaba en medio de los voluminosos pliegues del vestido. Las ropas de Hannah se encontraban desconcertantemente desordenadas, con los botones abiertos y las faldas subidas. Ella hizo un vago intento de recuperar un poco de dignidad, de cubrirse, pero él la besaba tan apasionadamente que le impedía pensar de manera coherente. Rafe la acomodó suavemente bajo su cuerpo, colocándole el brazo bajo la nuca. Ella se relajó impotente cuando su maliciosa boca se apoderó de la suya repetidas veces, deleitándose en su sabor.

—Tienes la piel muy dulce... —susurró él, besándole la garganta y abriéndole el corpiño—. Déjame verte, Hannah, cariño... —Tiró de la parte superior de la camisola, exponiendo un pecho pálido que había estado comprimido, lleno y erguido, por el corsé. Fue entonces cuando Hannah comprendió que estaba echada en el suelo con él, y que Rafe estaba desnudando partes de su cuerpo que ningún hombre había visto jamás.

—Detente... No puedes... No puedo.

Pero la protesta de Hannah fue silenciada cuando él se inclinó sobre la curva plena del seno femenino y cerró los labios sobre el pezón arrugado por el frío. De la garganta de Hannah emergió un ronco gemido cuando él pasó la lengua por allí como ásperas y aterciopeladas pinceladas.

—Rafe —gimió ella, pronunciando su nombre de pila por primera vez, y él dejó escapar un jadeo tembloroso, ahuecando ambos pechos.

—Esto es lo que quise hacerte la primera vez que te vi —dijo él con voz profunda y áspera—. Estabas allí sentada, con aquella pequeña taza de té en la mano, y yo no podía dejar de preguntarme cómo sabrías aquí... y aquí...

—Succionó primero un pecho y luego el otro mientras deslizaba las manos por el cuerpo que Hannah no dejaba de retorcer.

—Rafe —dijo sin aliento—, por favor, no puedo...

—Aquí no hay nadie —murmuró él contra la piel ardiente de Hannah—. Nadie lo sabrá. Hannah, mi dulce amor... Déjame tocarte. Déjame demostrarte cuán intenso es el deseo que siento por ti...

Y se mantuvo en vilo esperando la respuesta de Hannah, jadeando contra la temblorosa piel femenina y cubriéndole un pecho con su mano caliente. Ella parecía incapaz de estarse quieta, doblaba las rodillas y arqueaba las caderas en respuesta a un palpito profundo y exigente. Estaba envuelta en una nube de dulzura, vergüenza y necesidad. Rafe jamás sería suyo, eso lo sabía. Él le estaba prohibido. Sus vidas seguían caminos diferentes. Quizás ésa fuera la única razón de aquella temeraria atracción.

Antes de saber realmente lo que estaba haciendo, Hannah estiró los brazos para cogerle la cabeza y bajarla hasta la suya. Él respondió de inmediato, capturando su boca con un beso profundo y embriagador. Deslizó las manos bajo la ropa de Hannah, encontrando la pálida y suave piel femenina y acariciándola de maneras que la hicieron temblar. Hannah soltó un grito ahogado cuando sintió que él le desataba las cintas de los calzones. Rafe le tocó el estómago tenso, rodeándole el ombligo con la yema de un dedo. Luego deslizó la mano sobre los suaves rizos de Hannah, ahuecándole el sexo y, muy suavemente, le separó los muslos. Ella se sintió acariciada, mimada, ligeramente expuesta a las hábiles caricias de Rafe como si él estuviera dibujando figuras sobre una ventana escarchada. Pero la superficie que había bajo la yema de los dedos de Rafe no era un cristal helado, sino piel suave y cálida, que se enrojecía y ardía bajo las desesperadas sensaciones.

Hannah tuvo un destello borroso de la oscura cara que se cernía sobre la de ella, de la expresión llena de lujuria. Él la acarició, observando cómo se retorció inquieta, sometida al mismo estado febril de él. Hannah se aferró a él, arqueando las caderas y abriendo los labios en una muda súplica. Él introdujo uno de sus dedos en ella, rozando sólo la entrada de su cuerpo, y Hannah se estremeció por la impresión.

Él siguió tocándola, dibujando círculos con la mojada punta de su dedo en torno al brote dolorido que coronaba su sexo. Rafe le separó más las piernas mientras le besaba las cimas de los pechos. Su aliento ardió contra la piel de Hannah.

—Hannah, si quisiera tomarte ahora, ¿me lo permitirías? ¿Me dejarías penetrar en tu cuerpo, llenándote...? Si te pidiera que me dejaras penetrar en tu cuerpo y aliviarte... ¿qué me dirías, cariño? —Él comenzó a friccionarla suave y atormentadoramente—. Dímelo —murmuró—, dímelo...

—Sí. —Hannah se aferró a él ciegamente, con el aliento entrecortado y casi sollozante—. Sí.

Rafe sonrió, mirándola con ojos penetrantes y ardientes.

—Entonces, aquí tienes tu premio, cariño.

Rafe siguió acariciándola con un ritmo diestro y ágil, cubriendo la boca de Hannah con la suya para amortiguar sus gritos. Sabía exactamente lo que hacía, sus dedos se movían con seguridad y malicia. Hannah creyó que podría morirse ante la aniquiladora sensación que la invadía. Se contuvo y tensó al mismo tiempo cuando el placer comenzó a recorrerla, a atravesarla, con una fuerza cada vez más intensa hasta que, indefensa, estalló en un millón de pedazos.

Lentamente, Rafe la apaciguó, besándola y acariciando el cuerpo crispado de Hannah. De nuevo, deslizó el dedo en su resbaladizo interior, esta vez con mayor facilidad. La sensación de los íntimos músculos de Hannah apresándole parecía provocarle dolor. Ella arqueó instintivamente las caderas para tomarle, y él gimió y sacó el dedo, dejando que los pliegues hinchados se aferraran al vacío.

Rafe tenía el rostro endurecido y empañado de sudor cuando apartó las manos de Hannah. Se la quedó mirando con evidente deseo, los ojos entrecerrados y el pecho subiendo y bajando. Le temblaban las manos cuando dirigió los dedos hacia los corchetes del corsé, a los botones del vestido, a la desordenada ropa interior. Pero cuando rozó los nudillos contra la piel cálida de Hannah, apartó las manos bruscamente y se puso en pie.

—No puedo —dijo con voz ronca.

—¿No puedes qué? —susurró ella.

—No puedo ayudarte a recomponer la ropa. —Tomó aire temblorosamente—. Si vuelvo a tocarte... no me detendré hasta que te desnude por completo.

Clavando en él una mirada aturdida, Hannah comprendió que aquella liberación, que aquel alivio, había sido totalmente unilateral. Rafe estaba muy

excitado y casi había alcanzado el límite de su autocontrol. Ella se subió la camisola sobre los pechos desnudos.

Rafe negó con la cabeza, con los ojos todavía fijos en ella. Su boca esbozaba una mueca torcida.

—Si quieres que Clark te haga lo que yo acabo de hacerte —dijo él—, entonces sigue adelante y cástate con él.

Y salió rápidamente de la biblioteca, como si permanecer allí un minuto más pudiera traer consecuencias desastrosas para los dos.

11

En opinión de Evie, el paseo en trineo había sido divertido pero demasiado largo. Estaba cansada, todavía resonaban en sus oídos las notas de los villancicos. Evie se había reído y había disfrutado con el grupo, pero no se había separado de Daisy, cuyo marido se había quedado en la mansión para tratar un asunto de negocios con Rafe Bowman.

—Oh, no me importa en absoluto —le había dicho Daisy con despreocupación, cuando Evie le había preguntado si estaba decepcionada de que Swift no los hubiera acompañado—. Prefiero que Matthew resuelva los asuntos de negocios primero, así luego estará libre para dedicarme toda su atención.

—¿No t-trabaja demasiadas horas? —le había preguntado Evie con un deje de preocupación; sabía que la empresa de los Bowman en Bristol era un proyecto enorme que implicaba grandes responsabilidades.

—Sólo algunos días —había contestado Daisy con ligereza—. Pero otras veces se queda en casa y pasamos todo el día juntos. —Una amplia sonrisa había cruzado por su rostro—. Me encanta estar casada con él, Evie. Aunque todo me parece muy nuevo todavía... Algunas veces, me sorprende despertarme y encontrar a Matthew a mi lado. —Se había acercado a ella y había murmurado—: Te contaré un secreto, Evie. Un día me quejé de que había leído todos los libros de la biblioteca, y de que no había nada nuevo en la librería, y Matthew me desafió para que escribiera mi propio libro. Así que he comenzado uno. Ya tengo cien páginas escritas.

Evie se había reído con deleite.

—Daisy —le había respondido también en un susurro—, ¿quieres ser una novelista famosa?

Daisy se encogió de hombros.

—No me importa si me publican el libro o no. Me estoy divirtiendo mucho escribiéndolo.

—¿Es una historia respetable o picante?

Los ojos castaños de Daisy brillaron con travesura.

—Evie, ¿qué clase de pregunta es ésta? Por supuesto que es picante.

Ahora, de vuelta a la tranquilidad de su habitación en Stony Cross Manor, Evie se estaba bañando en una pequeña bañera portátil colocada cerca de la chimenea, suspirando de alivio al sentir el agua caliente contra sus extremidades tensas y doloridas. Los paseos en trineo, reflexionó para sus adentros, eran una de esas actividades que siempre parecían mejor en la teoría que en la práctica. Los asientos de los trineos eran duros y estaban llenos de bultos. Además, tuvo todo el rato los pies helados.

Oyó un ligero golpe en la puerta, y el sonido de alguien entrando en la habitación. Ya que estaba oculta de la vista por un biombo de tela, Evie se incorporó y se asomó por el marco de madera del biombo.

Una doncella sujetaba un enorme cubo metálico con agua caliente y telas envueltas en las asas.

—¿Necesita más agua caliente, *milady*? —preguntó.

—S-sí, por favor.

La doncella vertió con cuidado el agua vaporosa sobre los pies de Evie, y ésta se hundió más profundamente en la bañera.

—Oh, gracias.

—¿Desea que regrese con un calentador de cama para quitar el frío de las sábanas, *milady*? —Se refería a una sartén con un mango largo y lleno de ascuas que se pasaba por el interior de la cama para calentarla.

Evie asintió con la cabeza.

La doncella se fue, y Evie permaneció dentro de la bañera hasta que el calor comenzó a disiparse. A regañadientes salió de la bañera y comenzó a secarse. Pensar en dormir sola de nuevo, la llenaba de melancolía. Procuraba no pensar en St. Vincent, pero todas las mañanas se despertaba buscándolo, estirando el brazo hacia el hueco vacío y frío que tenía al lado.

St. Vincent era diferente a Evie en todo... Elegante, locuaz, sereno y dueño de sí mismo... y tan pícaro que hubo un tiempo en que todo el mundo había pensado que sería el peor marido del mundo.

Pero nadie sabía mejor que Evie lo tierno y delicado que era en privado. Por supuesto, amigos suyos como Westcliff y el señor Hunt eran conscientes de que St. Vincent había abandonado sus costumbres disolutas, y que estaba haciendo un extraordinario trabajo dirigiendo el club de juego que ella había heredado de su padre, reconstruyendo un imperio tambaleante y asumiendo las responsabilidades con suma facilidad.

Sin embargo, seguía siendo un sinvergüenza, pensó Evie con una amplia sonrisa.

De pie al lado de la bañera, Evie terminó de secarse y se puso una bata de terciopelo con una larga hilera de botones en la parte delantera. Oyó que la puerta volvía a abrirse.

—¿Viene a c-calentar la cama? —preguntó.

Pero la voz que respondió no fue la de la doncella.

—De hecho... sí.

Evie se quedó inmóvil ante el sonido de aquel profundo y sedoso murmullo.

—Me crucé con la doncella en las escaleras y le dije que esta noche no era necesario que te calentara la cama —continuó él—. Si hay algo que hago bien —le dijo—, es calentar la cama de mi esposa.

A esas alturas, Evie manoteaba a ciegas, apartando a un lado el biombo y casi haciéndolo volcar.

St. Vincent la alcanzó en unas pocas zancadas, envolviéndola entre sus brazos.

—Tranquila, cariño. No hay prisa. Créeme, no pienso irme a ningún lado.

Permanecieron así durante un rato, en silencio, respirando hondo y abrazándose con fuerza.

Finalmente, St. Vincent inclinó la cabeza de Evie hacia atrás y clavó la mirada en su rostro. Él tenía el pelo leonado, y sus ojos azul claro brillaban como gemas en aquel rostro de ángel caído. Era un hombre alto y delgado, siempre vestía de una manera exquisita y elegante. Pero Evie se percató de que no había estado durmiendo bien. Tenía leves ojeras bajo los ojos y signos

de cansancio en su rostro. Sin embargo, aquellos toques de vulnerabilidad servían para hacerlo más guapo si cabe, suavizando lo que de otra manera podría haber sido una fría belleza divina.

—Tu padre —comenzó ella, mirándolo llena de preocupación—. Está...

St. Vincent dirigió una mirada exasperada al cielo.

—Está bien. Los médicos no han encontrado nada malo en él, nada que no sea provocado por el buen vino y las comilonas. Cuando me fui, seguía mirando con lascivia a las criadas y pellizcándolas, mientras daba la bienvenida a todos esos amigos que viven a su costa durante las Navidades.

—St. Vincent deslizó las manos ligeramente sobre la espalda cubierta de terciopelo. Y continuó con voz más suave—: ¿Has sido una buena chica durante mi ausencia?

—Sí, por supuesto —dijo ella con la respiración entrecortada.

St. Vincent le dirigió una mirada de reproche y la besó con una ternura seductora que disparó el pulso de Evie.

—Vamos a tener que remediarlo de inmediato. Me niego a tolerar un comportamiento correcto en mi esposa.

Ella le acarició la cara, sonriendo cuando él la pellizcó con sus indagadores dedos.

—Te he echado de menos, Sebastian.

—¿De verdad, cariño? —Le desabrochó los botones de la bata y sus ojos brillaron con picardía cuando la piel femenina quedó al descubierto—. ¿Qué es lo que más has echado de menos?

—Tu ingenio —dijo ella, y sonrió ante su expresión.

—Tenía mis esperanzas puestas en una respuesta mucho más depravada.

—Tu ingenio ya es depravado —dijo ella con seriedad.

Él soltó una risa ronca.

—Cierto.

Ella contuvo el aliento cuando la experimentada mano de su marido se coló dentro de la bata.

—¿Qué parte de mí has e-echado más de menos?

—Todo. Desde los pies a la cabeza. Añoré cada peca. El sabor de tu piel... La sensación de tu pelo entre mis dedos... Evie, mi amor, es una vergüenza que llesves tanta ropa puesta.

La tomó en brazos y la llevó a la cama. La bata de terciopelo fue arrojada a un lado y reemplazada por la luz del fuego y las acariciantes manos masculinas. Él besó la creciente curva de su vientre, fascinado por los cambios producidos en su cuerpo fértil. Y luego besó cada centímetro de su piel, entrando en ella con una provocativa firmeza. Evie se sobresaltó un poco al sentirlo tan duro y profundo en su interior.

Deteniéndose, St. Vincent le dirigió una sonrisa con el rostro lleno de deseo.

—Mi dulce y pequeña esposa —susurró—. ¿Qué voy a hacer contigo? Me voy sólo unos días... y ya has olvidado cómo acogerme en tu interior. — Evie negó con la cabeza, esforzándose por acogerle, y su marido se rió suavemente—. Déjame ayudarte, cariño... —Y excitó su cuerpo con una cuidadosa y pícara minuciosidad hasta que entró en ella por completo y la llevó, entre suspiros y temblores, a un intenso éxtasis.

Luego, mientras Evie seguía tumbada en la cama, tratando de recobrar el aliento, St. Vincent abandonó la cama y regresó con una caja de piel. La colocó sobre una mesita cercana.

—He traído las joyas de la familia —dijo St. Vincent.

—Lo sé —dijo ella con languidez, y él se rió al seguir la dirección de su mirada.

—No, cariño. Las otras joyas familiares. Deben ser usadas por la futura duquesa de Kingston. Pero le he dicho a mi padre que te las daré ahora, ya que él, obviamente, vivirá una condenada eternidad.

Evie agrandó los ojos.

—Gracias, Sebastián. Pero yo... no necesito joyas...

—Sí que las necesitas. Déjame ver cómo te quedan. —Cogió unos collares de perlas de valor incalculable, collares de brillantes con las pulseras y los pendientes a juego y cualquier otra joya imaginable. Para bochorno de Evie, que se reía nerviosamente, él se sentó a su lado y comenzó a ponérselas, abrochando una pulsera de zafiros en su tobillo, y deslizando un diamante en su ombligo.

—Sebastián... —protestó ella, mientras él se dedicaba a cubrir el cuerpo desnudo de su esposa con suficiente oro y piedras preciosas como para comprar un pequeño país.

—Estate quieta. —La boca de Sebastián se deslizó entre las hebras de perlas, deteniéndose aquí y allá para lamer y mordisquear suavemente su piel —. Estoy cubriéndote de adornos de Navidad.

Evie sonrió y se estremeció.

—No deberías decorarme a mí.

—No menosprecies mi espíritu navideño, querida. Ahora, deja que te enseñe algo muy interesante sobre esas perlas...

Y poco después, las protestas de Evie se desvanecieron entre gemidos de placer.

12

—¡Hannah! —Natalie estaba en la cama, bebiendo un té mañanero. Una doncella estaba revolviendo las brasas de la chimenea, riéndose tontamente como si Natalie y ella hubieran compartido un chiste privado.

Después de un largo paseo matutino, Hannah entró en la habitación y le dirigió a su prima una sonrisa cariñosa.

—Buenos días, querida. ¿Por fin te has despertado?

—Sí, estuve levantada hasta muy tarde. —Un pequeño grupo de invitados, entre ellos Natalie, habían pasado la noche entreteniéndose con algunos juegos de salón. Hannah ni siquiera había preguntado, no había querido saber si Rafe (bueno, así era como pensaba ahora en el señor Bowman) había estado con ellos.

Habían pasado algunos días desde su increíble encuentro en la biblioteca, y Hannah había evitado a Rafe tanto como era posible, procurando no hablarle si no era necesario. Había paseado sola por los jardines, reflexionando sobre lo sucedido, incapaz de comprender por qué Rafe se había involucrado en un acto tan íntimo con ella, por qué ella se lo había permitido, y cuáles eran sus sentimientos hacia él.

Aunque Hannah sabía poco del deseo físico, tenía entendido que algunas personas lo sentían con más fuerza que otras. No sabía si Rafe sentía el mismo deseo hacia Natalie, pero sí sabía que sería muy desgraciada si descubría que así era. Pero Hannah estaba segura de que él no había hecho ese tipo de avances con Natalie, o al menos no todavía; Natalie se lo habría contado con pelos y señales.

Además de eso, Hannah había comprendido que nada de aquello tenía importancia, pues en un hombre en la posición de Rafe, sentimientos como el deseo o el cariño no influían en el devenir de su vida. Cuando se casara con Natalie, dejaría de ser la oveja negra de la familia. De un plumazo complacería a su padre, aseguraría su posición en la familia y obtendría una enorme fortuna.

Si escogía a otra joven, lo perdería todo.

Una mujer que de verdad lo quisiera no le pediría que hiciera tal elección.

Aquella tarde maldita, cuando Hannah se había levantado del suelo de la biblioteca y recompuesto cuidadosamente su ropa, había admitido que estaba enamorada de él, y que cuanto más lo conocía, más profundos se volvían esos sentimientos. Había recuperado el pequeño soldadito de plomo, y ahora lo llevaba en el bolsillo, un objeto pequeño y privado. Ahora era su amuleto... Nunca volvería a ofrecerlo a Rafe otra vez. En el futuro, podría sostenerlo en su mano y recordar a aquel americano guapo y granuja, y la atracción que había explotado en una pasión que ella jamás olvidaría.

«Ahora eres una mujer con pasado», pensó Hannah, entre apenada y divertida.

En lo que se refería a Samuel Clark y a su propuesta... Rafe había estado en lo cierto. No lo amaba. No sería justo para Clark que ella se casara con él y que siempre lo estuviera comparando con otro hombre. Por tanto, Hannah había decidido escribirle pronto y rechazar su propuesta de matrimonio, por muy tentada que se sintiera de aceptar la seguridad que eso implicaba.

La voz alegre de Natalie la sacó de sus pensamientos.

—¡Hannah! Hannah, ¿me estás escuchando? Tengo algo delicioso que contarte... Hace unos minutos, Polly me trajo una nota asombrosa... — Natalie agitó un pedazo de papel quemado y medio arrugado delante de ella —. Te sonrojarás cuando la leas. Vas a desmayarte.

—¿Qué es eso? —preguntó Hannah, acercándose lentamente a la cama.

La joven doncella de pelo oscuro, Polly, respondió con timidez.

—Bueno, señorita, una parte de mis tareas consiste en limpiar los hogares de las chimeneas de la casa para solteros que hay detrás de la mansión.

—Es ahí donde duerme el señor Bowman —apuntó Natalie.

—... y después de que el señor Bowman saliera esta mañana, me acerqué

a la chimenea de su habitación, y mientras retiraba las cenizas del hogar, vi una nota escrita entre ellas. Así que la recogí, y al ver que era una carta de amor, supe que era para *lady* Natalie.

—¿Por qué pensaste eso? —preguntó Hannah, molesta porque la privacidad de Rafe hubiera sido vulnerada de esa manera.

—Porque me está cortejando —dijo Natalie, poniendo los ojos en blanco—, y todo el mundo lo sabe.

Hannah le dirigió a la doncella una mirada severa, y la excitación de la joven perdió intensidad al enfrentarse a su mudo reproche.

—No deberías fisgonear en las cosas de los invitados, Polly —le dijo con suavidad.

—Pero estaba entre las cenizas de la chimenea, medio quemada —protestó la doncella, sonrojándose—. Él no la quería. Y al ver las palabras pensé que tal vez podía ser importante.

—¿Y no pensaste que quizá no lo era si estaba tirada en la chimenea?

—¿Estoy metida en un lío? —susurró Polly, dirigiéndole a Natalie una mirada suplicante.

—No, claro que no —dijo Natalie con impaciencia—. Venga, Hannah, no seas quejica. Estás ignorando lo más importante de todo esto, y es que el señor Bowman me ha escrito una carta de amor. Y bueno..., jamás había recibido una así antes. Ciertamente es peculiar y muy escandalosa... —Se interrumpió con una risa ahogada cuando Hannah se la arrebató de las manos.

La carta había sido estrujada y arrojada a la chimenea, razón por la cual tenía los bordes quemados, así que el encabezado y la firma habían desaparecido. Pero quedaban suficientes palabras escritas con tinta negra para saber que aquélla, ciertamente, había sido una carta de amor. Y cuando comenzó a leer aquel papel chamuscado y medio destruido, Hannah se vio forzada a darse la vuelta para ocultar el temblor de sus manos.

... debo advertirte que si bien ésta no será una carta de amor muy elocuente, será sincera, sobre todo porque sé que nunca caerá en tus manos. Ha llegado el momento de expresar estas palabras que me oprimen el pecho hasta tal extremo que me sorprende que mi corazón siga latiendo bajo este peso.

Te amo. Te amo desesperada, intensa, y apasionadamente. Te deseo de tantas maneras que seguro te sobrecogerías. Mi amor, no perteneces a un hombre como yo. En el pasado he hecho cosas que no aprobarías, y de las que no me arrepiento.

He llevado una vida de pecados y excesos. Nunca he controlado mis impulsos amorosos, de hecho, son cada vez peores.

Quiero besar cada centímetro de tu piel, hacer que te sonrojes y que pierdas la consciencia, darte placer hasta que grites, hasta que llores, y secar cada lágrima con mis labios. Si supieras cuánto deseo degustar tu sabor... Quiero recorrerte con mis manos y devorarte con mis labios. Beber el dulce vino y la miel de tu cuerpo.

Te quiero sobre tu espalda, bajo mi cuerpo.

Lo siento. Sé que mereces más respeto que eso. Pero no puedo dejar de pensar en ello. Quiero que me rodees con los brazos y las piernas. Y que me ofrezcas tus labios para recibir mis besos. Te necesito tanto. Pasar toda las noches entre tus muslos no sería suficiente.

Quiero hablar contigo a todas horas. Recuerdo cada una de las palabras que me has dicho.

Si pudiera visitarte como un extranjero visita un país extraño, aprendería tu lenguaje, recorrería cada íntimo rincón de tu cuerpo, y me quedaría allí para siempre. Como un ciudadano devoto.

Dirás que es demasiado pronto para sentir esto. Te preguntarás cómo puede ser cierto. Pero algunas cosas no se pueden medir con el tiempo. Pregúntamelo dentro de una hora. Pregúntamelo dentro de un mes. De un año. De diez. Durante toda mi vida. Mi amor sobrevivirá a cualquier calendario, sobrevivirá al tiempo, a los tañidos del reloj. Si tú...

Y ahí se interrumpía la carta.

Consciente del silencio que llenaba la estancia, Hannah intentó normalizar su respiración.

—¿Esto es todo? —preguntó en tono controlado.

—Sabía que te ruborizarías —dijo Natalie con aire triunfal.

—El resto se había convertido en cenizas, señorita —replicó Polly, mucho más cauta.

—¿Se la has enseñado a alguien más? —preguntó Hannah bruscamente, preocupada por la reputación de Rafe. Aquellas palabras no habían sido escritas para que alguien las leyera—. ¿Quizás a algún sirviente?

—No, señorita —dijo la chica con el labio inferior temblando.

—Oh, cielos, Hannah —exclamó Natalie—. No hay necesidad de hacer un mundo de esto. Pensé que la carta te divertiría, no que te pondría furiosa.

—No estoy furiosa. —Estaba desolada, excitada y angustiada. Y, sobre todo, confundida. Hannah compuso una mirada inexpresiva y continuó—: Pero por respeto al señor Bowman, no creo que debas enseñar esta carta a

otras personas sólo por divertirme. Si va a ser tu marido, Natalie, debes proteger su privacidad.

—¿Yo? ¿Protegerle? —preguntó Natalie a la defensiva—. Después de leer eso, creo que más bien, necesitaré que me protejan de él. —Sacudió la cabeza y se rió ante el silencio de Hannah—. Qué aguafiestas eres. Vete y quema lo que queda de ella, a ver si así mejora tu humor.

Algunos hombres, reflexionó Rafe con desazón, sólo querían que sus hijos llevaran la misma vida que ellos tenían.

Tras una larga y violenta discusión con su padre esa mañana, había quedado claro que Thomas no iba a dar su brazo a torcer de ninguna manera. Rafe debía adoptar la vida que su padre había planificado para él y convertirse, más o menos, en un fiel reflejo de Thomas Bowman. Cualquier otra cosa sería considerada por su padre un fracaso, como hijo y como hombre.

La discusión había comenzado cuando Thomas le había dicho a Rafe que esperaba que se declarara a *lady* Natalie en Nochebuena.

—Lord Blandford y yo queremos anunciar el compromiso de nuestros hijos en el baile de Nochebuena.

—¡Qué maravillosa idea! —había exclamado Rafe con sarcasmo—. Pero resulta que yo aún no he decidido si quiero o no casarme con ella.

El previsible rubor había aparecido en la cara de Thomas Bowman.

—Ha llegado el momento de que tomes una decisión. Tienes toda la información necesaria. Has pasado tiempo suficiente con ella para valorar todas sus cualidades. Es hija de un aristócrata. Ya sabes todo lo que percibirás cuando te cases. Rayos y centellas, ¿por qué demonios vacilas?

—No siento nada por ella.

—¡Tanto mejor! Eso conseguirá que sea un matrimonio estable. Ha llegado el momento de que ocupes tu lugar en el mundo como un hombre hecho y derecho, Rafe. —Thomas había hecho un visible esfuerzo por controlar su temperamento mientras intentaba hacerle entrar en razón—. El amor pasa. La belleza se desvanece. La vida no es un pícnic romántico en un prado.

—Dios mío, eso es tan inspirador.

—Jamás has hecho nada de lo que te he pedido. Ni siquiera lo has intentado. Siempre quise un hijo que siempre estuviera a mi lado, que me apoyara, que comprendiera la importancia de lo que estaba haciendo.

—Comprendo que quieres construir un imperio —había dicho Rafe en voz baja—. Y he tratado de encontrar un lugar para mí en tu gran esquema. Podría hacer muchísimo por la compañía y lo sabes. Lo que no comprendo es por qué te empeñas en ponerme a prueba antes.

—Quiero que demuestres tu compromiso hacia mí. Igual que lo hizo Matthew Swift. Él se casó con la mujer que elegí para él.

—Porque dio la casualidad de que estaba enamorado de ella —espetó Rafe.

—Y tú también te enamorarás de *lady* Natalie. Pero de todas formas, el amor no importa. Los hombres como nosotros se casan con mujeres que comprenden nuestras ambiciones, o que, al menos, no las entorpecen. ¿No ves el matrimonio tan largo y productivo que hemos tenido tu madre y yo?

—Lleváis treinta años casados —recordó Rafe—, y mamá y tú apenas soportáis estar juntos en la misma habitación. —Suspirando con frustración, Rafe se pasó la mano por el pelo. Deslizó la mirada por la cara rubicunda y obstinada de su padre, con su bigote erizado, y se preguntó por qué Thomas Bowman siempre se había empeñado en ejercer aquel implacable control sobre las personas que le rodeaban—. ¿Para qué sirve todo esto, papá? ¿Cuál ha sido tu recompensa después de haberte pasado tantos años construyendo un imperio? No disfrutas de tu familia. Tienes el mismo temperamento que un puercoespín... y eso en tus días buenos. No parece disfrutar de nada.

—Me encanta ser Thomas Bowman.

—Me alegro mucho. Pero no creo que a mí me guste.

Thomas se lo quedó mirando durante un buen rato. Sus rasgos se suavizaron, y, por una vez, se dirigió a él en un tono que podría considerarse paternal.

—Estoy tratando de ayudarte. No te pediría que hicieras algo que creyera que va contra tus intereses. Acerté con Swift y Daisy, ¿no es verdad?

—Por algún milagro divino, así es —masculló Rafe.

—Las cosas serán más fáciles para todos en cuanto comiences a hacer las

elecciones correctas. Debes construir una buena vida para ti, Rafe. Ocupar tu lugar. No hay nada malo en la hija de lord Blandford. Todo el mundo quiere este enlace. *Lady* Natalie ha dejado claro de todas las maneras posibles que es una mujer flexible. ¡Y tú me dijiste que te casarías mientras la chica fuera aceptable!

—Tienes razón. Al principio no tenía demasiada importancia con quién me casara. Pero ahora soy incapaz de elegir a una esposa con la misma consideración con la que compro un par de zapatos.

Thomas lo miró exasperado.

—¿Qué es lo que ha cambiado desde que llegaste a Inglaterra?

Rafe no contestó.

—¿Se trata de esa chica morena? —lo provocó su padre—. ¿La acompañante de *lady* Natalie?

Rafe le dirigió a su padre una mirada sorprendida.

—¿Por qué lo preguntas?

—Si no me equivoco has ido más de una vez a escucharla leer por la noche para un grupo de niños. Y, que yo sepa, a ti nunca te han importado los niños ni las historias de Navidad. —El espeso bigote se retorció en un gesto de desprecio—. Es una chica vulgar, Rafe.

—¿Y acaso no lo somos nosotros? Tu madre era lavandera en el río, y a saber quién diablos fue tu padre. Y eso es sólo por tu parte...

—¡Me he pasado toda la vida intentando elevar el estatus de esta familia! No utilices a esa chica para evitar tus responsabilidades. Puedes tener muchas como ella después de que te hayas casado con *lady* Natalie. Nadie te condenaría por ello, y mucho menos en Inglaterra. Sedúcela. Conviértela en tu amante. Incluso le compraré una casa si eso te complace.

—Gracias, puedo mantener a mis propias amantes. —Rafe le dirigió a su padre una mirada de profundo asco—. ¿Deseas tanto este matrimonio que estás dispuesto a financiar la caída de una chica inocente sólo por lograrlo?

—Todos perdemos la inocencia tarde o temprano. —Cuando Thomas vio la expresión de Rafe, sus ojos se volvieron helados—. Si frustras las expectativas de todo el mundo, si me avergüenzas de nuevo, te desheredaré. No te daré ninguna oportunidad más. Quedarás desheredado y repudiado. ¿Me oyes?

—Alto y claro —había dicho Rafe secamente.

13

... siempre se dijo de él que sabía mantener el espíritu de la Navidad como nadie. ¡Ojalá se pueda decir lo mismo de nosotros, de todos nosotros! Y así, como dijo Tiny Tim, ¡que Dios nos bendiga a todos, a cada uno de nosotros!

Hannah levantó la mirada cuando terminó de leer *Un Cuento de Navidad* y observó las caras arrobadas de los niños, sus ojos brillantes. Hubo un breve silencio, el placer compartido de una maravillosa historia se mezclaba con la pena de que hubiera terminado. Luego se pusieron de pie con las caras pegajosas por la leche y las migas de galletas, aplaudiendo con entusiasmo con sus pequeñas manitas.

Hannah tenía dos duendecillos en el regazo, y otro abrazado al cuello desde detrás del sillón. Hannah levantó la mirada cuando Rafe Bowman se acercó a ella. Su corazón latió desbocado, y supo que la falta de aliento no era debido a los pequeños bracitos que le rodeaban el cuello.

La mirada masculina se deslizó por las ropas desordenadas de Hannah y el peinado deshecho.

—Te felicito —murmuró él—. Me has hecho sentir el espíritu navideño. Y no sólo a mí, sino a todos los demás.

—Gracias —susurró ella, intentando no pensar en esas manos recorriéndole la piel, en esa boca...

—Tengo que hablar contigo.

Con cuidado, Hannah hizo bajar a los niños de su regazo y se liberó de los bracitos que le rodeaban el cuello. De pie frente a él, intentó en vano

recolocarse el vestido y alisarse las faldas. Respiró hondo, pero apenas le salía la voz por la falta de aliento.

—No... no creo que sea una buena idea.

La mirada de Rafe era ardiente y directa.

—No obstante, quiero hablar contigo.

Las palabras de la carta aparecieron de repente en la mente de Hannah:

«Quiero besar cada centímetro de tu piel...»

—Por favor, ahora no —susurró ella con la cara sonrojada y un nudo en la garganta.

Observando las obvias señales de desasosiego de Hannah, él se ablandó.

—¿Mañana?

«Te necesito tanto...»

—Sí —dijo ella con dificultad.

Comprendiendo cuánto la turbaba su presencia, Rafe se despidió de ella con una leve inclinación de cabeza, a la vez que apretaba los dientes. Parecía que había una docena de cosas que quisiera decir, palabras impacientes por abandonar sus labios, pero algo, ya fuera compasión o pena lo hizo contenerse.

—Mañana —repitió él quedamente, y la dejó.

Las niñeras y las cuidadoras llegaron a recoger a los niños, y Hannah salió al pasillo aturdida por el sufrimiento.

Nadie le había dicho nunca que el amor podía hacer que le doliera cada célula del cuerpo.

Ya se había convencido de que no podría asistir a la boda de Rafe y Natalie, ni a ningún otro de los acontecimientos de su vida: el nacimiento de sus hijos, las celebraciones y rituales, sería imposible que ella pudiera soportarlos. Se moriría de celos, desesperación y resentimiento antes de desintegrarse. Lo mejor para una mujer en su situación sería conocer algún día a otro hombre, y olvidarse por completo de Rafe Bowman. Pero no quería a otro hombre. No existía nadie como él.

«Estoy maldita», pensó para sus adentros.

Con la cabeza gacha, recorrió el largo pasillo con intención de llegar a su

antecámara, donde podría desahogarse y llorar en privado. Por desgracia, cuando uno caminaba con la cabeza gacha, no podía ver por dónde iba y casi chocó con una mujer que se acercaba en sentido contrario, alguien que caminaba con unas largas y características zancadas.

Las dos se detuvieron bruscamente, y luego la mujer alargó el brazo para sostener a Hannah.

—*Milady* —dijo Hannah jadeante, reconociendo a Lillian—. Oh... lo siento... perdone...

—No ha sido nada —la tranquilizó la condesa—. Realmente, es culpa mía. Tenía prisa por decirle algo al ama de llaves antes de reunirme con mi hermana, y... —Se interrumpió y clavó los ojos en Hannah entrecerrando los párpados—. Parece que estás a punto de echarte a llorar —dijo sin andarse con rodeos—. ¿Qué te pasa?

—Nada —dijo Hannah intentando forzar una sonrisa, pero sólo consiguió que se le escaparan algunas lágrimas. Suspiró y bajó de nuevo la cabeza—. Oh, cojones. Perdóneme, debo irme...

—Pobrecita —dijo Lillian con genuina simpatía, sin parecer horrorizada en absoluto por el exabrupto de Hannah—. Ven conmigo. Hablaremos en la sala privada de arriba.

—No puedo —susurró Hannah—. *Milady*, perdóneme, pero usted es la última persona a la que puedo confiar lo que me pasa.

—Oh. —Los ojos de la condesa, del mismo tono castaño aterciopelado que los de sus hermanos, se agrandaron ligeramente—. Es por Rafe, ¿verdad?

Hannah derramó más lágrimas. No importaba la fuerza con la que cerrara los ojos, seguían saliendo sin parar.

—¿Tienes alguna amiga con la que hablar? —le preguntó Lillian con suavidad.

—Natalie es mi mejor amiga —dijo Hannah entre hipidos—. Así que es imposible contarle nada.

—Entonces déjame ser tu mejor amiga en esta ocasión. No estoy segura de poder ayudarte, pero al menos intentaré entender lo que te pasa.

Se dirigieron a una acogedora salita del primer piso, una estancia privada decorada con un estilo lujoso y femenino. Lillian cerró la puerta, le ofreció a Hannah un pañuelo y se sentó a su lado en el sofá.

—Insisto en que me llames Lillian —dijo—. Y antes de que digas una sola palabra déjame asegurarte que todo lo que se diga en esta habitación quedará entre nosotras. Nadie lo sabrá.

—Sí, mila... Lillian. —Hannah se sonó la nariz y suspiró.

—Ahora, cuéntame: ¿qué ha sucedido para que llores de esa manera?

—Es por el señor Bowman... Rafe... —Al parecer, Hannah no lograba expresar las palabras en el orden adecuado, así que las fue soltando a borbotones, incluso sabiendo que Lillian sería incapaz de encontrarles sentido—. Él es tan... y yo nunca... y cuando él me besó no pensé, creí que era un encaprichamiento, pero... y luego se me declaró el señor Clark, y me di cuenta de que no podía aceptar porque... Yo sé que es demasiado pronto. Demasiado rápido. Y encima está esa maldita carta, ¡porque ni siquiera sé a quién se la escribió! —siguió hablando sin parar, intentando desesperadamente explicar todo lo que sentía. De alguna manera milagrosa, Lillian logró encontrarle sentido a todo aquel batiburrillo.

Mientras Hannah iba desgranando toda la historia, o como mínimo una versión censurada, Lillian le sostuvo las manos con firmeza. Cuando Hannah se interrumpió para sonarse la nariz de nuevo, Lillian dijo:

—Voy a pedir un té. Con *brandy*.

Tiró de la campanilla para llamar a los sirvientes, y cuando una criada llamó a la puerta, Lillian la abrió y le murmuró las órdenes. La criada se marchó para preparar el té.

Cuando Lillian regresó al sofá, se abrió la puerta y Daisy Bowman asomó la cabeza dentro. Pareció ligeramente sorprendida al ver a Hannah sentada allí con Lillian.

—Hola. Lillian, te estamos esperando para jugar a las cartas.

—Demonios, lo olvidé.

Los ojos castaños de Daisy estaban llenos de curiosidad y simpatía cuando miraron a Hannah.

—¿Por qué estás llorando? ¿Puedo hacer algo por ti?

—Estamos hablando de un tema muy delicado que Hannah me está confiando en privado —le dijo Lillian a Daisy.

—¡Oh, también puede confiármelo a mí! —dijo Daisy con seriedad, entrando en la salita—. Soy muy buena guardando secretos. Mejor que

Lillian, de hecho.

Sin darle a Hannah oportunidad de responder, Daisy cerró la puerta y se sentó al lado de su hermana.

—No puedes contárselo a nadie —le dijo Lillian a Daisy con gravedad—. Hannah está enamorada de Rafe, pero él va a declararse a *lady* Natalie, a pesar de que él también está enamorado de Hannah.

—De eso no estoy segura —dijo Hannah con voz ahogada—. Es sólo que... esa carta...

—¿Aún la tienes contigo? ¿Puedo verla?

Hannah le lanzó una mirada dubitativa.

—Es muy privada. Y él no querría que nadie la leyera.

—Entonces debería haberse asegurado de quemarla totalmente —dijo Lillian.

—Enséñanosla, Hannah —la instó Daisy—. Te prometo que no le contaremos a nadie lo que pone.

Con cuidado, Hannah sacó el pequeño papel del bolsillo y se lo tendió a Lillian. Las dos hermanas se inclinaron a la vez sobre él.

—Oh, Dios mío —oyó que murmuraba Daisy.

—No se anda con rodeos, ¿cierto? —preguntó Lillian secamente, arqueando las cejas. Miró a Hannah—. Es la letra de Rafe. No hay duda de que ha sido él quien ha escrito esta carta. Pero no es normal que se exprese de esta manera.

—Estoy segura de que Rafe conoce muchas frases bonitas para conquistar a las mujeres —dijo Hannah entre dientes—. Es un bribón.

—Bueno, sí, es un bribón, pero no suele ser tan abierto y efusivo... No suele ser así. Por lo general, él es...

—Es un bribón de pocas palabras —terminó Daisy por ella.

—Lo que me hace pensar que ha escrito la carta impulsado por unos sentimientos muy fuertes —le dijo Lillian a Hannah. Dirigió la mirada a su hermana menor—. ¿Qué opinas tú, Daisy?

—Bueno, leer tales sentimientos de tu hermano es algo ligeramente repelente —dijo Daisy—. Vino y miel, etcétera. Pero al margen de eso, está claro que Rafe se ha enamorado por primera vez en su vida.

—Pero puede que esta carta no esté dirigida a mí... —comenzó a decir

Hannah cuando la puerta volvió a abrirse.

Era Evie, *lady* St. Vincent, con el pelo rojo recogido en un moño suelto.

—Os estaba buscando —dijo.

—Hace un montón de días que no te vemos —dijo Lillian—. ¿Dónde te has metido?

Evie se ruborizó profundamente.

—Estaba con St. Vincent.

—¿Qué habéis estado haciendo durante...? Oh, Dios mío. No importa.

La mirada de Evie cayó sobre Hannah.

—Oh, querida. ¿Te encuentras bien?

—Estábamos discutiendo un tema muy privado —le dijo Daisy—. Hannah está enamorada de Rafe. Es un secreto. Pasa.

Evie entró en la salita y se sentó en una silla cercana, mientras Lillian le hacía un sucinto resumen de la situación.

—¿Puedo ver la carta? —preguntó Evie.

—No creo que... —comenzó a decir Hannah, pero Daisy ya se la había dado.

—No te preocupes —le murmuró Lillian a Hannah—. Evie es mejor que nosotras guardando secretos.

Después de que Evie hubiera terminado de leer la carta, levantó la mirada con los ojos muy abiertos y Hannah dijo a la defensiva:

—Puede que no esté dirigida a mí. Es más probable que la haya escrito para Natalie. Los hombres la adoran. Siempre se le declaran, y ella sabe cómo manejarlos, todo lo contrario que yo.

—Nadie puede manejar a los hombres —le dijo Evie con voz firme—. Si ni siquiera s-saben manejarse ellos mismos.

—Así es —dijo Lillian—. Es más, cualquier mujer que crea que puede manejar a los hombres no debería tener permiso para tener uno.

—Annabelle sabe cómo manejarlos —dijo Daisy pensativamente—. Aunque ella lo niega.

Se oyó un ligero golpecito en la puerta.

—El té —dijo Lillian.

Sin embargo, no fue una criada la que apareció en la puerta, sino Annabelle Hunt.

—Hola —dijo con una sonrisa, deslizando la mirada sobre el grupo allí reunido—. ¿Qué estáis haciendo? —Cuando miró a Hannah, su expresión se suavizó con preocupación—. Oh, querida, has estado llorando.

—Está enamorada de Rafe Bowman —afirmó Evie—. Es un s-secreto. Pasa.

—No se lo puedes decir a nadie, Annabelle —dijo Lillian con gravedad—. Es sumamente confidencial.

—Ella no es muy buena guardando secretos —dijo Daisy.

—Claro que lo soy —dijo Annabelle, entrando en la salita—. Al menos, soy muy buena guardando grandes secretos. Son con los pequeños secretos con los que parezco tener problemas.

—Éste es uno muy grande —le dijo Lillian.

Hannah esperó con resignación a que le explicaran la situación a Annabelle.

Cuando le dieron la carta, Annabelle leyó las líneas escritas en el papel chamuscado, y una sonrisa tierna asomó a sus labios.

—Oh, qué bonito. —Miró a Hannah—. Esta carta no ha sido escrita para *lady* Natalie —dijo con un tono que no dejaba lugar a dudas—. Hannah, la atracción que Rafe siente por ti no ha pasado desapercibida. De hecho, ha sido comentada con discreción.

—Lo que quiere decir que todo el mundo está cotilleando sobre ti —le dijo Daisy a Hannah.

—Creo —continuó Annabelle—, que a Rafe le gusta *lady* Natalie... Ciertamente tiene muchos atributos. Pero te ama a ti.

—Pero eso es imposible —dijo Hannah. En su rostro apareció una expresión abatida.

—¿Crees que es imposible que pueda amarte? —preguntó Daisy—. ¿O que es imposible por el destino infernal que papá ha planeado para él?

—Ambas cosas —dijo Hannah con tristeza—. Y no sé si lo que él siente por mí es un simple encaprichamiento... —Se interrumpió con los ojos llenos de lágrimas.

—«Pregúntamelo dentro de una hora. Pregúntamelo dentro de un mes. De un año. De diez. Durante toda mi vida...» Esto no es un encaprichamiento, Hannah.

—Incluso aunque eso sea cierto —dijo Hannah—. Jamás le aceptaría, porque él lo perdería todo, incluyendo la relación con su padre. No quiero que haga tal sacrificio por mí.

—Pero papá tampoco debería exigirle ningún sacrificio —dijo Lillian en tono ominoso.

—Quizá debería mencionarte —intervino Daisy— que Matthew está resuelto a hablar claro con él sobre este asunto. Dice que papá no puede seguir haciendo este tipo de cosas. Que habría que pararle los pies o seguirá pisoteando a todo el mundo. Y dado que Matthew tiene una gran influencia en él, es muy posible que consiga que se retracte en sus demandas.

—Pero, pase lo que pase —le dijo Annabelle a Hannah—, tú no tienes nada que ver con la relación entre Rafe y su padre. Tu única obligación es contarle tus sentimientos a Rafe. Debes hablarle del amor que sientes por él, por tu propio bien, y dejar que sea Rafe quien elija. Él merece conocer tus sentimientos antes de tomar decisiones tan importantes sobre su futuro.

Hannah sabía que Annabelle tenía razón. Pero la verdad no la aliviaba. La hacía sentirse vacía y pequeña. Arrastró la punta del zapato sobre el diseño floreado de la alfombra.

—Espero poder ser tan valiente —dijo, más para sí misma que para las demás.

—Por amor, merece la pena correr el riesgo —dijo Daisy.

—Si no se lo dices a Rafe —añadió Lillian—, lo lamentarás toda tu vida. Porque jamás sabrás qué podría haber ocurrido.

—Díselo —dijo Evie con voz queda.

Hannah tomó aire entrecortadamente, mirándolas a las cuatro. Eran un grupito peculiar, tan brillantes y hermosas, pero... diferentes. Hannah tenía la sensación de que esas mujeres alentaban las excentricidades de cada uno y que valoraban sus diferencias. Que podían decir o hacer cualquier cosa entre ellas, y que no importaba lo que fuera, lo aceptarían y perdonarían. Algunas veces, en algunas amistades raras y maravillosas, los lazos del amor fraternal eran muchísimo más fuertes que cualquier lazo de sangre.

Era muy agradable ser apoyada de esa manera. Se sentía reconfortada por la presencia de todas ellas, en especial cuando miraba los oscuros y familiares ojos de las hermanas de Rafe.

—Bueno —les dijo, con un nudo en el estómago—. Se lo diré. Mañana.

—Mañana por la noche es el baile de Nochebuena —dijo Annabelle—. ¿Tienes algún vestido arrebatador que ponerte?

—Sí —contestó Hannah—. Uno blanco. Es un vestido muy sencillo, pero es mi favorito.

—Yo podría prestarte un collar de perlas —se ofreció Annabelle.

—Y yo tengo unos guantes de satén blancos que irán a juego —exclamó Daisy.

Lillian esbozó una amplia sonrisa.

—Hannah, te engalanaremos más fastuosamente que al árbol de Navidad.

La criada trajo el té, y Lillian la envió a buscar las tazas que faltaban.

—¿Quién quiere tomar el té con *brandy*? —preguntó Lillian.

—Yo —dijo Daisy.

—Yo tomaré el m-mío sin él —murmuró Evie.

—Y yo tomaré el mío sin té —dijo Annabelle.

Sentándose justo al lado de Hannah, Daisy le ofreció un pañuelo y le rodeó los hombros con un brazo.

—¿Sabes, querida? —dijo Daisy—, eres nuestra primer florero honoraria. Y dado que siempre nos hemos dado suerte las unas a las otras, no tengo duda alguna de que también te la daremos a ti.

Ligeramente achispada tras un vaso de *brandy*, Lillian les deseó buenas noches a las florero, incluyendo a su nuevo miembro. Todas abandonaron la salita privada para dirigirse a sus propias habitaciones. Mientras se dirigía lentamente a la *suite* principal, Lillian consideró la situación de su hermano con un ceño de preocupación.

Lillian era una mujer franca, sin pelos en la lengua, que prefería coger al toro por los cuernos y lidiar con los problemas directamente. Pero entendía que aquel asunto debía ser manejado con delicadeza y discreción, con lo cual ella debía mantenerse al margen. Pero anhelaba que Rafe encontrara la felicidad que merecía. Aún más, deseaba dar una patada al terco trasero de su padre y ordenarle que dejara de manipular la vida de todos los que lo rodeaban.

Decidió hablar con Westcliff, con cuyo ingenio y sentido común siempre podía contarse. Apenas podía esperar para oír su opinión sobre el asunto que implicaba a Rafe, Hannah y *lady* Natalie. Sospechando que él todavía estaría abajo con los invitados, se encaminó hacia la escalinata.

Cuando se dispuso a bajar el primer escalón, vio que su marido se encontraba en el vestíbulo de abajo, hablando con alguien.

Con *lady* Kittridge... otra vez.

—Marcus —murmuró, sintiendo una enfermiza punzada de celos, que despertaron con rapidez su furia.

Por Dios, no pensaba aguantarlo más. No pensaba perder el amor de su marido por otra mujer. No sin luchar. Cerró los puños con fuerza. Aunque cada célula de su cuerpo le pedía a gritos que bajara como una tromba la escalinata y se interpusiera entre su marido y aquella rubia, logró contenerse. Era una condesa. Haría las cosas con dignidad, y se enfrentaría a Marcus en privado.

Primero se acercó a la habitación de los niños para dar las buenas noches a su pequeña Merrit, que estaba dormida en una cuna con un dosel de encaje mientras la niñera velaba por ella. La imagen de su preciosa hija tranquilizó un poco a Lillian. Pasó la mano por el pelo oscuro del bebé, pendiente de sus movimientos. «Soy la madre de su hija», pensó con vehemencia, deseando poder arrojarle las palabras como si fueran dagas a la encantadora *lady* Kittridge. «Soy su esposa. ¡Y todavía está enamorado de mí!»

Fue al dormitorio principal, donde se bañó y se puso un camisón con una bata de terciopelo a juego, luego se cepilló el pelo largo y oscuro.

El corazón comenzó a latirle desbocado cuando Marcus entró en la habitación. Él se detuvo al verla con los largos mechones cayéndole sobre la espalda, y sonrió. Allí, en privado, su conducta autocrática se desvanecía, y el omnipotente conde se transformaba en un hombre afectuoso, cariñoso y muy mortal.

Él se quitó la levita y la dejó caer sobre una silla. La corbata siguió el mismo camino y luego se acercó a ella.

Lillian cerró los ojos cuando su marido le cogió la cabeza con las manos y le deslizó los dedos por el pelo suelto, masajeándole las sienes con la yema de los dedos. Ella tenía plena conciencia de él, de la fuerza contenida de su

cuerpo, y de su esencia dulce y fresca, como heno recién cortado. Aquel hombre tan complejo, con necesidades igual de complejas, la fascinaba. Habiéndose criado bajo las críticas mordaces de sus padres, no era de extrañar que, en ocasiones, dudara de su habilidad para satisfacer a Marcus.

—¿Estás cansada? —preguntó él con ese tono grave y aterciopelado, tan característico de él.

—Sólo un poco. —Suspiró mientras él le deslizaba las manos por los hombros, masajeándolos para aliviar la tensión.

—Podrías acostarte y dejar que te relajara —sugirió él con los ojos oscuros y brillantes.

—Sí, pero... antes quiero hablar contigo de una cosa. —Maldita sea, le temblaba la voz, a pesar de que estaba intentando con todas sus fuerzas sonar solemne y calmada.

La expresión de Marcus cambió al oír el tono afligido de su voz. Le alzó la cara hacia él, y la miró fijamente con repentina preocupación.

—¿Qué ocurre, cariño?

Lillian inspiró profundamente un par de veces. El miedo, la cólera y la preocupación de Lillian eran tan grandes, que le costaba hablar.

—No... no debería meterme en tus... asuntos fuera del matrimonio. Eso lo sé. Comprendo que la gente de tu clase... lo habéis hecho durante siglos, y supongo que era demasiado esperar que tú... que yo... fuera suficiente para ti. Lo único que te pido es que seas discreto. Porque para mí es difícil verte con ella..., ver cómo le sonríes, y... —Lillian se interrumpió y se cubrió la cara con las manos, mortificada al sentir que las lágrimas le anegaban los ojos. Maldita sea.

—¿La gente de mi clase? —Marcus sonaba desconcertado—. ¿Qué hemos hecho durante siglos? Lillian, ¿de qué demonios hablas?

La desdichada voz de la condesa sonó ahogada desde detrás de las manos.

—De *lady* Kittridge.

Hubo un breve y pasmoso silencio.

—¿Te has vuelto loca? Lillian, mírame. Lillian...

—No puedo mirarte —masculló ella.

Él la zarandeó ligeramente.

—Lillian..., ¿me estás diciendo que crees que tengo algún tipo de

aventura con ella?

El tono indignado de su pregunta hizo que Lillian se sintiera un poco mejor. Ningún marido infiel podría haber fingido tal cólera frustrada. Por otra parte, nunca había sido una buena idea enfrentarse a Marcus. Tardaba mucho en enfadarse, pero una vez que lo hacía, las montañas temblaban, los océanos se abrían, y cada criatura con instinto de conservación corría a ponerse a salvo.

—Te he visto hablando con ella —dijo Lillian, cogiéndose las manos—, y sonriéndole, y te cartearas con ella. Y... —le dirigió una mirada abatida e indignada—. ¡Has cambiado la manera en que te anudas la corbata!

—Me lo sugirió mi ayuda de cámara —dijo él, pareciendo bastante aturdido.

—Y ese nuevo truco la otra noche... Esa innovación en la cama...

—¿No te gustó? Maldita sea, Lillian, todo lo que tenías que hacer era decírmelo...

—Me gustó —dijo ella, ruborizándose—. Pero es una de las señales, ¿entiendes?

—¿Señales de qué?

—De que te has cansado de mí —dijo con voz rota—. De que deseas a otra mujer.

Marcus la miró fijamente mientras soltaba una retahíla de maldiciones que escandalizaron a Lillian, que tenía órdenes estrictas de contenerse y no utilizar un lenguaje obsceno. Agarrándola del brazo, la hizo salir del dormitorio.

—Ven conmigo.

—¿Ahora? ¿Así? Marcus, no estoy vestida...

—¡Me importa un bledo!

«Finalmente, lo he vuelto loco», pensó Lillian alarmada, mientras, ante la mirada atónita de algunos sirvientes, la empujaba y la arrastraba con él por las escaleras y el vestíbulo hacia el frío cortante de diciembre. ¿Qué iba a hacer? ¿Echarla de casa?

—¿Marcus? —le preguntó llena de nerviosismo, intentando avanzar al mismo ritmo que las enormes zancadas de su marido.

Él no contestó, le hizo cruzar el patio en dirección a los establos, con su

propio patio central y el abrevadero para los caballos, hasta el cálido interior con hileras de cuadras perfectamente alineadas. Los caballos los miraron con vago interés mientras Marcus tiraba de Lillian hasta detenerse al final de la primera hilera. Había un establo con un enorme lazo rojo clavado en la parte superior.

El establo contenía una yegua árabe increíblemente hermosa de gran alzada, con la cabeza estrecha, el cuello largo y unos enormes ojos brillantes. Era un ejemplar perfecto.

Lillian parpadeó con sorpresa.

—¿Una yegua árabe blanca? —preguntó con voz débil, ya que nunca había visto una criatura así con anterioridad—. Parece sacada de un cuento de hadas.

—Técnicamente está registrada como «yegua gris» —dijo Marcus—. Pero la tonalidad grisácea es tan clara, que parece plata pálida. Se llama *Misty Moonlight*. —Le dirigió una mirada sardónica—. Es tu regalo de Navidad. Me preguntaste si podríamos mejorar tus habilidades ecuestres juntos..., ¿recuerdas?

—Oh. —Lillian comenzó a jadear de repente.

—Me ha llevado seis malditos meses hacer todos los arreglos —continuó Marcus secamente—. *Lady Kittridge* es la mejor criadora de caballos de Inglaterra, y ha sido un detalle por su parte venderme uno de sus más apreciados caballos árabes. Y como esta yegua en concreto había sido prometida a otra persona, tuve que sobornar y amenazar al otro comprador, amén de pagarle una maldita fortuna a *lady Kittridge*.

—¿Es por eso por lo que has estado comunicándote tan a menudo con ella?

—Sí. —La miró con el ceño fruncido.

—¡Oh, Marcus! —Lillian se sintió embargada por el alivio y la felicidad.

—Y a cambio de mis esfuerzos —gruñó él—, he sido acusado de ¡infidelidad! Te quiero más que a mi vida. Desde que te conocí, jamás he vuelto a mirar a otra mujer. ¡Y cómo has podido llegar a pensar que podría desear a otra mujer cuando pasaba todas las noches contigo es algo que sobrepasa mi capacidad de comprensión!

Comprendiendo que él se sentía totalmente ofendido y que su indignación

aumentaba por segundos, Lillian esbozó una sonrisa apaciguadora.

—Jamás he pensado que realmente me traicionaras de esa manera. Sólo temía que la encontraras tentadora. Y yo...

—Lo único que me resulta tentador en este momento es la idea de llevarte al cuarto de los arreos y calentarte el trasero con una fusta. Repetidamente y con vigor.

Lillian retrocedió mientras su marido se cernía amenazadoramente sobre ella. Se sintió inundada por una mezcla de alivio y alarma.

—Marcus, ya lo has aclarado todo. Te creo. Ya no estoy preocupada, de veras.

—Pues deberías estarlo —replicó él con una suavidad aterradora—. Porque está claro que a menos que haya un castigo por esa falta de fe en mí...

—¿Un castigo? —gimió ella.

—... este problema volverá a repetirse en el futuro. Así que estoy resuelto a despejar cualquier tipo de duda sobre lo que quiero, y a quién.

Mirándolo con los ojos muy abiertos, Lillian se preguntó si él iba a golpearla, a seducirla, o ambas cosas a la vez. Calculó sus probabilidades de fuga. No eran muchas. Marcus era de complexión fuerte pero ágil, se mantenía en un magnífico estado físico. Era rápido como un rayo y, sin duda, le daría alcance hasta a una liebre. Observándola fijamente, él se quitó el chaleco y lo lanzó al suelo cubierto de heno. Cogiendo una manta doblada de un montón, la extendió sobre una pila de heno.

—Ven aquí —le dijo con voz queda y gesto duro.

Los ojos de Lillian se abrieron de par en par. Una risita nerviosa y medio histérica emergió de su garganta. Intentó mantenerse firme.

—Marcus, hay algunas cosas que no deberían hacerse ni delante de los niños ni de los caballos.

—No veo niños aquí. Y mis caballos no hablan.

Lillian intentó escabullirse. Marcus la atrapó con facilidad y la lanzó encima de la pila de heno cubierta con la manta. Y, mientras ella gritaba y protestaba, él le desgarró el camisón.

La boca de Marcus cayó sobre la de ella y sus manos se deslizaron por su cuerpo en una sensual demanda. Lillian contuvo un gemido cuando él se inclinó sobre sus pechos, apresando las puntas suavemente con los dientes,

luego apaciguó la dolorosa sensación con la lengua. Hizo todas aquellas cosas que sabía que la excitaban, haciéndole el amor de una manera tierna pero cruel, hasta que ella proclamó su rendición con voz entrecortada. Desabrochándose los pantalones con unos pocos tirones, él se hundió profundamente en ella con una fuerza primitiva.

Lillian se estremeció de éxtasis y se aferró a la musculosa espalda de Marcus. Él la besó, con unos labios bruscos y ávidos, moviendo su cuerpo con un ritmo frenético.

—Marcus —dijo Lillian sin aliento—. Jamás volveré a dudar de ti... Oh, Dios mío...

Él sonrió secretamente contra su pelo y la hizo arquear las caderas hacia él.

—Más te vale —murmuró él.

Y durante toda la noche, se dedicó a demostrarle qué significaba ella para él a su inimitable manera.

14

Hannah intentó en vano encontrar una oportunidad para hablar con Rafe al día siguiente. Le resultó imposible encontrarlo. Ni a Natalie ni a los Blandford ni a los Bowman. Tenía el mal presentimiento de que se estaba orquestando algo.

Stony Cross Manor bullía de actividad, los invitados cantaban, comían, bebían y los niños se habían reunido ante un enorme teatro de títeres en una de las salas comunes.

Al final del día, Hannah vio finalmente a Rafe al pasar por el estudio privado de lord Westcliff. Habían dejado la puerta abierta, y pudo verlo dentro hablando con Westcliff y el señor Swift. Cuando ella se detuvo indecisa delante de la puerta, Rafe miró en su dirección. Al instante él se apartó del escritorio donde había estado apoyado y les dijo a los allí presentes:

—Un momento.

Salió al pasillo con una expresión inusualmente seria en la cara. Pero una sonrisa curvó sus labios cuando bajó la mirada hacia ella.

—Hannah. —La suavidad de su voz provocó que un escalofrío recorriera la espalda de Hannah.

—Me... dijiste que querías hablar conmigo —logró decir ella.

—Sí, y sigo queriendo hablar contigo. Perdóname..., pero he estado ocupado con algunos asuntos. —Extendió el brazo para tocarla como si no pudiera evitarlo, cogiendo entre sus dedos una de sus mangas holgadas—. Necesitamos tiempo y privacidad para hablar... y hoy parece que escasean

ambas cosas.

—¿Quizá más tarde, esta noche? —sugirió ella con vacilación.

—Sí. Te buscaré. —Soltándole la manga, le brindó una pequeña y caballerosa reverencia—. Hasta esta noche.

Cuando Hannah subió para ayudar a Natalie a ponerse su vestido de fiesta y luego arreglarse ella, se quedó perpleja al descubrir que Natalie ya estaba vestida.

Su prima se veía magnífica con un vestido de raso azul claro con ribetes de tul azul a juego y el pelo cayéndole sobre los hombros en tirabuzones dorados.

—¡Hannah! —exclamó Natalie, saliendo de su habitación en compañía de *lady* Blandford—. Tengo que contarte algo... algo muy importante...

—Puedes contárselo más tarde —la interrumpió *lady* Blandford, pareciendo tan alterada como su hija—. Lord Blandford y lord Westcliff nos aguardan abajo, Natalie. No es correcto hacerlos esperar.

—Sí, claro. —Los ojos azules de Natalie chispeaban de excitación—. Hablaremos pronto, Hannah.

Aturdida, Hannah las observó marcharse a toda prisa por el pasillo. Definitivamente, se estaba cociendo algo, pensó ella, y una oleada de preocupación hizo que comenzara a sudar bajo las capas de ropa.

Dentro del dormitorio la esperaba una doncella.

—Señorita Appleton, *lady* Westcliff me envió para que la ayudase a vestirse para el baile.

—¿De veras? Es muy amable de su parte. Por lo general no necesito mucha ayuda, pero...

—Se me da muy bien arreglar el pelo —dijo la doncella con firmeza—. Y *lady* Westcliff me dijo que utilizara sus horquillas de perlas. Ahora, si se sienta ante el tocador, señorita...

Emocionada por la generosidad de Lillian al enviarle a su propia doncella, Hannah accedió. Tardó una eternidad conseguir rizar el cabello de Hannah con unas tenacillas calientes y recogerlo con horquillas, mientras engarzaba brillantes perlas blancas entre los mechones oscuros de su pelo. La doncella

la ayudó a ponerse el vestido blanco y le ofreció un par de medias de seda bordadas en plata de Evie. Después de abrochar el collar de perlas de Annabelle Hunt en torno al cuello de Hannah, la doncella la ayudó a ponerse un par de guantes largos de seda blanca cortesía de Daisy. Las florero, pensó Hannah con una sonrisa de agradecimiento, eran sus hadas madrinas particulares.

La doncella terminó de arreglarla, empolvándole ligeramente la nariz y la frente, y cubriendo sus labios con un bálsamo de pétalos de rosas.

Hannah se sintió un poco alarmada ante su elegante reflejo. Agrandó los enormes ojos verdes al ver cómo el elaborado peinado contrastaba deliciosamente con la sencillez del vestido blanco.

—Está muy hermosa, señorita —declaró la doncella—. Será mejor que se dé prisa. El baile está a punto de comenzar.

Hannah estaba demasiado nerviosa para sentirse tentada por el magnífico bufé de exquisiteces dispuesto sobre las mesas. Durante el baile, los invitados tomarían refrescos y, más tarde, se serviría una cena formal. En cuanto llegó al salón de baile, Hannah se vio rodeada por Lillian y Daisy, que no hicieron más que soltar exclamaciones halagadoras sobre su apariencia.

—Habéis sido muy amables —les dijo ella con seriedad—, por prestarme las perlas y los guantes. En realidad, ha sido muy generoso...

—Lo hicimos con segunda intención —replicó Daisy.

Hannah le lanzó una mirada perpleja.

—Con una muy buena segunda intención —dijo Lillian con una amplia sonrisa—. Queremos que seas nuestra hermana.

—¿Has hablado con Rafe? —le preguntó Daisy en voz baja.

Hannah negó con la cabeza.

—Apenas lo he visto en todo el día. Me pareció que desaparecía un rato, y luego siempre estaba ocupado con alguien.

—Siento que se cuece algo —dijo Lillian—. Westcliff ha estado también ocupado todo el día. Y nadie ha visto a mis padres.

—Lo mismo ha pasado con los Blandford —comentó Hannah con un nudo en el estómago—. ¿Qué habrá sucedido?

—No lo sé. —Lillian le dirigió una sonrisa tranquilizadora—. Pero estoy segura de que todo saldrá bien. —Enlazó su brazo con el de Hannah—. Vamos a mirar el árbol.

Con todas las velas encendidas, el árbol de Navidad se veía brillante y espectacular, con centenares de llamas diminutas resplandeciendo en medio de las ramas como luces de colorines. Todo el salón de baile estaba decorado en tonos verdes y dorados, y guirnaldas de terciopelo rojo. Hannah jamás había asistido a un acontecimiento tan deslumbrante. Embelesada, recorrió la habitación con la mirada, observando a las parejas que giraban en la pista de baile mientras la orquesta tocaba música de Navidad en compás de vals. Las lámparas arrojaban una brillante luz sobre la escena. A través de los ventanales vio las farolas que habían sido colocadas en los jardines, resplandeciendo contra un cielo oscuro como ciruelas negras.

Y luego vio a Rafe al otro lado del salón de baile. Como todos los hombres presentes, estaba vestido con el tradicional traje negro y una camisa blanca. La imagen de él, tan carismática y atractiva, le cortó la respiración.

Sus miradas se cruzaron a través de la estancia, y él la examinó detenidamente, sin perder detalle de su apariencia. Luego curvó la boca en una sonrisa lenta y sensual, y Hannah sintió que se le aflojaban las rodillas.

—Aquí tiene, señorita. —Un sirviente se había acercado con una bandeja de copas de champán. Brillantes copas del líquido espumoso estaban siendo distribuidas entre los invitados. La orquesta terminó la pieza e hizo una pausa, luego hubo un tintineo parecido al sonido del cristal contra la plata.

—¿Qué es eso? —preguntó Lillian, arqueando las cejas mientras Daisy y Hannah probaban el champán.

—Al parecer alguien va a hacer un brindis —comentó Daisy.

Al ver que lord Blandford se adelantaba con Natalie al otro lado del salón, Hannah apretó con fuerza el tallo de la copa de champán. Todos los nervios de su cuerpo se tensaron con un mal presentimiento.

No... No podía ser.

—Amigos míos —dijo Blandford repetidamente, atrayendo la atención de los presentes. Los invitados guardaron silencio y lo miraron expectantes—. Como la mayoría de vosotros sabéis, *lady* Blandford y yo fuimos bendecidos con sólo una hija, nuestra amada Natalie. Y ha llegado el momento de

entregarla al cuidado de un hombre al que se le confiará su felicidad y protección, mientras se embarcan juntos en el viaje de la vida...

—Oh, no —oyó Hannah que susurraba Lillian.

Una sensación gélida se asentó en el pecho de Hannah y le oprimió el corazón. Lord Blandford continuó hablando, pero ella no lograba oír las palabras por la sangre que le zumbaba en los oídos. Sintió que se le constreñía la garganta en un mudo grito de angustia.

Era demasiado tarde. Había esperado demasiado tiempo.

Las manos comenzaron a temblarle de tal manera que temió que se le cayera la copa de champán y se la tendió a ciegas a Daisy.

—Por favor, sujeta esto —dijo con voz ahogada—. No puedo... Tengo que... —Se giró llena de pánico y angustia, y se dirigió a la salida más próxima: una puertaventana que conducía a la terraza.

—En estos alegres días de fiesta —continuó Blandford—, tengo el honor y el placer de anunciar su compromiso matrimonial. Brindemos ahora por mi hija y por el hombre a quien ha sido entregada en matrimonio...

Hannah salió de la estancia y cerró la puerta tras ella, aspirando entrecortadamente el frío aire invernal. Entonces oyó el sonido amortiguado de los vítores del interior.

Había acabado el brindis.

Rafe y Natalie estaban comprometidos.

Hannah casi se tambaleó bajo el peso de su pena. Un montón de pensamientos turbulentos cruzaron por su mente. No podría enfrentarse a eso, de ninguna manera. Tenía que partir esa misma noche, ir a algún sitio... Regresaría con su padre y sus hermanas... Jamás podría volver a ver a Natalie, ni a Rafe, ni a los Blandford. Odió a Rafe por hacer que lo amara. Se odió a sí misma por amarlo. Quería morir.

«Hannah, no seas idiota —pensó desesperadamente—. No eres la primera mujer a la que se le rompe el corazón, ni serás la última. Sobrevivirás».

Pero cuanto más luchaba por mantener el control, más parecía éste eludirla. Tenía que encontrar un lugar donde poder desahogarse. Se dirigió al jardín siguiendo uno de los caminos iluminados por las farolas. Tras alcanzar el pequeño claro donde se encontraba la fuente de la sirena, se sentó en uno de los duros y gélidos bancos de piedra. Entonces, se cubrió la cara con las

manos y dejó que las lágrimas calientes mojaran los guantes de satén blanco. Cada sollozo le desgarraba el pecho como el filo de un cuchillo.

Y luego, a través de los desgarradores sollozos, oyó que alguien decía su nombre.

Que alguien la viera así era la humillación final. Hannah sacudió la cabeza y se encogió, mientras lograba decir con impotencia:

—Por favor, déjeme...

Pero un hombre se sentó a su lado, y se vio rodeada por unos brazos cálidos y firmes, mientras sentía que su cabeza era atraída contra un pecho duro.

—Hannah, cariño... No. No, no llores.

Era la profunda voz de Rafe, su aroma familiar. Intentó apartarse, pero Rafe la sujetó con firmeza, inclinando su cabeza oscura sobre la de ella. Murmurando palabras de consuelo, él le alisó el pelo y depositó besos contra su frente. Con los labios le rozó las húmedas pestañas.

—Venga. No llores, cariño. Tranquilízate, todo está bien. Mírame, Hannah.

El exquisito placer de estar entre sus brazos, reconfortada por él, hizo que se sintiera todavía peor.

—Deberías regresar allí —dijo ella, soltando algunos sollozos entrecortados—, con Natalie.

La mano de él trazó firmes y tranquilizadores círculos en su espalda.

—Hannah, cariño. Por favor, cálmate para que podamos hablar.

—No quiero hablar...

—Pero yo sí. Y tú vas a escucharme. Respira hondo. Buena chica. Una vez más. —Rafe la soltó lo suficiente como para quitarse el abrigo, y lo envolvió en torno al cuerpo tembloroso de Hannah—. No pensé que Blandford fuera a hacer el anuncio de compromiso con tanta rapidez —dijo, estrechándola contra su cuerpo otra vez—, o habría intentado hablar antes contigo.

—Da igual —dijo ella, mientras su desesperación daba paso a su malhumor—. Ya nada tiene importancia. No intentes...

Rafe le cubrió la boca con la mano y bajó la mirada hacia ella.

Iluminado por las farolas, el rostro de Rafe estaba medio sumido en

sombras, y sus ojos destacaban oscuros y brillantes. Su voz sonó cálida y ronca, y tiernamente reprendedora.

—Si te hubieras quedado en el salón de baile sólo treinta segundos más, habrías oído que Blandford anunciaba el compromiso de Natalie con lord Travers.

Hannah se puso tensa. Ni siquiera podía respirar.

—Salvo por el breve recado que hice en el pueblo —continuó Rafe—, me he pasado el maldito día hablando con todo el mundo. Con mis padres, con los Blandford, con Westcliff..., y sobre todo con Natalie. —Apartó la mano de la boca de Hannah y hurgó en el bolsillo del abrigo. Tras sacar un pañuelo, le secó las mejillas mojadas con suavidad—. Le dije —continuó— que a pesar de lo agradable y atractiva que era, no podía casarme con ella. Porque jamás podría amarla de la manera en que se merecía. Porque me había enamorado profunda y totalmente de otra mujer. —Sonrió ante la mirada aturrida de Hannah—. Creo que se dirigió directa a Travers después de eso, para que la consolara y aconsejara, lo más probable es que él le haya confesado sus sentimientos por ella. Espero que Natalie no se haya precipitado hacia un impulsivo compromiso matrimonial sólo para salvar las apariencias. Pero ése no es mi problema.

Tomando la cara de Hannah entre las manos, Rafe esperó a que ella dijera algo. Pero Hannah sólo negó con la cabeza, demasiado abrumada para articular palabra.

—Aquel día en la biblioteca —le dijo—, cuando casi te hice el amor, me di cuenta de que quería que me pillaran contigo. Quería comprometerte... o cualquier otra cosa que me permitiera estar contigo. Fue entonces cuando supe que, pasara lo que pasase, no iba a poder casarme con Natalie. Porque la vida es demasiado larga para pasarla con la mujer equivocada.

La cabeza y los hombros de Rafe se recortaron contra la luz de la farola cuando él se inclinó sobre ella, tomando su boca con la de él en un beso lento y posesivo. La instó a que abriera sus labios temblorosos, explorándolos con una ardiente ternura que provocó que el corazón de Hannah comenzara a palpar con una fuerza dolorosa. Hannah jadeó al sentir la mano masculina dentro del abrigo, acariciándole la fina piel expuesta por el escotado corpiño del vestido de fiesta.

—Mi querida Hannah —murmuró—. Cuando te he visto aquí llorando he pensado: «Por favor, Dios mío, por favor, que sea porque quiere a un pícaro sinvergüenza como yo. Que me ame aunque sólo sea un poquito».

—Estaba llorando —logró decir ella con voz temblorosa—, porque se me rompía el corazón al pensar que ibas a casarte con otra mujer. —Hannah tuvo que apretar los dientes para contener un estremecimiento de emoción—. Porque yo... te quiero para mí.

La llamarada de pasión que ardió en los ojos de Rafe hizo que se disparase el pulso de Hannah.

—Entonces tengo que preguntarte algo, cariño. Pero primero debes saber una cosa... No voy a recibir nada de los Bowman. Eso no quiere decir, sin embargo, que no vaya a poder mantenerte. Soy un hombre rico por méritos propios. Voy a coger mis ganancias ilícitas y darles un buen uso. Hay oportunidades por todas partes para quienes saben verlas.

Resultándole difícil pensar con claridad, Hannah tuvo que concentrarse como si le estuviera hablando en un idioma extranjero.

—¿Has sido desheredado? —susurró finalmente, llena de preocupación.

Echándose un poco hacia atrás, Rafe asintió con la cabeza. Tenía una expresión seria y decidida.

—Es lo mejor. Puede que dentro de algún tiempo, mi padre y yo encontremos la manera de aceptarnos el uno al otro. Pero mientras tanto, no pienso vivir bajo los dictados de otro hombre.

Hannah levantó la mano hacia su cara, y le acarició la mejilla con suavidad.

—No quería que hicieras ese sacrificio por mí.

Él cerró los ojos ante la caricia de la mano de Hannah.

—No ha sido un sacrificio. Ha sido mi salvación. Mi padre lo ve como una debilidad, por supuesto. Pero ya le he dicho que amar a alguien de esta manera no lo hace a uno menos hombre. Todo lo contrario. Y en lo que a ti respecta, sabes que no tienes obligación alguna, no quiero que...

—Rafe —le dijo ella con voz temblorosa—, no es obligación lo que siento por ti.

La expresión de Rafe hizo que Hannah se derritiera por dentro. Tomando una de las manos de la joven, él le quitó el guante lentamente, tirando

suavemente de la punta de cada uno de los dedos para liberarlos. Después de deshacerse del satén blanco, él le besó las yemas de los dedos y apretó la palma contra su cálida y recién afeitada mejilla.

—Hannah, te amo tanto que casi no puedo soportarlo. Me quieras o no, soy tuyo. Y no estoy seguro de qué ocurrirá si tengo que pasarme el resto de la vida sin ti. Por favor, cástate conmigo. Así dejaré de intentar ser feliz para, finalmente, serlo. Sé que todo esto ha ocurrido demasiado rápido, pero...

—Algunas cosas no se pueden medir con el tiempo —dijo Hannah con una trémula sonrisa.

Rafe se interrumpió y le dirigió una mirada inquisitiva.

—Una de las criadas encontró una carta de amor medio quemada en la chimenea de tu habitación —explicó Hannah—, y se la llevó a Natalie, que me la enseñó. Natalie asumió que estaba dirigida a ella.

Incluso en la oscuridad, Hannah percibió que Rafe se ruborizaba intensamente.

—Bueno, diablos —dijo él en tono de pesar. Atrayéndola contra su cuerpo, la abrazó y le susurró al oído—: Estaba dirigida a ti. Cada palabra la escribí pensando en ti. Deberías haberlo sabido en cuanto la leíste.

—Quería que estuviera dirigida a mí —dijo Hannah con timidez—. Y todas esas cosas que escribiste en ella también las quiero para mí —añadió, sintiendo que también ella se ruborizaba.

Él soltó una risa suave y se echó hacia atrás para mirarla.

—Entonces, responde a mi pregunta. —Depositó un beso breve y apasionado contra sus labios—. Hazlo, o tendré que seguir besándote hasta que te rindas.

—Sí —dijo ella, jadeante de alegría—. Sí, me casaré contigo. Porque yo también te amo, Rafe, te amo...

Él se apoderó de su boca y la besó con avidez. Llevó las manos al cabello de Hannah, despeinándolo. Ella no se preocupó en lo más mínimo. La boca de Rafe era tan cálida y deliciosa que la consumía con ligeras caricias sensuales que provocaban estragos en su interior. Hannah respondió con deseo, estremeciéndose entre sus brazos mientras intentaba asimilar el exceso de placer, tan rápido y ardiente.

Rafe deslizó lentamente su boca abierta por la garganta femenina,

excitando sus terminaciones nerviosas, dejando un rastro de fuego a su paso. Bajó los labios a sus pechos, y ella sintió que las cimas de sus senos se ponían duras y sensibles dentro del confinamiento del corpiño.

—Hannah —susurró él, depositando unos besos febriles sobre su piel—, jamás he deseado a nadie de esta manera. Eres hermosa por dentro y por fuera... y cuanto más sé de ti, más te quiero... —Levantó la cabeza y la sacudió con fuerza, como si de repente hubiera recordado en qué lugar estaba. Una sonrisa burlona curvó sus labios—. Dios, será mejor que tengamos un compromiso matrimonial muy breve. Venga, dame la mano... Ésa no, la otra. —Metió la suya en uno de los bolsillos del abrigo y sacó un anillo reluciente. Era un granate engarzado en plata—. Lo compré esta tarde en el pueblo —dijo él, deslizándolo en el dedo anular—. Te compraré un diamante en Londres, pero tenía que ofrecerte algo ahora.

—Es perfecto —dijo Hannah, mirando el anillo con los ojos brillantes—. Los granates significan amor eterno, ¿lo sabías?

Él negó con la cabeza, clavando los ojos en ella como si fuera un milagro.

Rodeándole el cuello con los brazos, Hannah le besó impulsivamente. Rafe inclinó la cabeza sobre la de ella, tomando posesión de sus labios con una suave exigencia erótica. Ella deslizó las manos por las líneas firmes del cuerpo masculino, en una exploración tímida pero posesiva, hasta que lo sintió estremecerse.

Jadeando, Rafe la estrechó entre sus brazos.

—Hannah... Cariño, estoy... Me temo que he llegado al límite. Tenemos que detenernos.

—No quiero detenerme.

—Lo sé, cariño. Pero tengo que llevarte adentro antes de que alguien nos eche en falta.

Todo en ella se rebelaba, al pensar en regresar al enorme y abarrotado salón de baile. Conversar, bailar, cenar con formalidad..., sería una auténtica tortura, cuando todo lo que ella quería era estar con él. Con atrevimiento, Hannah extendió la mano para jugar con los botones del chaleco de Rafe.

—Llévame a la casa de los solteros. Seguro que no hay nadie allí. Todos estarán en la mansión.

Él le dirigió una sonrisa irónica.

—Si hago eso, cariño, no habrá manera de que salgas de allí con la inocencia intacta.

—Quiero que me comprometas —le dijo ella.

—¿Comprometerte? ¿Por qué, cariño?

—Porque quiero ser tuya en todos los sentidos.

—Ya lo eres —murmuró él.

—No en todos. Todavía no. E incluso aunque no me comprometieras, voy a decirle a todos que sí que lo hiciste. Así que bien puedes hacerlo en realidad.

Rafe se rió ante su amenaza.

—En América —le dijo al oído—, a esto se le llama cerrar el trato. — Con suavidad le enmarcó la cara entre las manos y le acarició las mejillas con los pulgares—. Pero no tienes por qué hacerlo, cariño. No hay nada en la tierra que impida que me case contigo. Puedes confiar en mí.

—Si confío en ti, pero...

Él arqueó las cejas.

—¿Pero?

La piel bajo los dedos de Rafe comenzó a arder.

—Te deseo. Quiero estar contigo. Tal y como... escribiste en la carta.

Él le dirigió una de aquellas sonrisas sensuales que provocaban escalofríos en la espalda de Hannah.

—En ese caso... tal vez pueda comprometerte sólo un poquito.

Levantando a Hannah del banco, Rafe la tomó en brazos y la llevó a la casa de los solteros. Discutió consigo mismo a cada paso del camino; sabía que lo que tenía que hacer era llevarla de regreso a la mansión sin demora. Pero aun así, el deseo de estar a solas con ella, de abrazarla en privado, era demasiado fuerte e intenso para resistirlo.

Entraron en la casa de los solteros, con su mobiliario oscuro y elegante, las paredes revestidas con paneles de madera y los suelos cubiertos de lujosas alfombras. Las brasas resplandecían en la chimenea del dormitorio, proyectando un rectángulo de color amarillo anaranjado en el suelo.

Rafe encendió una lámpara al lado de la cama y reguló la llama, luego se

volvió hacia Hannah. Ella se había despojado del abrigo e intentaba desabrocharse el vestido. Rafe observó la expresión de la joven; procuraba mostrarse indiferente, como si acostarse con un hombre fuera algo normal para ella. Y él se sintió lleno de diversión y ternura, y de la más dolorosa lujuria que hubiera experimentado nunca.

Se acercó a ella y la rodeó con sus brazos, cerrando las manos sobre las de ella.

—No tienes que hacerlo —le dijo—. Esperaré. Esperaré todo el tiempo que sea necesario.

Hannah tiró de las manos para liberarlas y las deslizó por el cuello de Rafe.

—No hay nada que desee hacer más —replicó.

Él se inclinó para besarla implacablemente, deteniéndose sólo para gemir.

—Oh, mi amor. Yo tampoco.

Lentamente, él se deshizo de las capas de seda y ropa interior, desatándole el corsé y deslizando las medias por las piernas de la joven. Cuando la despojó de la última prenda y la acostó en la cama, ruborizada de los pies a la cabeza, dejó que su mirada se deslizara por el cuerpo delgado de Hannah antes de soltar un suspiro tembloroso. Era tan hermosa, tan inocente y confiada. Le acarició un pecho, moldeando la dulce forma con dedos ligeramente temblorosos.

Ella levantó la mirada a la cara masculina.

—¿Estás nervioso? —le preguntó un poco sorprendida.

Rafe asintió con la cabeza, rozando la yema del pulgar sobre el pezón rosado, observando cómo se tensaba.

—Esto jamás ha sido para mí un acto de amor.

—¿Y eso lo hace diferente?

Una sonrisa irónica curvó los labios de Rafe mientras consideraba la pregunta.

—No estoy seguro. Pero hay una forma de averiguarlo.

Se desnudó y se tumbó a su lado, rodeándola tiernamente con los brazos. A pesar del deseo que atravesaba furiosamente su cuerpo, la estrechó contra él con suma delicadeza, dejando que se acostumbrara al tacto de su piel. Le deslizó una mano por el trasero, dibujando un círculo ardiente sobre la nalga.

Hannah contuvo el aliento al sentir el miembro rígido de él contra su vientre. Levantó la pequeña mano hasta el torso masculino y lo exploró delicadamente.

—Rafe... ¿cómo debo tocarte?

Él sonrió y le besó la garganta, saboreando la suavidad y la fragancia femenina que desprendía.

—Donde quieras, mi amor. Y como tú quieras. —Se quedó inmóvil cuando ella jugueteó con la piel ligeramente velluda de su pecho.

Sin apartar la mirada de los ojos de Rafe, Hannah desplazó la palma de la mano por los músculos de su abdomen, acariciándolos hasta que se tensaron en respuesta. Siguió bajando la mano poco a poco hasta que asió la carne excitada de Rafe, aquella longitud dura y satinada que latía con masculina necesidad. Lo acarició con torpeza. Su respuesta fue tan intensa que Rafe jadeó ante aquella sensación afilada y ardiente.

—Hannah —logró decir, extendiendo el brazo para apartar la mano de la joven—. Cambio de planes. La próxima vez —hizo una pausa, luchando por recobrar su autocontrol— puedes seguir hasta que satisfagas toda tu curiosidad, pero ahora, déjame hacerte el amor.

—¿He hecho algo mal? ¿No te ha gustado que yo...?

—Me ha gustado demasiado. Pero de continuar así, todo acabaría en menos de un minuto. —Se colocó encima de ella y comenzó a depositar besos por todo su cuerpo, demorándose en sus pechos que mordisqueó y lamió suavemente. Rafe se deleitó con los estremecimientos de respuesta que sintió en ella, con el profundo rubor del deseo, con la manera instintiva en que ella se ofrecía a él guiada por el placer que sentía.

Separando los muslos de Hannah, colocó la mano entre ellos, acomodando la palma sobre el triángulo de rizos. Presionó suavemente hasta que ella se contorsionó y gimió, deseando más. Deslizándose hacia abajo, Rafe la besó en el estómago, dejando que su lengua dibujara delicados círculos alrededor del ombligo de la joven. Rafe jamás se había sentido tan excitado, tan completamente absorto en el placer de otra persona. La intimidad era casi insoportable. Tenía la respiración acelerada y comenzó a jadear al encontrar la entrada del cuerpo femenino y recorrerla con la yema del dedo.

—Hannah, cariño —susurró él—, relájate para mí. —Deslizó el dedo dentro de aquel lujurioso y pegajoso calor. La sensación era tan exquisita que dejó escapar un gemido—. Tengo que besarte aquí. Tengo que saborearte. No, no tengas miedo... Sólo déjame... Oh, Hannah, mi dulce amor...

Deslizó la boca sobre los rizos del sexo de Hannah, y buscó con avidez hasta encontrar el nudo sedoso. Los sentidos de Rafe fueron engullidos por un placer radiante, y se le tensaron todos los músculos por la lujuria. Aquel sabor de Hannah, salado y femenino, lo excitaba con locura. Pasó la lengua sobre ella, atormentándola y azuzándola, encantado por sus gritos indefensos. Deslizó el dedo más profundamente y lo sacó, una y otra vez, enseñándole el ritmo.

Ella lanzó un ronco gemido, y le sujetó la cabeza con las manos. Con una habilidad innata Rafe la llevó al clímax, deleitándose con la suavidad y el palpitante calor de su cuerpo. Mucho después de que el orgasmo de Hannah se desvaneciera, él continuaba allí, pasando la lengua por aquel calor rosado, conduciéndola a un dulce sopor.

—Rafe —dijo ella con voz ahogada, tirando de él hacia arriba.

Sonriendo, él se cernió sobre ella, bajando la mirada hacia aquellos ojos verdes y aturdidos.

—Otra vez —murmuró ella, rodeándole la espalda con los brazos y atrayéndolo hacia sí—. Quiero más de ti.

Murmurando su nombre, Rafe bajó su cuerpo, acomodándose en la cuna de los muslos de Hannah. Una oleada de primitiva satisfacción lo atravesó cuando sintió que aquella suavidad tentadora se abría para él. Presionó en la carne apretada, tan caliente y mojada. Y cuanto más profundamente se sumergía más estrechamente se cerraba ella en torno a él. Empujó con fuerza y se detuvo, intentando no hacerle daño. Lo que sentía no se parecía a nada que hubiera sentido antes, aquel placer superaba a cualquier otro. Tomó la cabeza de Hannah entre las manos y la besó en la boca, mientras sus sentidos se inundaban de éxtasis.

—Lo siento, cariño —dijo él con voz gutural—. Siento hacerte daño.

Hannah sonrió y lo atrajo hacia ella.

—Si pudiera visitarte como un extranjero visita un país extraño... —le susurró ella al oído.

Él soltó una risita entrecortada.

—Dios mío. Jamás te olvidarás de esa carta, ¿verdad?

—Y eso que no la he leído entera —dijo ella—. Había partes totalmente quemadas. Ahora jamás sabré todo lo que decías.

—Los pasajes que te has perdido hablaban probablemente sobre esto —susurró, moviéndose con suavidad en su interior. Ambos contuvieron el aliento y se quedaron inmóviles, absorbiendo la sensación. Rafe esbozó una sonrisa contra la mejilla de Hannah—. Escribí bastante sobre esto.

—Cuéntame lo que escribiste.

Él le susurró al oído halagos íntimos y palabras de amor, y le habló de todo el anhelo que había sentido. Y con cada palabra sentía que algo se abría en su interior, una sensación de libertad y poderío e infinita ternura. Hannah se movió con él, dándole la bienvenida a su interior, y el éxtasis de estar unido a ella se extendió por todo su cuerpo, conduciéndolo a una brillante y trascendental liberación.

Era cierto..., el amor lo hacía diferente.

Después, Rafe la sostuvo entre sus brazos durante mucho rato, acariciándole suavemente la espalda y las caderas. Parecía que no era capaz de dejar de tocarla. Hannah se acurrucó en el hueco de su brazo sintiéndose pesada y saciada.

—¿Es real? —preguntó ella—. Parece un sueño.

La diversión hizo retumbar el pecho de Rafe.

—Te parecerá suficientemente real cuando mañana por la mañana te acompañe a la mansión como una mujer caída en desgracia. Si no le hubiera hablado ya a Westcliff sobre mis intenciones de casarme contigo, me temo que me recibiría con la fusta de los caballos en la mano.

—¿No vamos a volver esta noche? —le preguntó ella, sorprendida y a la vez, complacida.

—No. En primer lugar, te he arruinado el peinado. En segundo lugar, no tengo fuerzas suficientes para abandonar la cama. En tercer lugar... existe una buena posibilidad de que no haya terminado aún contigo.

—Ésas son muy buenas razones. —Hannah se incorporó y se arrancó el

resto de las horquillas de perlas del pelo, inclinándose sobre Rafe para depositarlas en la mesilla de noche. Sujetándola por los costados, Rafe la alzó sobre él y besó los pechos que se exhibieron ante sus ojos—. Rafe —protestó ella.

Deteniéndose, él alzó la mirada hacia la cara ruborizada de Hannah y sonrió ampliamente.

—¿Pudorosa? —Le preguntó con suavidad, acomodándola de nuevo bajo el brazo y presionando los labios contra su frente—. Bien, casándote conmigo te curarás de eso enseguida.

Hannah apoyó la cara en el torso de Rafe, y él sintió la curva de su sonrisa.

—¿Qué sucede? —preguntó él.

—Es nuestra primera noche juntos. Y nuestra primera mañana será la de Navidad.

Rafe le palmeó la cadera desnuda.

—Yo ya he desenvuelto mi regalo.

—Veo que tienes buen gusto para las compras —dijo ella, haciéndole reír.

—Siempre. Porque Hannah, mi amor, el único regalo que siempre querré —se interrumpió para besar los sonrientes labios de Hannah—, eres tú.

Epílogo

La mañana de Navidad, Matthew Swift se dirigió hacia la casa de los solteros, manchándose los zapatos y el dobladillo del abrigo con la nieve recién caída. Llamó a la puerta y esperó pacientemente hasta que Rafe apareció en ella. Con una sonrisa irónica, Swift le dijo a su cuñado:

—Lo único que voy a decirte es que estás en boca de todo el mundo, así que será mejor que te cases rápidamente con ella.

No hubo, por supuesto, ninguna réplica por parte de Rafe.

Swift también le dijo que movido por el espíritu navideño (y, todo hay que decirlo, por la presión de la familia al completo), Thomas Bowman había reconsiderado su decisión de desheredarlo, y deseaba hacer las paces con él.

Más tarde, sobre unas tazas de ponche navideño, una bebida caliente a base de frutas, vino tinto y oporto, los dos hombres lograron alcanzar una especie de acuerdo.

Pero Rafe no aceptó participar en la empresa de su padre, pues había comprendido que aquel tipo de asociación acabaría siendo una constante fuente de conflictos entre ellos en el futuro. En su lugar, prefirió asociarse con Simon Hunt y Westcliff, volcando sus habilidades en la fabricación de locomotoras. Eso aligeró la carga laboral de Hunt, lo que, a su vez, hizo muy feliz a Annabelle, y permitió que Rafe y Hannah establecieran su residencia en Inglaterra, para alegría de todo el mundo.

Con el paso de los años, Thomas Bowman acabaría olvidándose de que Hannah no había sido la nuera que en principio había deseado para Rafe, y se desarrolló entre ellos un sólido afecto.

Lord Travers se casó con Natalie y fueron muy felices. Natalie le había confiado a Hannah que cuando había ido en busca de Travers para que la consolara el día de Nochebuena, él, finalmente, la había besado y aquél sí había sido un beso por el que había merecido la pena esperar.

Daisy terminó su novela tiempo después. Fue publicada con gran éxito, y muy aclamada por la crítica.

Evie dio a luz a una preciosa niña con fogosos rizos rojos, por lo que St. Vincent llegó a la conclusión de que su destino era ser amado por muchas mujeres pelirrojas, lo que por otra parte parecía hacerle inmensamente feliz.

Hannah y Rafe se casaron a finales de enero, pero siempre consideraron que su verdadero aniversario se cumplía la noche de Navidad y lo celebraron en consecuencia. Cada Nochebuena, Rafe le escribía una carta de amor y se la dejaba sobre la almohada.

Samuel Clark contrató a una nueva secretaria, una joven agradable y competente. Tras leerle el cráneo, se casó con ella sin demora.

En 1848, fue publicado en *The Illustrated London News* un grabado en madera de la reina y el príncipe Alberto junto a su árbol de Navidad, popularizando la costumbre de decorar con un árbol navideño el salón del hogar. Tras mirar durante un buen rato la ilustración, Lillian comentó con petulancia que su árbol había sido mucho más alto.

Desafortunadamente, el peluquín de Thomas Bowman jamás fue encontrado. Pero se apaciguó un poco cuando Westcliff le regaló un sombrero muy elegante por Navidad.

Nota de la autora

Queridos amigos:

¡Cómo he disfrutado visitando de nuevo el mundo de las florero! Al escribir *Una Navidad inolvidable* volví a retomar personajes familiares, vislumbrando cómo transcurrían sus vidas, además de conocer a Rafe Bowman y desarrollar su historia tal y como me dictó la imaginación.

Una de las cosas que más me gustan de escribir romance histórico, es poder crear personajes que viven la vida bajo intensas emociones y fuertes pasiones. Cuando me enfrenté al nuevo y excitante reto de escribir romance contemporáneo, quise plasmar la misma intensidad en un escenario actual. Después de todo, la gente siempre tiene las mismas esperanzas, miedos, sueños y deseos, sin importar en qué siglo hayan nacido.

Ha sido un gran placer para mí crear el mundo de la familia Travis en mi trilogía tejana. *Mi nombre es Liberty* es la historia de una *Cenicienta* moderna, cuya protagonista es una vivaz y tenaz heroína llamada Liberty Jones. Mi siguiente libro de romance contemporáneo, *El diablo tiene ojos azules*, se centra en la historia de Haven Travis, que se enfrenta al peligro y al deseo al enamorarse del enemigo de su familia. En la tercera entrega de la serie, *Smooth Talking Stranger*, el mujeriego Jack Travis encuentra la horma de su zapato en la apasionada y testaruda Ella Varner.

Si te ha gustado mi serie de Las Florero (*The Wallflowers*), espero que le des una oportunidad a mi trilogía de ficción romántica contemporánea. Tanto si el héroe monta a caballo o conduce un coche, o si la heroína se encuentra en un salón de baile o en una sala de juntas, la novela romántica tiene los

mismos elementos que todos buscamos... Emoción, pasión y satisfacción al experimentar un amor que supere todos los obstáculos. Gracias por vuestro ánimo y apoyo, y por dejarme compartir mis pensamientos y mis sueños con vosotros.

Con mis mejores deseos,

LISA



LISA KLEYPAS (nacida en 1964) es una escritora estadounidense dentro del género romántico histórico. Sus novelas se ambientan principalmente en el siglo XIX. En 1985, fue elegida Miss Massachusetts y compitió por el título de Miss América en Atlantic City. Kleypas actualmente reside en Texas con su esposo, Greg Ellis, y sus dos hijos, Griffin y Lindsay.

Comenzó a escribir sus propias novelas románticas durante sus vacaciones de verano al tiempo que estudiaba ciencias políticas en el Wellesley College. Sus padres estuvieron conformes con apoyarla durante unos meses después de su graduación de manera que pudiera finalizar su manuscrito. Aproximadamente dos meses después, a los 21 años de edad, Kleypas vendió su primera novela.

Al mismo tiempo, fue elegida Miss Massachusetts por la ciudad de Carlisle. Durante su competición de Miss América, Kleypas cantó una canción que ella misma había escrito, obteniendo así la distinción de «talento no finalista».

Kleypas ha sido escritora de novela romántica a tiempo total desde que vendió su primer libro. Sus novelas han estado siempre en las listas de

superventas, vendiendo millones de copias por todo el mundo y siendo traducidas a catorce idiomas diferentes.

Aunque es conocida sobre todo por sus novelas románticas de género histórico, Kleypas anunció a principios de 2006 que pensaba abandonar el género para dedicarse al romance contemporáneo.

Notas

[1]

Aquí venimos a brindar

Entre las hojas tan verdes

Aquí venimos a disfrutar

Tan sólo de nuestra compañía.

El amor y la alegría vienen a ti,

A brindar también,

Y Dios te bendice y te desea

Un feliz Año Nuevo.

Y Dios te desea un feliz Año Nuevo.

(N. de las T.) <<